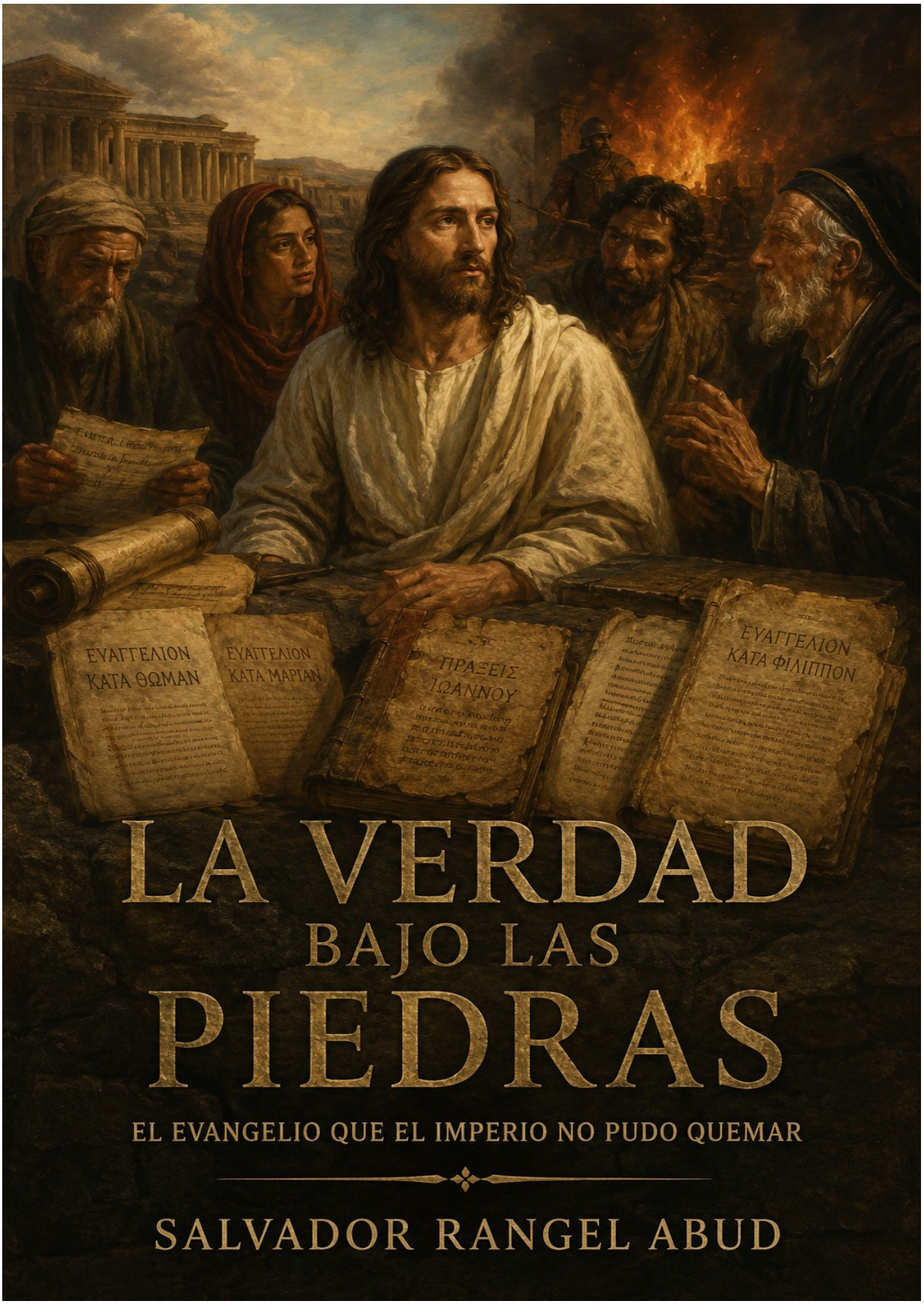

LA VERDAD BAJO LAS PIEDRAS

EL EVANGELIO QUE EL IMPERIO NO PUDO QUEMAR

SALVADOR RANGEL ABUD

LA VERDAD BAJO LAS PIEDRAS

El evangelio que el Imperio no pudo quemar

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Cuando el epigrafista Termesio Agostini recibe, de manos de un anticuario moribundo en El Cairo, un fragmento de papiro copto que coincide letra por letra con el más dañado de los trece códices hallados en Nag Hammadi en 1945, no imagina que esa noche marcará el inicio de una persecución que atravesará tres continentes. Junto a él viaja, cada vez con más certeza y cada vez más riesgo, una carta membretada de una notaría suiza, fechada en 1963, que insinúa un acuerdo de silencio del que nadie, sesenta años después, quiere hablar.

Lo que Termesio descubre, con la ayuda de la arqueóloga Arthetis Fahmy y de una red de historiadores y periodistas dispuestos a arriesgarlo todo por la verificación rigurosa, no es un hallazgo nuevo que dispute el mérito de 1945. Es algo más incómodo: el rastro de lo que la propia historiografía siempre reconoció como disperso y sin explicar, un vacío documental real por donde se cuela una trama de intriga, traición e institución que enfrenta a un académico obsesionado con su prestigio y a un monseñor vaticano que lleva seis décadas confundiendo la obediencia con la certeza.

La verdad bajo las piedras no es una novela que dispute la fe de nadie. Es la historia de lo que cuesta, ochenta años después de un hallazgo ya célebre, dejarlo hablar completo, sin editores de por medio.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas de persecución y violencia de intensidad moderada, así como la referencia, no explícita, a una muerte ocurrida fuera de escena. Aborda con rigor histórico y respeto teológico el corpus de los evangelios canónicos y apócrifos, sin pretender dirimir cuestiones de fe que corresponden al lector. Todo dato histórico presentado es verificable en la bibliografía académica disponible; la trama, los personajes y sus conflictos institucionales son enteramente ficticios. Apta para lectores adultos interesados en la historia del cristianismo primitivo y el thriller documental.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas sesenta novelas publicadas. Su formación científica y su interés sostenido por la historia, la teología y la filosofía política otorgan a esta novela una densidad documental poco habitual en el género del thriller histórico.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La verdad bajo las piedras. El evangelio que el Imperio no pudo quemar

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller histórico-teológico

Subgénero: Ficción de intriga basada en hechos documentados

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 38,000 palabras

Correo de contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una certeza incómoda: que el hallazgo de la Biblioteca de Nag Hammadi en 1945, uno de los tres descubrimientos documentales más importantes para comprender los orígenes del cristianismo, sigue teniendo zonas de sombra que la propia historiografía reconoce y rara vez explica del todo. La quema parcial del Códice XII, la dispersión de páginas sueltas en 1946 a compradores nunca identificados, y los catorce años en que el Códice I permaneció retenido en Zúrich por una disputa de propiedad, son hechos reales y verificables.

Lo que es ficción en estas páginas son Termesio Agostini, Arthetis Fahmy, monseñor Vittorio Vance, el doctor Marcus Sterling, y el acuerdo de silencio de 1963 que la trama les atribuye. Esa distinción, sostenida capítulo a capítulo, es la promesa que esta novela le hace a quien decide acompañarla: que pueda saber siempre, sin ambigüedad, qué parte de lo narrado puede verificar por su cuenta y qué parte pertenece solo a la imaginación de quien esto escribe.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite su distribución y reproducción no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen obras derivadas sin autorización expresa.

PALABRAS CLAVE

thriller histórico-teológico, Nag Hammadi, Evangelio de la Verdad, Evangelio de Tomás, Evangelio de Felipe, gnosticismo, cristianismo primitivo, apócrifos, Códice I, Códice XII, Vaticano, encubrimiento institucional,

arqueología bíblica, El Cairo, Alejandría, Egipto, periodismo de verificación, historiografía, novela de intriga, Pérez-Reverte

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la tensión entre la verdad histórica ya publicada y el control institucional sobre cómo se cuenta esa verdad. Examina la diferencia entre el mérito real de un hallazgo y la administración posterior de su significado. Plantea la pregunta de si la fe de la gente común necesita ser protegida de la verdad completa o si, por el contrario, esa protección es en realidad una forma de desconfianza disfrazada de cuidado pastoral. Y sigue el arco de redención de un hombre que confundió, durante sesenta años, la obediencia con la certeza.

CITAS DESTACADAS

"Puede que sea lo que se quemó. O parte de ello."

"El fragmento, Renner. Siempre el fragmento."

"El miedo institucional, no la verdad del texto, es lo que realmente ha erosionado la confianza."

"Ninguna verdad completa, una vez comprendida de verdad, puede volver a enterrarse del todo."

"La demora ha terminado."

COMPARACIONES LITERARIAS

La verdad bajo las piedras comparte con Umberto Eco el interés por el manuscrito antiguo como motor de una trama de intriga teológica, pero se distancia de ese modelo al anclar cada dato histórico en fuentes verificables en lugar de en una erudición puramente especulativa. Con Dan Brown comparte el ritmo de thriller documental y la persecución transcontinental, aunque renuncia deliberadamente a la revelación sensacionalista en favor de un desenlace que privilegia la verificación rigurosa sobre el giro espectacular. Con Ken Follett, la convicción de que la historia institucional puede sostener por sí sola una trama de suspenso sin necesidad de deformarla. Y con Arturo Pérez-Reverte, el pulso narrativo y la certeza de que la erudición, bien administrada, puede ser tan tensa como cualquier persecución.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento deja Vance de ser un antagonista y se convierte en un hombre que busca corregir su propio error? ¿Es ese cambio creíble, o llega demasiado tarde para él?

¿Es justo que Sterling pierda su reputación académica por una mentira concreta, cuando gran parte de su carrera se construyó sobre méritos reales?

¿Qué responsabilidad tienen las instituciones que administran el conocimiento histórico frente al público que confía en ellas? ¿Cambia esa responsabilidad si la intención original fue protectora y no maliciosa?

¿Por qué Arthetis decide sacrificar su libertad por proteger el material, en lugar de intentar huir junto con Termesio?

¿Qué hace el lector con la afirmación central de la novela, de que ninguna verdad completa puede volver a enterrarse del todo? ¿Es una afirmación optimista o es, en el fondo, una advertencia?

CÓMO CITAR

APA (7.ª edición): Rangel Abud, S. (2026). La verdad bajo las piedras [Manuscrito inédito].

Chicago (autor-fecha): Rangel Abud, Salvador. 2026. La verdad bajo las piedras. Manuscrito inédito.

Chicago (notas-bibliografía): Salvador Rangel Abud, La verdad bajo las piedras (manuscrito inédito, 2026).

MLA (9.ª edición): Rangel Abud, Salvador. La verdad bajo las piedras. Manuscrito inédito, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de una extensa obra narrativa que incluye, entre sus proyectos más recientes: El Monstruo de Liverpool. El Escultor del Dolor, thriller psicológico sobre una periodista de investigación y la mente que construyó un sistema entero de exclusión antes de construir un crimen; El último rojo del Soviet, novela didáctica ambientada en una cantina de la colonia Roma en Ciudad de México; Una España siempre en llamas, saga coral sobre una familia dividida por la Guerra Civil Española; La república que pudo haberse sembrado, novela contrafactual sobre el México que pudo haber sido; y Aquiles, el señor de los barcos negros, novela histórica desmitificada sobre el héroe de la Ilíada en el colapso de la Edad del Bronce.

MENSAJE FINAL

Hay hallazgos que la historia ya celebró, y que sin embargo siguen teniendo zonas que nadie terminó de explicar. Esta novela fue escrita para habitar, con las herramientas legítimas de la ficción, esas zonas de sombra que la propia historiografía reconoce como tales, sin disputarle a nadie el mérito de lo que ya se encontró.

El desierto guardó una biblioteca durante mil quinientos setenta y ocho años.

Las verdades que esperan ser contadas del todo no esperan para siempre.

ÍNDICE

PRÓLOGO: Lo que la historia ya contó, y lo que calló al contarlo

CAPÍTULO 1: Lo que nunca llegó a Zúrich

CAPÍTULO 2: El guardián del silencio

CAPÍTULO 3: La trampa de la academia

CAPÍTULO 4: El rastro de lo disperso

CAPÍTULO 5: La primera traducción bajo fuego

CAPÍTULO 6: El cuaderno del anticuario

CAPÍTULO 7: La alianza de los opuestos

CAPÍTULO 8: El Jesús de carne y hueso

CAPÍTULO 9: El asalto a la memoria

CAPÍTULO 10: La captura de la luz

CAPÍTULO 11: El juicio del inquisidor
CAPÍTULO 12: La red de los proscritos
CAPÍTULO 13: El duelo en la cumbre
CAPÍTULO 14: El precio de la verdad
CAPÍTULO 15: La iluminación global
EPÍLOGO: Las hojas reunidas

LA VERDAD BAJO LAS PIEDRAS

El evangelio que el Imperio no pudo quemar

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

Lo que la historia ya contó, y lo que calló al contarlo

Nota liminar del narrador

Toda novela que se atreve a tocar los orígenes del cristianismo carga, antes de la primera línea, con una sospecha que el lector hace bien en tener lista: la de que alguien, otra vez, va a usar la fe ajena como materia prima de un espectáculo, a mezclar sin cuidado la controversia con el dato, la irreverencia con el hallazgo, hasta que ya no se distinga qué parte de lo narrado puede sostenerse frente a un archivo y qué parte solo pretende vender ejemplares apelando al escándalo fácil.

No es ese el propósito de estas páginas, y conviene decirlo aquí, sin rodeos, antes de que el relato eche a andar. Esta es una novela de intriga, de persecución y de traición, construida alrededor de un episodio real de la historia del siglo veinte, uno de los más importantes para la comprensión moderna del cristianismo primitivo.

Lo que el lector tiene en las manos no pretende sustituir ese hallazgo ni disputarle su mérito a quienes lo protagonizaron, ni corregir a la ciencia histórica en lo que ya ha establecido con rigor. Pretende, con las

herramientas legítimas de la ficción, iluminar los espacios que la propia historiografía reconoce como oscuros, y poblarlos de personajes, decisiones y consecuencias que ningún archivo documenta, porque ningún archivo puede documentar lo que nunca llegó a escribirse.

Conviene explicar primero, con calma y con precisión, de qué hallazgo se habla, porque su magnitud rara vez llega al lector no especializado con la claridad que merece. Cerca de la localidad de Nag Hammadi, en el Alto Egipto, al pie de un macizo calizo conocido como el Yabal al-Tarif, un campesino que buscaba tierra fértil para abonar sus cultivos rompió, en diciembre de mil novecientos cuarenta y cinco, una vasija de barro sellada desde la Antigüedad. Dudó antes de romperla, según contó él mismo décadas más tarde a los investigadores que reconstruyeron su historia, porque temía que dentro habitara un espíritu; se decidió, finalmente, pensando que podía haber oro.

Lo que encontró fue algo que ningún oro habría igualado en valor histórico: trece códices de piel, copiados en lengua copta durante el siglo cuarto de nuestra era, que contenían más de cincuenta textos religiosos, muchos de ellos completamente desconocidos hasta ese momento para la ciencia moderna. Evangelios que ningún concilio había incluido en el canon. Apocalipsis atribuidos a discípulos que la tradición oficial apenas mencionaba de pasada.

Diálogos entre Jesús resucitado y sus seguidores que exploran preguntas sobre el origen del mal, la naturaleza del alma y el sentido del conocimiento con una profundidad filosófica que sorprendió, y sigue sorprendiendo, a quienes los estudian. Textos que la ortodoxia eclesiástica había combatido, condenado y finalmente dejado de copiar, hasta que se perdieron por completo del registro conocido, sobreviviendo apenas en las menciones hostiles que les dedicaron quienes los combatieron.

La hipótesis que hoy sostiene la mayoría de los especialistas, apoyada en evidencia arqueológica y documental seria, es que esos códices pertenecieron a una comunidad de monjes pacomianos que vivía cerca del sitio del hallazgo, y que fueron enterrados poco después de que Atanasio, el poderoso obispo de Alejandría, dictara en el año trescientos sesenta y siete una carta festiva dirigida a todas las iglesias de Egipto en la que fijaba, de manera definitiva y con la autoridad de su cargo, qué libros podían considerarse escritura inspirada y cuáles debían desecharse por completo como invención herética.

La orden episcopal era clara: los libros condenados debían destruirse. Pero alguien, en aquella comunidad monástica, prefirió desobedecer esa orden de la manera más silenciosa posible. No quemó los códices, como se le exigía. Los envolvió, los guardó en una vasija sellada, y los enterró al pie de un acantilado donde permanecerían, sin que nadie volviera a tocarlos, durante mil quinientos setenta y ocho años. Es, si se piensa bien, uno de los gestos más antiguos y más profundamente humanos que registra toda esta historia: el de quien prefiere ocultar aquello que ama antes que verlo arder.

Ese hallazgo de mil novecientos cuarenta y cinco se cuenta hoy, junto con los Rollos del Mar Muerto descubiertos apenas dos años después en las cuevas de Qumrán y con los antiguos Papiros de Oxirrinco recuperados a finales del siglo diecinueve, entre los tres descubrimientos documentales más importantes para comprender el mundo en que nació y se desarrolló el cristianismo.

Transformó de raíz lo que la ciencia histórica puede afirmar sobre la diversidad del pensamiento cristiano primitivo, y demostró, con una contundencia que ningún otro hallazgo había logrado antes, que la fe que terminó por imponerse como ortodoxia no fue nunca la única forma en que los primeros seguidores de Jesús intentaron comprender y transmitir lo que habían vivido.

No es, sin embargo, un hallazgo cerrado, ni un capítulo de la historia sin fisuras, sin heridas, sin zonas donde el relato oficial se vuelve más breve de lo que la curiosidad exigiría. La propia historia de su recuperación, reconstruida a lo largo de décadas por investigadores que entrevistaron con paciencia casi arqueológica a los testigos directos y a sus descendientes, incluye episodios que cualquier novelista reconocería de inmediato como material narrativo de primer orden, y que sin embargo ocurrieron, tal como los documentan las fuentes académicas disponibles para cualquier lector que decida comprobarlo.

La madre del descubridor, convencida de que aquellos libros extraños traerían mala suerte a su familia, usó parte de sus páginas como combustible para el horno de la casa, y quemó así, sin saberlo, buena parte de uno de los trece códices, del que hoy solo sobreviven unos pocos fragmentos rescatados a tiempo. Varias páginas sueltas, y al menos un volumen completo, se vendieron por separado en el mercado negro de antigüedades de la región en los meses siguientes al hallazgo, a compradores que la investigación académica posterior logró documentar por su oficio, por el rumor de su existencia, pero nunca por su nombre completo.

Y uno de los trece códices, el primero en catalogarse, permaneció durante catorce años completamente fuera del alcance de los estudiosos, retenido en Europa por una disputa legal sobre su propiedad que solo llegó a resolverse en mil novecientos setenta y cinco, tres décadas después de que la vasija se rompiera en el desierto egipcio.

Cada uno de estos hechos, se insiste aquí porque conviene insistir, es verificable en la bibliografía académica disponible para cualquier lector interesado, y ninguno es invención de esta novela. Lo que sí es invención, y aquí se declara sin ambigüedad alguna, son los personajes que a partir de la página siguiente empiezan a moverse dentro de esos espacios que la historia documentó pero nunca explicó del todo. Ningún restaurador con el nombre del protagonista de este libro participó jamás en la historia real del hallazgo.

Ninguna sección secreta de ninguna institución eclesiástica real orquestó, hasta donde la evidencia pública permite afirmar con seriedad, un acuerdo de silencio como el que estas páginas describen. La disputa de propiedad de los años sesenta fue real, documentada, verificable; la interpretación conspirativa que esta novela construye alrededor de ella, no lo es, y el autor lo declara desde ahora con toda la claridad de que es capaz, porque la honestidad con el dato histórico es, precisamente, uno de los temas centrales de la obra que está a punto de comenzar. El lector encontrará, capítulo tras capítulo, esa frontera trazada con cuidado entre lo que puede comprobar y lo que solo la imaginación le ofrece, incluso cuando la trama tiente al autor a difuminarla para ganar en intensidad lo que perdería en rigor.

Y es aquí donde conviene detenerse un momento más, antes de que la ficción tome definitivamente la palabra, para hablar del tema de fondo que sostiene toda la novela. Este libro no discute la existencia histórica de Jesús de Nazaret, hecho que la inmensa mayoría de los historiadores, creyentes o no, da hoy por establecido. Tampoco disputa la fe de quienes lo reconocen como hijo de Dios y salvador, ni pretende de ninguna manera sustituir a los cuatro evangelios canónicos, que la Iglesia reconoció desde los primeros siglos como fundamento de su doctrina y que millones de personas, hasta el día de hoy, leen, estudian y veneran como palabra revelada.

Esos cuatro evangelios son también, ante todo, un dato histórico real, transmitido, copiado y estudiado ininterrumpidamente durante casi dos mil años, y esta novela los trata con exactamente el mismo respeto documental que exige para los textos hallados en 1945. No hay aquí jerarquía de sospecha entre lo canónico y lo apócrifo; hay, sencillamente, dos cuerpos de literatura religiosa antigua que merecen ser leídos con el mismo cuidado histórico.

Lo que la novela sí sostiene, porque la evidencia histórica misma lo sostiene y no hace falta ninguna audacia especial para afirmarlo, es que los evangelios canónicos no fueron nunca los únicos textos que circularon entre los primeros cristianos. Hubo otros, escritos también en los primeros siglos de nuestra era, atribuidos también a discípulos directos de Jesús o a comunidades que se reclamaban cercanas a su enseñanza, que ofrecen una imagen distinta, a veces complementaria y a veces francamente disonante, de aquellos mismos años fundacionales.

La ortodoxia que con el tiempo terminó por imponerse los llamó apócrifos, palabra que en griego significaba simplemente ocultos, y fue dejando de copiarlos hasta que la mayoría se perdió por completo, sobreviviendo apenas en las citas hostiles de quienes los combatían desde el púlpito o desde el tratado teológico. El desierto, paradójicamente, terminó por conservarlos mejor que las bibliotecas de los propios vencedores de aquella disputa. Que esos textos existieran, que se escribieran, se copiaran y se leyeran en comunidades cristianas reales durante generaciones, es también

un hecho histórico, tan verificable como la propia existencia y transmisión de los evangelios canónicos.

Que digan la verdad última sobre quién fue Jesús de Nazaret, o que la digan los evangelios canónicos, o que ambos cuerpos de texto contengan, cada uno a su manera, fragmentos de una verdad mayor que ninguno agota por sí solo, es una pregunta de fe personal, no una pregunta que la historia esté en condiciones de resolver por nadie, y esta novela no tiene la pretensión, ni mucho menos la autoridad, de zanjarla en nombre de sus lectores.

Se pide entonces, antes de avanzar, un ejercicio que no siempre resulta sencillo y que sin embargo esta historia necesita para leerse como fue escrita: acercarse a ella con la misma objetividad con que se pediría acercarse a cualquier otro episodio complejo del pasado humano, sin que las palabras evangelio, apócrifo o herejía disparen de inmediato una alarma defensiva que impida ver los hechos con la claridad que merecen.

No se busca, en ningún momento ni en ninguna línea de este libro, ofender las creencias ni las convicciones de nadie, sean estas religiosas, académicas, culturales o de cualquier otra índole. Se busca, con la misma seriedad y el mismo cuidado con que un historiador honesto se acerca a sus fuentes antes de sacar conclusiones, contar una historia de intriga que tiene además la honestidad de advertirle al lector, desde esta primera página, qué parte de lo que va a leer puede verificar por su cuenta en cualquier biblioteca o archivo digital serio, y qué parte nace exclusivamente de la imaginación de quien esto escribe para tejer, alrededor de un hallazgo real, una trama que ningún documento respalda pero que ningún documento tampoco puede descartar del todo, porque ocupa, con toda legitimidad narrativa, el espacio de lo que la historia calló.

Lo que sigue, entonces, es la historia de un hombre que persigue un fragmento de papiro y termina persiguiendo algo bastante más difícil de sostener entre las manos que cualquier hallazgo arqueológico: la certeza incómoda de que toda verdad, incluso la ya publicada, incluso la ya estudiada, traducida y debatida durante ochenta años en universidades de todo el mundo, sigue necesitando, generación tras generación, a alguien dispuesto a contarla completa, sin editarla por miedo, sin administrarla por conveniencia, y sin más brújula que el deseo, tan antiguo como los propios textos que esta novela recupera, de que la palabra escrita en su día para iluminar no vuelva jamás a sepultarse bajo el peso de quienes prefieren, siempre, que ciertas preguntas sigan sin hacerse.

CAPÍTULO 1

Lo que nunca llegó a Zúrich

El Cairo, Egipto — tiempo presente

El calor de la tarde todavía se sostenía sobre el Jan al-Jalili cuando Termesio Agostini subió, por tercera vez ese día, los cuarenta y dos escalones de

piedra desgastada que llevaban a su departamento. Los contaba sin proponérselo, desde hacía años, como quien cuenta las cuentas de un rosario que ya no reza pero que tampoco sabe soltar. Abajo, el mercado empezaba a encender sus luces de tungsteno contra el azul que caía sobre la ciudad, y el olor a cardamomo y a metal caliente subía por el hueco de la escalera como subía todas las tardes, puntual, indiferente a lo que estuviera a punto de ocurrirle a un solo hombre entre los veinte millones que respiraban esa misma humedad.

Dentro del departamento lo esperaba lo de siempre: el olor a papel viejo, el zumbido tenso de un ventilador que giraba más despacio de lo que debería, y las paredes cubiertas, de suelo a techo, de reproducciones fotográficas de manuscritos que ya no eran suyos ni de nadie, porque llevaban ochenta años perteneciendo a la ciencia y a la memoria por igual. Había sido, hasta hace seis años, profesor asociado en un instituto londinense de arqueología bíblica, discípulo predilecto de un hombre al que entonces admiraba sin reservas.

Un artículo incómodo, unas preguntas que nadie quiso responder por escrito, y el mundo académico le cerró la puerta con la misma cortesía fría con que se cierra una ventana cuando entra demasiado aire. Desde entonces vivía de autentificaciones extraoficiales para coleccionistas que preferían no hacer demasiadas preguntas, y de la paciencia cada vez más corta de los pocos anticuarios que aún confiaban en su ojo, aunque ya no en su nombre.

Estaba sirviéndose el segundo té de la noche, con la radio baja transmitiendo un noticiario que no escuchaba, cuando llamaron a la puerta. Tres golpes, una pausa, un cuarto golpe más débil, como si a quien tocaba le hubiera costado un esfuerzo terminar el gesto.

Abrió y tardó un segundo de más en reconocer a Yusuf Nassar. La enfermedad lo había vaciado de un modo que la última vez que se vieron, dos años atrás, en la feria de antigüedades del propio barrio, todavía no se insinuaba siquiera.

—Yusuf —dijo Termesio, y no supo si sonaba a pregunta o a saludo.

—No vengo a venderte nada —contestó Nassar, y levantó apenas el paquete que llevaba entre las manos, envuelto en tela de algodón egipcio y atado con un cordel deshilachado—. Vengo a quitarme un peso.

—Pasa. Te ves mal.

—Me veo como estoy. Es distinto.

Termesio lo dejó entrar, le sirvió té sin preguntarle si lo quería, porque esa pregunta nunca se hacía en El Cairo, y esperó a que se acomodara despacio en la única silla con brazos que tenía, antes de sentarse él también, frente a él, en el borde de la mesa que servía de escritorio, de comedor y de mesa de trabajo desde que se había mudado ahí.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando el paquete con la barbilla.

—Espera. Deja que lo cuente bien, porque si me apuras se me olvida algo, y luego ya no vas a poder preguntarme.

—¿Por qué no voy a poder preguntarte?

Nassar no contestó eso. Bebió un trago de té, hizo una mueca, como si el sabor le costara más trabajo del habitual, y empezó.

—Mi abuelo era comerciante de granos. En Nag Hammadi.

—Lo sé. Me lo contaste una vez, hace años, en la feria.

—Lo que no te conté es lo de 1946.

Termesio dejó su taza sobre la mesa, despacio, como si el ruido de la porcelana pudiera interrumpir algo.

—Te escucho.

—Meses después de que ese muchacho, al-Samman, encontrara la vasija que salió después en todos tus libros, un vecino se acercó a mi abuelo con unas hojas de papiro viejo. Le dijo que venían de ahí, de la misma tierra, del mismo entierro. Mi abuelo no sabía leer copto ni nada parecido, así que pensó que eran adornos, curiosidades de mercado, algo que enmarcar. Las compró con unas monedas y las guardó. Primero por vanidad. Después por costumbre. Al final, porque ya nadie en la familia se atrevía a tirarlas ni a venderlas, como si tocarlas de más trajera algo que era mejor no despertar.

—¿Y las conservan todavía, después de tantos años?

—Yo las heredé hace veinte. Nunca supe qué hacer con ellas. Las tuve guardadas junto a las cosas de mi madre, que en paz descanse, y ahí siguieron, sin que nadie en la casa volviera a mencionarlas.

—¿Por qué ahora sí, Yusuf?

Nassar sonrió, sin alegría.

—Porque el médico me dio un plazo, Termesio, y ya no tengo tiempo para seguir sin saber qué hacer con esto.

Deshizo el nudo con dedos que le temblaban más de lo que él mismo parecía notar. Dentro había un fragmento de papiro protegido entre dos láminas de vidrio improvisadas, amarillentas ya en los bordes por el paso del tiempo, y un sobre igual de amarillento, más grueso de lo que su tamaño hacía suponer.

—Y el sobre no es de mi abuelo —añadió, casi como si se le hubiera olvidado y acabara de recordarlo—. Es de un hombre que vino a verlo en 1964. Dieciocho años después de la venta. Preguntando si todavía quedaba algo de aquello.

—¿Qué clase de hombre?

—Europeo. Hablaba árabe con acento, pero lo hablaba bien, con esas erres que se les quedan a algunos aunque lleven años aquí. Llevaba un maletín de cuero, de esos que ya no se ven, y hablaba de Roma como quien habla de un jefe al que le debe explicaciones. Le compró a mi abuelo la mitad de

lo que quedaba y le dejó esto, sin que mi abuelo entendiera muy bien por qué. Le dijo que algún día alguien sabría qué hacer con la correspondencia. Yo creo, Termesio, que ese alguien eres tú.

Termesio no tocó nada todavía. Miró el fragmento a través del vidrio, con el pulso ya alterado por algo que no se atrevía a nombrar en voz alta.

—¿Puedo?

—Para eso vine, hombre. No para que me mires con esa cara de duda.

Sacó una lupa del cajón donde guardaba las herramientas de su antiguo oficio, y sintió, al hacerlo, que sacaba también algo de sí mismo que llevaba años sin usar del todo.

La escritura era copta, en una mano que reconoció casi de inmediato: ese trazo particular, un poco inclinado hacia la izquierda en las astas altas, que había estudiado durante años en las reproducciones publicadas del Códice XII, el más maltratado de los trece que integraban la biblioteca hallada en 1945.

Del Códice XII sobrevivían apenas fragmentos, parte de las Sentencias de Sexto y un Evangelio de la Verdad que se cortaba, de manera frustrante para generaciones de especialistas, justo antes de su pasaje final. Se sabía, porque la propia madre del descubridor lo había confesado décadas después a los investigadores que reconstruyeron la historia, que buena parte de ese códice había terminado como combustible en un horno campesino, quemado sin que nadie sospechara entonces su valor.

—¿Qué ves? —preguntó Nassar, que lo observaba sin entender del todo su propio silencio.

—Espera. Dame un momento.

Comparó, letra por letra, el trazo del fragmento con la reproducción enmarcada en la pared, la misma que llevaba seis años mirando sin encontrarle nada nuevo. Movió la lámpara. Acercó la lupa un centímetro, luego otro. Encontró algo ahora que las fotografías publicadas nunca le habían dejado ver con esa nitidez: un error de copista, minúsculo, casi invisible, una letra corregida sobre otra a mitad de una palabra, que aparecía también, exactamente igual, en la última línea legible del fragmento de Nassar.

—Esto no puede ser una coincidencia —dijo, más para sí mismo que para su visitante.

—¿Qué es? —insistió Nassar, inclinándose lo que su cuerpo cansado le permitía.

—Puede que sea lo que se quemó. O parte de ello.

Nassar cerró los ojos un momento, como si esa frase le devolviera algo que llevaba toda la vida cargando sin saber su nombre.

—Entonces mi abuelo tenía razón en no tirarlo.

—Tu abuelo tenía razón en muchas cosas, por lo visto, Yusuf.

—Hay algo más —dijo Nassar, y le acercó el sobre con las dos manos, como quien entrega algo más pesado de lo que parece.

Dentro había, sobre todo, papeles sin demasiado interés a primera vista: recibos, alguna nota comercial en árabe, un par de cartas familiares dobladas hasta perder casi la forma. Pero entre ellos, aparte, había una hoja con membrete de una notaría de Zúrich, fechada en agosto de 1963.

—¿Y esto qué es? —preguntó Termesio, mientras la desdoblaba con cuidado, temiendo que el papel se le rompiera entre los dedos.

—No lo sé. Nunca encontré a nadie que me lo tradujera de verdad. Mi francés no llega tan lejos, y tampoco quería andar preguntando por ahí.

Termesio la leyó una vez, en silencio, moviendo apenas los labios, y luego otra, ahora en voz alta, traduciendo despacio para los dos.

—Habla de un acuerdo confidencial. Sobre "el material actualmente en depósito en esta ciudad". Hay una cláusula de reserva, que debía mantenerse "hasta la resolución definitiva del litigio de propiedad".

—¿Qué litigio, Termesio?

—No dice. Pero hay una firma al calce. Eclesiástica, por el título que la acompaña. No la reconozco, no todavía.

—¿Puede ser importante?

Termesio levantó la vista de la hoja y lo miró de frente por primera vez desde que había empezado a leer.

—Yusuf, si esto es lo que empiezo a sospechar que es, puede ser mucho más que importante.

Nassar asintió, despacio, con los ojos brillantes de una manera que no era del todo tristeza.

—Entonces ya cumplí —dijo—. Mañana te cuento lo poco que recuerdo de aquel hombre, de su cara, de cómo hablaba. Hoy ya no me quedan fuerzas para seguir hurgando en la memoria.

—Quédate un rato más. Te preparo algo de comer, no puedes irte así.

—Mañana, Termesio. Te lo prometo.

Se marchó pasada las diez, apoyándose en el barandal de la escalera con una lentitud que a Termesio, ya entonces, le pareció una despedida más larga de lo normal, aunque no supo ponerle nombre a esa sensación hasta dos días después, cuando se enteraría de que Yusuf Nassar había muerto esa misma noche, en su casa, mientras dormía, y de que nadie en su familia sabía nada de ningún fragmento ni de ningún sobre.

Pero eso todavía no lo sabía, cuando pasada la medianoche, con el fragmento y la carta suiza extendidos sobre la mesa junto a sus propias notas, ya cubiertas de anotaciones febriles y de flechas que conectaban una idea con otra, escuchó el chasquido de la cerradura de su puerta

forzándose desde afuera, un sonido metálico, seco, que no dejaba lugar a la duda de lo que significaba.

No tuvo tiempo de pensar, solo de actuar. Envolvió el fragmento en su tela original y lo cosió, con la torpeza de quien nunca ha usado una aguja para nada más urgente que un botón, en el forro interior de su chaqueta. Guardó el sobre en el bolsillo del pecho, contra el cuerpo.

Dejó atrás las notas, los cuadernos, seis años de trabajo disperso sobre la mesa, porque no había tiempo para más, y salió por la ventana que daba al patio interior justo cuando la puerta cedía a sus espaldas con un golpe seco que sintió en las plantas de los pies antes de oírlo con claridad.

Los tejados del Jan al-Jalili, a esa hora, eran un territorio que conocía mejor que cualquiera de los dos hombres que ahora lo perseguían, vestidos con una discreción demasiado cara para el mercado que él tenía debajo de los pies. Uno de ellos gritó algo en un árabe que no era el suyo, con acento extranjero, y el otro le contestó en italiano, una sola palabra que Termesio no llegó a entender del todo pero que reconoció como una orden.

Corrió agachado entre antenas y tanques de agua, saltó un vano que llevaba años calculando sin saber por qué, y bajó por una escalera de servicio hasta una calle que ni siquiera tenía nombre en los mapas turísticos.

Se detuvo, por fin, a varias manzanas de distancia, con la respiración quebrada y el corazón golpeándole en los oídos. Se palpó la chaqueta, comprobó que el fragmento seguía ahí, cosido contra su pecho, y sacó del bolsillo la carta de la notaría suiza, doblada en el mismo gesto instintivo con que había salvado el fragmento.

La leyó otra vez bajo la luz amarillenta de un poste de alumbrado, buscando en la firma del final algo que su memoria, agotada por el miedo, todavía no lograba ubicar del todo.

—¿Quién eres tú? —murmuró, casi sin darse cuenta de que hablaba solo, con la voz ronca de quien acaba de correr más de lo que su cuerpo está acostumbrado.

No obtuvo respuesta, claro, más que el silencio de la calle vacía y el ladrido lejano de un perro que no era asunto suyo. Pero sintió, con esa certeza que a veces llega antes que la evidencia, que aquella firma no pertenecía a un simple notario ni a un simple testigo, sino a alguien que había estado, sesenta años atrás, del otro lado de un silencio que todavía, esa misma noche, alguien parecía dispuesto a matar para mantener.

Guardó la carta con cuidado, se levantó del quicio donde se había dejado caer, y caminó hacia el único lugar de El Cairo donde sabía que nadie lo buscaría esa noche, repasando, sin poder evitarlo, la última frase que le había dicho Yusuf Nassar antes de bajar la escalera con esa lentitud que ahora, demasiado tarde, entendía por completo.

CAPÍTULO 2

El guardián del silencio

Ciudad del Vaticano — la misma noche, unas horas después

La Biblioteca Apostólica Vaticana dormía a esa hora bajo una luz mínima, de guardia, que apenas alcanzaba a dibujar el perfil de los anaqueles más cercanos a las ventanas. Monseñor Vittorio Vance, sin embargo, seguía despierto en su oficina del tercer nivel, una habitación estrecha que ni siquiera tenía nombre en los directorios internos, catalogada apenas como "sección de conservación especial", con una migraña que llevaba ya tres horas latiéndole detrás del ojo izquierdo y que ninguna de las pastillas que guardaba en el cajón había logrado apagar.

Tocaron a la puerta con dos golpes secos, sin pausa entre ellos, el código que solo usaba una persona en todo el edificio.

—Adelante, padre Bellini.

Entró un hombre joven, de sotana impecable y gesto siempre un poco apurado, con una carpeta bajo el brazo que sostenía como si pesara más de lo que su tamaño sugería.

—Monseñor. Perdone la hora.

—A esta hora ya no hay horas que perdonar, padre. ¿Qué trae?

—Un informe de nuestro contacto en El Cairo. Dice que es urgente.

Vance extendió la mano sin levantarse del todo del escritorio, y el padre Bellini le entregó la carpeta con esa deferencia un poco rígida que llevaba cultivando desde que había llegado a trabajar con él, seis años atrás, sin saber todavía del todo a qué se dedicaba en realidad la sección para la que había sido reclutado.

—¿Debo esperar?

—Siéntese. Puede que necesite que llame a alguien esta misma noche.

Vance abrió la carpeta y leyó, primero por encima, luego con una atención que le hizo olvidar por un momento el dolor detrás del ojo. Un departamento en el Jan al-Jalili, forzado esa noche. Un ocupante identificado como Termesio Agostini, antiguo profesor de un instituto londinense, conocido por sus teorías heterodoxas sobre la cronología del hallazgo de 1945. Un fragmento de papiro, posiblemente vinculado al Códice XII. Y una mención, breve, casi al margen del informe, que le heló la sangre más que cualquier otro dato: correspondencia sustraída del departamento del anticuario que había visitado al restaurador esa misma noche, correspondencia que el informante describía, sin poder precisar más, como "documentación notarial suiza de los años sesenta".

—¿Algo grave, monseñor?

Vance tardó en contestar. Cerró la carpeta, la volvió a abrir, releyó la misma línea tres veces, como si esperara que las palabras cambiaran de significado en la cuarta lectura.

—Padre Bellini, ¿usted sabe qué archivé yo en mi primer año en esta oficina?

—No, monseñor. Nunca me lo ha contado.

—Yo tampoco lo sabía del todo entonces. Tenía veintiséis años y hacía lo que me pedía mi superior sin preguntar demasiado, porque así se hacían las cosas entonces, y porque confiaba en que quien me daba la orden sabía más que yo sobre por qué había que darla.

Se levantó, caminó hasta la ventana estrecha que daba a un patio interior sin nombre, y habló ya sin mirar al padre Bellini, como si le hablara más a su propio reflejo en el cristal que a él.

—En 1963 firmé, por instrucción de monseñor Aldegheri, que en paz descanse, un documento dirigido a una notaría de Zúrich. Nunca leí el contenido completo, padre. Solo la parte que me correspondía firmar, como testigo de una gestión que se me dijo que era rutinaria. Tenía que ver con el material que entonces estaba retenido allá, el Códice I, mientras se resolvía el litigio de propiedad.

—¿Y ese documento es el que se menciona en el informe?

—No lo sé todavía con certeza. Pero llevo sesenta años dando por sentado que ese asunto murió con monseñor Aldegheri, y esta noche alguien me dice que un restaurador desacreditado tiene en su poder correspondencia notarial suiza de esa misma época.

El padre Bellini guardó silencio un momento, calculando, por lo visto, qué tan lejos podía preguntar.

—¿Qué decía exactamente ese acuerdo, monseñor?

—No lo sé, padre. Y esa es la parte que más me inquieta esta noche. No lo sé, y durante sesenta años no me hizo falta saberlo para dormir tranquilo.

Volvió al escritorio, se sentó pesadamente, y abrió el cajón donde guardaba las pastillas, aunque no tomó ninguna todavía.

—¿Qué instrucciones doy al equipo de campo, monseñor?

Vance no contestó de inmediato. Miró un rato la fotografía adjunta al informe, la imagen borrosa de un hombre de mediana edad, capturada por una cámara de vigilancia comercial del mercado, con el rostro cansado de quien lleva demasiado tiempo cargando algo que no le corresponde solo a él.

—Llame a Renner. Dígale que venga aquí, esta misma noche, sin importar la hora que sea allá.

—¿Le explico el motivo?

—Explíquele que hay un fragmento del Códice XII circulando fuera de control, y que hay correspondencia comprometedora en las mismas manos. Con eso bastará para que entienda la urgencia.

—¿Y respecto al restaurador?

Vance cerró los ojos un momento, y cuando volvió a abrirlos, algo en su expresión se había endurecido, como si hubiera tomado una decisión que ya no quería revisar por segunda vez.

—Que lo localicen. Que recuperen el fragmento y cualquier copia que exista de esa correspondencia. Y que resuelvan el problema del restaurador de forma que no levante preguntas, padre. Que parezca lo que suele parecer en ese mercado a esas horas.

—Entendido, monseñor.

—Padre Bellini.

—¿Sí, monseñor?

—Yo no soy un hombre que disfrute dando esta clase de órdenes. Quiero que lo sepa, aunque no cambie nada de lo que acabo de decirle.

—Lo sé, monseñor. Nunca he pensado lo contrario de usted.

Antes de que Renner llegara, Vance tuvo tiempo de pasear por su propia oficina como quien pasea por una celda que él mismo ha decorado con volúmenes de teología y una fotografía enmarcada de su ordenación, treinta y ocho años atrás, en una Roma que ya no existía más que en su memoria. Se detuvo frente a esa fotografía un momento, buscando en el rostro del joven que había sido algo que reconociera todavía, y no encontró demasiado. El padre Bellini regresó antes de que terminara de mirarla.

—Monseñor, Renner está en camino. Dice que llegará en una hora, quizás menos.

—Bien.

—¿Necesita algo mientras tanto?

—Un poco de silencio, padre. Es lo único que necesito, y es precisamente lo que menos tengo esta noche.

El padre Bellini asintió y se retiró sin insistir, con esa capacidad suya de saber exactamente cuándo una conversación había terminado, aunque nadie lo hubiera dicho en voz alta. Vance se quedó solo, y en esa hora de espera hizo algo que no había hecho en años: sacó de un archivero adyacente, protegido por una cerradura que solo él y dos personas más en todo el edificio podían abrir, la carpeta completa del expediente de 1963, mucho más gruesa que el sobre que guardaba en su escritorio, con memorandos internos, notas de reuniones, y una lista de nombres que había firmado aquel acuerdo desde distintas instituciones, algunos ya fallecidos, otros todavía vivos aunque retirados hacía décadas de cualquier cargo activo. Leyó, con una atención que la migraña volvía casi dolorosa, un memorando fechado apenas dos semanas antes de la firma, en el que su antiguo superior explicaba a sus propios superiores por qué convenía "gestionar con discreción el regreso del material a Egipto, hasta que la comunidad teológica estuviera en condiciones de recibir sin escándalo ciertas lecturas ya circulando entre especialistas". No había, en esas páginas, ninguna mención al contenido exacto de esas lecturas. Solo la

certeza repetida, línea tras línea, de que alguien más sabio que él, en 1963, había decidido que el silencio era la opción responsable, y que a él, entonces un joven archivista de veintiséis años, le había bastado esa certeza ajena para dormir tranquilo durante seis décadas.

Renner llegó una hora después, con la ropa de calle que se ponía siempre que lo llamaban fuera de horario, un hombre de espalda ancha y modales tan discretos que resultaban, precisamente por eso, un poco inquietantes. Vance guardó la carpeta antes de que entrara, cerró el archivero con la misma llave pequeña que llevaba siempre consigo, y lo recibió de pie, sin ofrecerle asiento, porque las reuniones con Renner nunca duraban lo suficiente para que valiera la pena sentarse.

—Monseñor.

—Tenemos un problema en El Cairo.

—Lo leí en el resumen que me envió Bellini de camino. ¿Qué tan urgente?

—Tan urgente como para que lo haya llamado a esta hora, Renner.

—¿El fragmento primero, o el hombre primero?

—Los dos son la misma prioridad. No quiero que uno se resuelva sin el otro.

Renner asintió, sin apuntar nada, porque nunca apuntaba nada, y Vance siempre había supuesto que esa costumbre respondía menos a la memoria que a la prudencia.

—¿Hay algo más que deba saber antes de salir esta noche?

Vance dudó. Fue apenas un segundo, pero un segundo que Renner, entrenado para notar esas cosas, no dejó pasar.

—¿Monseñor?

—No. Nada que cambie la instrucción.

Renner salió sin más preguntas, con esa eficiencia silenciosa que Vance había aprendido a valorar sin llegar nunca a sentirse del todo cómodo con ella, y Vance se quedó solo, otra vez, con la carpeta abierta sobre el escritorio y la migraña que ahora le latía con más fuerza que antes, como si el propio cuerpo le reprochara la decisión que acababa de tomar.

No era, y esto convenía dejarlo claro desde ahora para quien lo juzgara solo por lo que acababa de ordenar, un hombre cínico ni un hombre sin fe. Había entrado al seminario a los diecisiete años convencido de una vocación que nunca había dejado de sentir genuina, había estudiado patrística en Roma con una pasión que sus propios profesores recordaban todavía, y había aceptado, veinte años atrás, el cargo que ahora ocupaba, no por ambición, sino porque alguien tenía que hacerlo, y porque él creía, con una convicción que las migrañas de las últimas dos décadas no habían logrado apagar del todo, que ciertas verdades históricas, sueltas sin el andamiaje pastoral adecuado, hacían más daño que bien a la fe sencilla de millones de personas que no tenían el tiempo ni las herramientas para procesarlas con la serenidad que exigían.

Tomó, por fin, una de las pastillas del cajón, la tragó sin agua, y se quedó mirando la fotografía borrosa del restaurador un rato más, antes de guardar la carpeta bajo llave en el cajón inferior de su escritorio, el mismo donde guardaba, desde hacía sesenta años sin volver a mirarlo, un sobre con una copia del acuerdo que había firmado en 1963 sin leer del todo.

Lo sacó, esa noche, por primera vez en años. Lo desdobló con el mismo cuidado con que Termesio Agostini, a esa misma hora, doblaba su propia copia en una calle sin nombre de El Cairo. Leyó la cláusula que siempre había evitado releer, la que hablaba de mantener "fuera de la discusión pública ciertas interpretaciones sensibles del material en depósito" mientras durara el litigio, y sintió, por primera vez en sesenta años, algo parecido a la vergüenza, aunque se apresuró a llamarlo, para sus adentros, prudencia pastoral, porque llamarlo de otro modo habría significado admitir que la orden que acababa de dar esa misma noche no defendía una fe, sino un silencio que él mismo había firmado sin preguntar, cuando todavía era joven y creía que obedecer era lo mismo que tener razón.

Guardó el sobre, apagó la lámpara del escritorio, y se quedó un rato más en la oscuridad de su oficina, escuchando el silencio del edificio más antiguo y más vigilado del mundo, preguntándose, sin atreverse todavía a formular la pregunta completa, qué parte de ese silencio le correspondía proteger a él, y qué parte, quizás, ya no era suya para decidir.

No se movió de ahí hasta que el teléfono interno sonó, ya pasada la una de la madrugada. Contestó al segundo timbrazo.

—Monseñor, soy Renner. Ya estoy en el aeropuerto.

—¿Tan pronto?

—Usted dijo que era urgente. Le tomé la palabra.

—Bien hecho.

—Antes de subir al avión quería confirmar una cosa, monseñor, para no perder tiempo cuando aterrice.

—Dígame.

—Si el restaurador se resiste, si hay que elegir entre el fragmento y él, ¿cuál es la prioridad?

Vance cerró los ojos en la oscuridad de su oficina, con el auricular apretado contra la oreja como si eso pudiera evitar que su propia voz sonara tan segura como necesitaba que sonara.

—El fragmento, Renner. Siempre el fragmento.

—Entendido, monseñor. Lo llamo en cuanto tenga algo.

Colgó sin despedirse, como siempre, y Vance se quedó otra vez a oscuras, con el teléfono todavía tibio en la mano, pensando que acababa de repetir, palabra por palabra, sin saberlo del todo, la misma jerarquía de prioridades que monseñor Aldegheri debió de establecer sesenta años atrás, cuando decidió que ciertos silencios valían más que ciertos hombres, y que él,

joven entonces, había aceptado sin más pregunta que la de si debía firmar arriba o abajo de la línea.

CAPÍTULO 3

La trampa de la academia

Londres, Inglaterra — dos días después

El vuelo de El Cairo a Londres se le hizo más largo que ningún otro que Termesio recordara, no por la duración, sino por la cantidad de veces que se palpó, sin darse cuenta, el forro de la chaqueta donde llevaba cosido el fragmento, como quien comprueba cada tanto que un dolor sigue ahí, todavía vivo. Había salido de Egipto con el pasaporte de siempre y el miedo de siempre, y había decidido, en algún punto del trayecto, que Marcus Sterling era la única persona en el mundo con los recursos, el laboratorio y —todavía lo creía entonces— la voluntad de ayudarlo a verificar lo que traía consigo.

Durante el vuelo intentó, sin conseguirlo del todo, ordenar en su cabeza los argumentos que le presentaría a Sterling, ensayando frases que sonaban convincentes en el silencio de su mente y que temía que se deshicieran en cuanto las pronunciara en voz alta frente a un hombre acostumbrado, desde hacía treinta años, a desmontar argumentos ajenos por oficio. Se conocían desde que Termesio tenía veintitrés años y llegó al instituto como estudiante de posgrado, deslumbrado por un profesor que entonces le pareció la encarnación misma del rigor científico aplicado a un campo que otros trataban con demasiada liviandad. Sterling lo había formado, lo había defendido en más de un comité académico, y Termesio, pese a todo lo que había ocurrido después, seguía conservando hacia él algo parecido a la lealtad de un hijo hacia un padre exigente, esa clase de lealtad que sobrevive incluso a las decepciones más duras porque se instaló demasiado temprano para desalojarse con facilidad.

El instituto ocupaba un edificio victoriano restaurado cerca de Bloomsbury, con esa mezcla de piedra ennegrecida y cristal moderno que Termesio siempre había encontrado un poco pretenciosa, aunque nunca se lo había dicho a nadie mientras trabajó ahí. Sterling lo recibió en su despacho del segundo piso, entre estanterías que llegaban hasta el techo y una réplica en tamaño real de una vasija de Nag Hammadi que alguna editorial le había regalado tras la publicación de su último libro.

—Termesio. No esperaba verte aquí, y mucho menos así.

—Necesito tu ayuda, Marcus. No tengo a nadie más a quien pedírsela.

—Siéntate. Cuéntame.

Termesio se sentó, aunque no del todo, en el borde de la silla, como si una parte de él todavía calculara la salida más cercana por costumbre de los últimos dos días.

—Tengo un fragmento. Copto, del siglo cuarto. Compatible, letra por letra, con las lagunas del Códice XII.

Sterling no cambió de expresión, pero algo en sus manos, que hasta entonces habían estado quietas sobre el escritorio, se movió apenas, un gesto mínimo que Termesio, entrenado durante años para leer manuscritos, no dejó de registrar.

—Eso es imposible, Termesio. Ese material se quemó. Está documentado.

—Se quemó una parte. Nunca hubo certeza sobre cuánto.

—¿De dónde lo sacaste?

—De un anticuario de El Cairo. Yusuf Nassar. Murió la misma noche que me lo entregó.

Sterling se levantó, caminó hasta la ventana, y Termesio reconoció ese gesto también, porque lo había visto hacer lo mismo cientos de veces, años atrás, cuando algo lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir en el momento.

—¿Alguien más sabe que lo tienes?

—Alguien intentó quitármelo esa misma noche.

—¿Quién?

—No lo sé. Dos hombres. Profesionales, no ladrones comunes.

—¿Fuiste a la policía?

—¿Con qué, Marcus? ¿Con un fragmento que ni siquiera puedo explicar todavía sin sonar como un lunático? Habría tenido que entregarlo como prueba, y eso es justamente lo único que no puedo permitirme perder.

Sterling asintió, despacio, como si la respuesta le pareciera razonable, aunque Termesio no habría podido decir, ni entonces ni después, si ese gesto era de comprensión genuina o de simple cálculo.

—Y hay algo más, Marcus. Una carta. De una notaría suiza, de 1963. Habla de un acuerdo confidencial sobre el material que estuvo retenido en Zúrich.

—¿Qué clase de acuerdo?

—No lo sé todavía. Por eso vine. Necesito tu laboratorio, tu autoridad, tu nombre, para poder publicar esto de forma que nadie pueda descartarlo como una fantasía de un profesor destituido.

Sterling volvió a su escritorio, pero no se sentó. Se quedó de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de su silla, mirando a Termesio con una expresión que este tardaría, más tarde, en interpretar correctamente.

—Déjame ver el fragmento.

Termesio dudó apenas un segundo, y ese segundo, comprendería después, fue el único momento de la conversación en que su instinto le advirtió algo que su necesidad no le permitió escuchar. Sacó el fragmento, todavía envuelto en su tela original, y lo puso sobre el escritorio.

Sterling lo examinó bajo una lámpara ultravioleta portátil que sacó de un cajón, con esa precisión clínica que lo había hecho famoso entre sus colegas, girándolo, midiéndolo, comparándolo mentalmente, por lo visto, con algo que solo él podía ver.

—¿Puedo quedármelo esta noche? Necesito hacer una prueba de composición del papiro que no puedo hacer aquí, delante de ti, sin el equipo adecuado.

—Marcus, este fragmento es todo lo que tengo.

—Por eso mismo, Termesio. Si quieres que esto se publique con mi respaldo, necesito estar seguro yo primero. No puedo poner mi nombre detrás de algo que no he verificado con mis propias manos.

Termesio miró el fragmento sobre el escritorio, y miró después a Sterling, y algo en él, entrenado durante años a confiar en ese hombre, terminó de inclinar la balanza.

—Está bien. Una noche.

—Una noche. Te llamo mañana a primera hora.

No lo llamó. Termesio pasó la noche en un hotel barato cerca de la estación de Euston, sin dormir, revisando una y otra vez fotografías que había tomado del fragmento con el teléfono antes de entregarlo, como si esas imágenes borrosas pudieran compensar de algún modo el vacío que sentía en el pecho, exactamente donde antes había llevado cosido el papiro. A las siete de la mañana, el ruido de la televisión encendida en la habitación contigua lo despertó de un sueño ligero que ni siquiera recordaba haber empezado a tener.

Bajó a la recepción, donde un televisor mostraba las noticias matutinas de un canal de divulgación científica, y ahí estaba Sterling, en una entrevista grabada esa misma madrugada, con el rostro grave de quien cumple una obligación desagradable.

—Lo que puedo confirmar —decía Sterling frente a la cámara— es que un antiguo colaborador de este instituto, apartado hace años por conducta académica cuestionable, está intentando vender fragmentos que presenta como parte del Códice XII de Nag Hammadi. Hemos analizado el material que nos hizo llegar y todo indica que se trata de una falsificación moderna, elaborada con papiro antiguo pero con una escritura que no resiste el análisis paleográfico serio.

Termesio sintió que el suelo del pequeño lobby del hotel se inclinaba unos grados, aunque nadie más ahí pareció notar nada extraño.

—Eso es mentira —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, y el empleado de la recepción levantó la vista de su computadora, un poco alarmado.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No. No me encuentro bien.

Antes de subir a su habitación, marcó, casi por instinto, el número de una excolega del instituto, una arqueóloga con la que había mantenido cierto contacto esporádico desde su salida, con la vaga esperanza de que ella pudiera explicarle qué estaba pasando desde adentro.

—¿Diga?

—Helen, soy Termesio. ¿Viste lo que acaba de decir Sterling?

—Termesio, no debería estar hablando contigo. Me lo han dejado bastante claro esta mañana.

—¿Quién te lo dejó claro?

—El propio Marcus. Convocó a todo el departamento antes de la entrevista. Dijo que ibas a intentar contactar a varios de nosotros y que cualquier comunicación contigo debía reportarse de inmediato.

—Helen, yo no he inventado nada. Tengo el fragmento, lo tuvo él anoche en sus manos.

—Lo siento, Termesio. De verdad. Pero no puedo arriesgar mi puesto por esto.

Colgó antes de que Termesio pudiera añadir nada más, y el silencio que dejó el teléfono fue, quizás, la confirmación más dolorosa de toda la mañana: no se trataba solo de Sterling. Toda la maquinaria institucional que Termesio conocía desde adentro se había puesto ya en marcha contra él, con una velocidad que solo se explicaba si alguien la había activado horas antes de que la entrevista siquiera saliera al aire.

Subió a su habitación, marcó el número de Sterling con dedos que apenas le respondían, y esperó cuatro timbrazos antes de que contestara.

—Marcus, ¿qué demonios acabas de hacer?

—Termesio, escúchame con calma.

—¿Con calma? Acabas de decirle al mundo entero que soy un falsificador.

—Te estoy protegiendo, aunque no lo veas así ahora mismo.

—¿Protegiéndome de qué?

—De ti mismo. Si esto es lo que dices que es, necesita salir de la manera correcta, con el respaldo institucional adecuado, no con un profesor destituido presentándose en la prensa con una historia sobre un anticuario muerto y una carta suiza que suena, perdóname que te lo diga, a teoría de conspiración.

—Tú viste el fragmento, Marcus. Tú mismo lo examinaste anoche.

—Vi un fragmento interesante que necesita mucho más estudio antes de que nadie hable de nada. Y mientras tanto, prefiero que la conversación pública la controle yo, con toda la cautela que el tema merece, a que la controles tú, con toda la urgencia que llevas encima.

—¿Dónde está el fragmento, Marcus?

Hubo un silencio del otro lado de la línea, breve pero suficiente.

—A salvo.

—Necesito que me lo devuelvas.

—Cuando esto se calme, hablamos con calma. Ahora mismo, Termesio, hazme caso: no vayas a la prensa, no hagas ninguna declaración, y sobre todo, no vuelvas a este instituto. Ya hay gente haciendo preguntas sobre tu situación migratoria y tus permisos de trabajo, y no quiero que te compliques más de lo que ya estás.

La llamada terminó ahí, con Termesio sosteniendo el teléfono contra la oreja varios segundos después de que Sterling colgara, incapaz todavía de procesar del todo lo que acababa de ocurrir. No tuvo mucho tiempo para procesarlo, porque media hora después, dos agentes de inmigración tocaron la puerta de su habitación con una orden que, sospechó de inmediato y confirmaría después, no podía haberse tramitado tan rápido sin ayuda de alguien con contactos precisos en el lugar preciso.

Salió por la escalera de emergencia del hotel con lo puesto, sin fragmento, sin más respaldo que las fotografías borrosas en su teléfono y la carta suiza que todavía conservaba doblada en el bolsillo interior de su abrigo, la única prueba física que le quedaba de que no estaba, como acababa de proclamar Sterling ante millones de espectadores, inventando nada.

Caminó durante horas por calles que ya no reconocía del todo, la ciudad que había sido suya durante años convertida de pronto en un lugar hostil, hasta que se detuvo frente a la vitrina de una agencia de viajes cerca de King's Cross, mirando sin ver realmente los carteles de destinos turísticos, calculando, con la cabeza todavía embotada por la traición reciente, cuánto dinero le quedaba y hasta dónde le alcanzaría.

No tenía ya nada que perder en Londres. Lo poco que le quedaba, entendió esa tarde con una claridad casi dolorosa, estaba en Egipto: en el rastro de aquellas hojas dispersas en 1946, en los descendientes de quienes las habían comprado sin saber su valor, en la memoria de una aldea que quizás todavía recordaba lo que la academia oficial, representada ahora por el rostro grave y mentiroso de Marcus Sterling, prefería declarar falso antes que investigar. Entró a la agencia, compró el vuelo más barato que encontró hacia El Cairo, y salió de ahí sabiendo que a partir de ese momento tendría que llegar al desierto egipcio por sus propios medios, sin academia, sin institución, sin nadie más que su propia terquedad y la ayuda que pudiera encontrar en el camino.

Ya en el avión, con la carta suiza otra vez doblada contra el pecho, en el mismo bolsillo donde antes había llevado el fragmento, Termesio pensó que había algo casi simétrico en lo que le estaba ocurriendo: el mismo tipo de silencio institucional que sospechaba detrás de la carta de 1963 acababa de repetirse esa misma mañana, en tiempo real, frente a las cámaras, con Sterling en el papel que sesenta años atrás debió de interpretar algún funcionario vaticano sin nombre todavía. La historia, pensó, no se repetía por casualidad ni por poesía barata; se repetía porque las instituciones,

cuando algo las amenaza, recurren siempre al mismo instrumento, el descrédito rápido de quien pregunta, antes de que la pregunta encuentre oídos capaces de sostenerla.

CAPÍTULO 4

El rastro de lo disperso

Nag Hammadi y al-Qasr, Alto Egipto — tres días después

El tren que bajaba hacia el sur salía de El Cairo con dos horas de retraso, y Termesio pasó buena parte de ese tiempo en el andén, con la carta suiza contra el pecho y la vista fija en un cartel de bienvenida que alguna autoridad de turismo había mandado pintar años atrás, ya descolorido, con la imagen de una vasija de barro que todo el país conocía y que a él, esa mañana, le parecía menos un símbolo de orgullo nacional que una advertencia dirigida específicamente a él.

Fue en ese andén donde conoció a Arthetis, aunque no del todo por casualidad. Un colega común, un archivista jubilado que le debía a Termesio un favor de hacía años, le había dado su nombre y un número de teléfono con una sola advertencia: "Ella conoce esa tierra mejor que cualquier libro que hayas leído, y tiene sus propias razones para no confiar en Sterling."

—¿Termesio Agostini? —preguntó ella, acercándose con una mochila de campo que parecía haber sobrevivido a más de una excavación complicada.

—El mismo. ¿Arthetis?

—Arthetis Fahmy. Me dijeron que necesitas a alguien que conozca al-Qasr y que no le tenga miedo a Sterling.

—Me dijeron lo mismo de ti.

Ella sonrió, apenas, con una expresión que no terminaba de ser amistad todavía, pero que tampoco era desconfianza del todo.

—Sube al tren. Te cuento en el camino por qué dejé de trabajar para su círculo.

Ya en el vagón, con el paisaje del valle del Nilo desplegándose despacio al otro lado de la ventanilla, Arthetis le contó, sin que él tuviera que insistir demasiado, la historia de una excavación conjunta financiada en parte por el instituto de Sterling, en la que ella había denunciado, sin éxito, el manejo opaco de los fondos destinados a conservación. La habían apartado del proyecto con la misma facilidad con que se aparta a alguien que hace preguntas incómodas en cualquier institución, egipcia o extranjera, y desde entonces trabajaba de forma independiente, aceptando encargos que la mantenían cerca del terreno sin acercarla demasiado a ningún nombre importante.

—¿Y tú qué traes, además de esa cara de no haber dormido en tres días?

Termesio le explicó, con más detalle del que había podido darle por teléfono, lo de Nassar, el fragmento, la carta suiza, la traición de Sterling.

Arthetis escuchó sin interrumpir, con los brazos cruzados y la mirada fija en algún punto del paisaje que pasaba, hasta que él terminó.

—¿Y ahora qué buscas exactamente en al-Qasr?

—No la vasija. Esa ya la encontraron hace ochenta años, y con toda razón se llevan el mérito quienes lo hicieron. Busco lo que se dispersó después. Compradores anónimos, en 1946. Un comerciante de granos, tal vez otros. Alguien que todavía conserve algo, o al menos memoria de algo.

—Eso va a ser más difícil de lo que crees. La gente de ahí lleva ochenta años viendo llegar extranjeros que preguntan por "papeles viejos" y se van con lo que encuentran sin dejar nada a cambio, ni siquiera las gracias. No vas a encontrar a nadie dispuesto a hablar solo porque le enseñes una fotografía borrosa en tu teléfono.

—Por eso te necesito a ti.

Arthetis lo miró un momento, evaluándolo con una seriedad que a Termesio, acostumbrado ya a la desconfianza generalizada de los últimos días, le pareció casi reconfortante por su honestidad.

—Está bien. Pero hacemos esto a mi manera. Yo hablo primero con la gente, tú te quedas callado hasta que yo te presente, y si alguien dice que no quiere hablar de esto, se acabó la conversación ahí mismo, sin insistir.

—Entendido.

Llegaron a al-Qasr al día siguiente, después de una noche en un hotel modesto de Nag Hammadi donde ninguno de los dos durmió demasiado. Llegaron a al-Qasr al día siguiente, después de una noche en un hotel modesto de Nag Hammadi donde ninguno de los dos durmió demasiado. Cenaron algo ligero en el pequeño restaurante del hotel, casi vacío a esa hora, y fue ahí donde Arthetis, entre plato y plato, le hizo a Termesio la pregunta que llevaba todo el día evitando.

—¿Por qué te importa tanto esto, Termesio? Y no me refiero al fragmento. Me refiero a por qué estás dispuesto a arriesgar lo poco que te queda por un puñado de páginas que, si tienes suerte, van a completar un texto que de todos modos ya está publicado, aunque sea de forma incompleta.

Termesio se quedó un momento en silencio, dándole vueltas al vaso de té que tenía entre las manos.

—Porque durante seis años me dijeron que hacer esa pregunta era una falta de seriedad académica. Que preguntar por qué ciertas cosas tardaron tanto, por qué ciertos archivos siguen cerrados, era propio de gente que no entiende cómo funciona la ciencia seria. Y yo empecé a creerlo, Arthetis. Empecé a dudar de mí mismo más de lo que dudaba de ellos.

—¿Y ahora ya no dudas?

—Ahora tengo un fragmento que coincide, letra por letra, con algo que se supone que no debería existir. Y eso, para alguien que pasó seis años sin que nadie le creyera nada, vale más que cualquier duda razonable.

Arthetis asintió, despacio, y por primera vez desde que se habían conocido en el andén, algo en su expresión se suavizó del todo.

—Yo perdí mi puesto por hacer una pregunta parecida sobre unos fondos de conservación. No es lo mismo, lo sé, pero entiendo esa sensación de que nadie te crea solo porque preguntaste en voz alta lo que todos pensaban en silencio.

—Entonces entiendes por qué no puedo detenerme ahora.

—Entiendo por qué no puedes. No estoy segura de entender todavía por qué no deberías.

La aldea, extendida entre palmerales y casas de adobe con techos de palma, guardaba una relación ambigua con su propia fama: todos sabían, en mayor o menor detalle, la historia del hallazgo de 1945, pero pocos la contaban con gusto a los forasteros, cansados de convertirse, generación tras generación, en anexo turístico de un descubrimiento que ellos nunca vieron traducido en beneficio propio.

Arthetis empezó por el café del pueblo, donde conocía a un anciano llamado Hajj Fathi que había trabajado, de joven, para la misión arqueológica francesa de los años cincuenta. Se sentaron con él bajo un toldo de lona remendada, y Fathi los observó un buen rato antes de aceptar el té que Arthetis le ofreció.

—Hija, ya perdí la cuenta de cuántos extranjeros he visto sentarse en esta misma silla preguntando por lo mismo.

—No buscamos comprar nada, Hajj Fathi. Ni exponer nada en ningún museo. Buscamos entender qué pasó con unas páginas que salieron de aquí hace ochenta años, para ayudar a un hombre que está en peligro por saber demasiado.

—¿En peligro por parte de quién?

—De gente que preferiría que esa historia siguiera enterrada, como estuvo la vasija durante mil quinientos años.

Fathi se rio, sin alegría, con una risa breve que sonó más a reconocimiento que a burla.

—Eso sí lo entiendo, hija. En este pueblo llevamos ochenta años viendo cómo unos se pelean por el mérito de algo que nosotros vivimos de cerca y del que casi nadie nos preguntó nunca la versión completa.

Fue él quien, después de escuchar a Arthetis explicar con más detalle el motivo de la visita en un árabe cuidadoso y respetuoso, mencionó por primera vez, casi de pasada, el nombre que Termesio llevaba tres días esperando escuchar.

—Si buscan quién compró papeles en el cuarenta y seis, pregunten por la familia Basyuni. El abuelo tenía un negocio de granos, todavía existe, lo lleva ahora un nieto.

—¿Sabe si conservan algo de esa época? —preguntó Arthetis.

—No lo sé, hija. Pero si alguien en este pueblo guarda algo, es esa familia. Nunca tiraron nada, ni siquiera las cosas que deberían haber tirado hace tiempo.

El negocio de granos de los Basyuni seguía funcionando, aunque con el aspecto cansado de un local que había visto épocas mejores. El nieto, un hombre de unos cincuenta años llamado Kamal, los recibió con la misma desconfianza inicial que Arthetis había anticipado, hasta que ella le explicó, con paciencia, que no buscaban comprar ni exponer nada, sino entender una historia familiar que podía estar conectada con un crimen reciente en El Cairo.

—Mi abuelo hablaba de eso a veces, cuando ya estaba muy viejo —dijo Kamal, finalmente, después de un silencio largo—. Decía que había comprado "papeles del entierro", así los llamaba, y que después se había arrepentido, porque un europeo vino años más tarde preguntando por ellos con una urgencia que no le gustó nada.

—¿Recuerda cuándo fue eso? —preguntó Termesio, rompiendo por primera vez el silencio que había prometido guardar.

Kamal lo miró un momento antes de contestar, como si evaluara si merecía la pena hacerlo.

—Mi abuelo murió hace quince años. Pero dejó un baúl, con cosas que ninguno de nosotros se atrevió a tirar. Está en la casa de mi tía, todavía.

La casa de la tía de Kamal quedaba a pocas calles del negocio, y la mujer, una anciana de manos artríticas pero mirada todavía muy despierta, los recibió con más curiosidad que recelo cuando su sobrino le explicó, en voz baja, el motivo de la visita.

—El baúl de mi padre —dijo, señalando un rincón de la habitación principal cubierto por una manta bordada—. Nunca lo abrimos del todo. Da un poco de miedo, si le soy sincera.

—¿Por qué? —preguntó Arthetis.

—Porque mi padre decía que esos papeles habían traído mala suerte a la familia del vecino que se los vendió, y que él los había guardado por respeto a los muertos, no por su valor.

Abrieron el baúl entre los cuatro, con un cuidado casi ceremonial. Dentro había ropa antigua, documentos de propiedad, fotografías amarillentas de rostros que ya nadie en la familia sabía nombrar. Y en el fondo, envueltas en paños que alguna vez fueron blancos, cuatro hojas de papiro quebradizo, protegidas entre sí con un cuidado que sorprendió a Termesio viniendo de gente que decía no saber su valor.

—Son estas —dijo, con la voz apenas audible, mientras las sostenía con las manos temblando tanto como le habían temblado a Nassar unos días antes.

—¿Estás seguro? —preguntó Arthetis.

—Compáralo tú misma.

Sacó de su mochila las fotografías que había tomado del primer fragmento antes de entregárselo, tontamente, a Sterling, y las comparó, letra por letra, con las hojas del baúl. La coincidencia era innegable: la misma mano, el mismo error de copista repetido, el mismo tipo de daño en los bordes producido por décadas de humedad y polvo del desierto.

—Hay algo más —dijo la tía de Kamal, sacando del fondo del baúl un cuaderno pequeño, de tapas de cuero gastado, con la fecha 1964 escrita a mano en la primera página, en una caligrafía europea que no era ni árabe ni copta.

Termesio lo abrió con manos que ya no podía controlar del todo. Las páginas estaban escritas en italiano, con una letra apretada y nerviosa, y las primeras líneas que alcanzó a leer, ahí mismo, de pie en la habitación de una anciana egipcia que no entendía una palabra de ese idioma, le confirmaron que había encontrado exactamente lo que la carta suiza le había prometido sin decírselo del todo: el testimonio directo de alguien que había estado, sesenta años atrás, en el centro mismo del silencio que ahora perseguía.

—¿Podemos llevarnos esto? —preguntó Arthetis, dirigiéndose a la anciana con un respeto que Termesio, en su ansiedad, casi había olvidado guardar —. Se lo devolveremos, o le explicaremos con toda claridad qué encontramos, si eso es lo que prefiere.

La mujer miró el baúl, después a Termesio, y finalmente asintió, despacio.

—Llévenselo. Si de verdad puede honrar la memoria de mi padre en vez de traer más mala suerte, entonces ya era hora de que saliera de esta casa.

Salieron de al-Qasr esa misma tarde, con las cuatro hojas y el cuaderno protegidos en la mochila de Arthetis, sin saber todavía que alguien, en algún punto del trayecto entre El Cairo y aquella aldea perdida entre palmerales, ya había empezado a seguirles el rastro con la misma paciencia con que Termesio había seguido, días antes, el rastro de una carta suiza que nunca debió salir de un cajón cerrado con llave en el Vaticano.

CAPÍTULO 5

La primera traducción bajo fuego

Iglesia copta abandonada, afueras de Nag Hammadi — esa misma noche

La iglesia llevaba, según les explicó el propio Hajj Fathi antes de indicarles el camino, más de treinta años sin culto regular, desde que la comunidad copta local se había reducido demasiado para sostenerla y había terminado por trasladar sus servicios a un templo más pequeño, más cercano al centro del pueblo. El techo conservaba apenas la mitad de sus tejas, y por los huecos entraba, esa noche, una luna casi llena que Termesio agradeció en silencio, porque les permitía trabajar con las linternas al mínimo y ahorrar batería para lo que pudiera venir después.

Se instalaron cerca del altar, el único punto donde los muros todavía conservaban algo de su espesor original, y Arthetis extendió sobre una manta que había traído consigo un pequeño equipo de campo: guantes de algodón, una lupa binocular, un termómetro de humedad que sacó por costumbre profesional más que por necesidad real esa noche.

—Antes de tocar nada, dime algo —dijo, mientras se ponía los guantes—. ¿Cuántas veces has manejado un manuscrito de este periodo sin el respaldo de una institución detrás?

—Nunca, si te soy honesto.

—Entonces vamos a hacer esto despacio, aunque el tiempo nos apure. Prefiero que lleguemos vivos con menos avance esta noche, que muertos con la traducción completa.

—Entendido.

—Y otra cosa. Antes de mostrarme lo que traes en el teléfono, quiero verte trabajar con algo que ya conozco de memoria.

Arthetis desplegó sobre el altar, cubierto ya solo con una tela deshilachada, las cuatro hojas rescatadas del baúl de los Basyuni, el cuaderno de 1964, y las fotografías del primer fragmento que Termesio conservaba en su teléfono. Antes de tocar nada nuevo, sin embargo, insistió en algo que a Termesio, ansioso por avanzar, le costó al principio entender.

—Antes de meternos con esto, quiero que revisemos algo que ya está publicado. Necesito verte trabajar con calma, sin la presión de que sea un hallazgo nuevo, para confiar en tu método cuando lleguemos a lo que sí lo es.

—¿Qué tienes en mente?

Arthetis sacó de su mochila una reproducción impresa, ya gastada de tanto uso, de un pasaje del Evangelio según Felipe, uno de los textos que sí formaban parte, sin ninguna controversia, del corpus completo hallado en 1945.

—Léemelo en voz alta. En copto primero, luego en árabe. Quiero escuchar cómo trabajas.

Termesio, algo desconcertado pero dispuesto a seguirle el ritmo, tomó la hoja y empezó a leer, despacio, con la cadencia de quien ha repetido un texto tantas veces que ya no necesita mirarlo por completo para reconocerlo.

—Aquí habla de la compañera del Salvador, María Magdalena. Dice que Jesús la amaba más que a los demás discípulos, y que solía besarla frecuentemente en la boca. Los demás discípulos se lo reprochaban, y le preguntaban por qué la amaba más que a todos ellos.

—¿Y qué responde Jesús, según el texto?

—El pasaje está dañado justo ahí, en el punto más interesante, como suele pasar con estos manuscritos. Pero lo que sobrevive sugiere que la

respuesta tenía que ver con la capacidad de ver, con quién es capaz de ver de verdad y quién permanece ciego pese a tener los ojos abiertos.

Arthetis se quedó callada un momento, mirando la reproducción impresa como si la viera por primera vez, aunque Termesio sospechaba que la había leído decenas de veces antes.

—Llevo diez años estudiando este corpus, y todavía me sorprende que un pasaje así, publicado desde hace décadas, siga sin formar parte de la conversación pública sobre los orígenes del cristianismo. Cualquiera pensaría que un texto que sugiere ese vínculo entre Jesús y María Magdalena habría generado más debate del que generó.

—Generó debate, Arthetis. Solo que un debate contenido, casi siempre, dentro de los muros de la propia academia. Ahí es donde entra lo que creo que encontramos en la carta suiza. No se trata solo de qué textos se descubrieron. Se trata de cuánto y cómo se permitió que esos textos llegaran a la gente que no lee revistas especializadas.

—¿Crees que fue deliberado?

—Creo que hay una diferencia entre que algo esté publicado y que algo esté verdaderamente disponible para quien no sabe dónde buscarlo. Y esa diferencia, sospecho, no siempre es accidental.

Fuera, en algún punto del camino que bordeaba la iglesia, un vehículo pasó despacio, con los faros bajos, y ambos guardaron silencio hasta que el ruido del motor se perdió en la distancia.

—Sigamos —dijo Arthetis, bajando aún más la voz—. Muéstrame las hojas nuevas.

Termesio acercó, con un cuidado casi religioso, las cuatro hojas rescatadas del baúl, y las colocó bajo la luz de la linterna, comparándolas centímetro a centímetro con las fotografías del primer fragmento.

—Este trazo, aquí, es el mismo que vimos en El Cairo. Y aquí, mira, el mismo error de copista, repetido una tercera vez.

—¿Puedes traducir algo ya, o es demasiado pronto?

—Hay una frase que se repite, casi como un estribillo, en las cuatro hojas. Habla de encontrar lo divino no en el prodigio que se ve desde fuera, sino en el trabajo silencioso de quien elige, día tras día, no rendirse ante el miedo.

Arthetis lo miró un momento, con una expresión que Termesio no supo interpretar del todo hasta que ella habló.

—Eso describe bastante bien lo que estamos haciendo ahora mismo, ¿no te parece?

—Empiezo a pensar que estos textos tienen esa costumbre. Uno cree que está leyendo sobre el siglo cuarto, y de pronto se da cuenta de que está leyendo sobre sí mismo.

Ella sonrió, apenas, y por un momento, en medio del peligro y el cansancio acumulado de varios días sin descanso real, el ambiente en la iglesia se relajó lo suficiente para que ambos pudieran respirar.

El comentario quedó suspendido en el aire de la iglesia, más pesado de lo que Arthetis parecía haber pretendido, y ninguno de los dos añadió nada más durante un rato, concentrados otra vez en las hojas extendidas sobre el altar.

—Puedo intentar avanzar un poco más con la traducción, si quieres —dijo Termesio, después de un silencio que ya empezaba a sentirse largo—. Hay una segunda frase que se repite, distinta de la primera.

—Adelante.

—Habla de un sello escrito no en piedra, sino en el pecho de quien comprende. Y dice algo más, que todavía no logro traducir con seguridad, sobre la diferencia entre guardar una verdad y enterrarla.

—Esa distinción me parece importante.

—A mí también. Guardar algo implica que en algún momento se piensa devolverlo a la luz. Enterrarlo implica, casi siempre, la intención de que nadie vuelva a encontrarlo.

—¿Y tú qué crees que hicieron con esto los monjes que lo escondieron en el 367?

—Creo que guardaron, no enterraron, aunque el gesto físico haya sido el mismo. Si hubieran querido que se perdiera para siempre, lo habrían quemado, como les ordenaban. Lo enterraron, en cambio, en un lugar donde el desierto seco pudiera conservarlo. Eso no es la conducta de alguien que quiere destruir algo. Es la conducta de alguien que confía en que, algún día, alguien más lo va a necesitar.

Arthetis lo miró con una expresión nueva, distinta a la curiosidad profesional que había mostrado hasta entonces.

—Habla mucho de ti, esa lectura.

—Puede ser. Llevo seis años guardando yo también algo que nadie más quiso creer. Quizás por eso reconozco el gesto.

—¿Y crees que algún día alguien lo va a necesitar, lo que tú guardaste?

—Empiezo a pensar que sí. Empiezo a pensar que ese alguien podrías ser tú, esta misma noche, sentada frente a mí en una iglesia sin techo.

Ella no contestó de inmediato, y por un momento el silencio entre los dos se llenó, no de incomodidad, sino de algo parecido a un reconocimiento mutuo que ninguno de los dos se atrevió todavía a nombrar del todo.

—¿Sabes qué es lo que más me inquieta de todo esto? —dijo finalmente, retomando el hilo con una voz algo más firme.

—Dime.

—Que la incomodidad que le causó a Pedro, hace casi dos mil años, escuchar que Jesús amaba más a María Magdalena que a los demás discípulos, es prácticamente la misma incomodidad que le causa hoy a gente como Sterling escuchar que la historia oficial del hallazgo de 1945 tiene huecos. No cambió el mecanismo, Termesio. Solo cambiaron los nombres de quienes lo activan.

—Eso mismo pensé yo la primera noche, con Nassar. Que perseguirnos a nosotros es, de alguna manera retorcida, la misma persecución que sufrieron quienes escribieron y ocultaron estos textos hace mil setecientos años.

—Con una diferencia, espero.

—¿Cuál?

—Que ellos tuvieron que enterrar su biblioteca para salvarla. Nosotros, si tenemos suerte, vamos a poder desenterrar la nuestra sin que nos cueste la vida.

El comentario quedó suspendido en el aire de la iglesia, más pesado de lo que Arthetis parecía haber pretendido, y ninguno de los dos añadió nada más durante un rato, concentrados otra vez en las hojas extendidas sobre el altar, mientras la luna seguía su curso lento por los huecos del techo derruido.

Fue Arthetis quien, pasada la medianoche, levantó la cabeza primero, con esa alerta física que Termesio había empezado a reconocer como algo instintivo en ella, entrenado quizás por años de trabajo en excavaciones donde la seguridad nunca podía darse del todo por sentada.

—Termesio.

—¿Qué pasa?

—Escucha.

Al principio no oyó nada distinto del silencio habitual del desierto nocturno, pero después de unos segundos lo captó también: el ronroneo lejano de más de un motor, acercándose por el mismo camino donde antes había pasado, sin detenerse, aquel primer vehículo con los faros bajos.

—Puede ser gente del pueblo —dijo, sin mucha convicción.

—¿A esta hora, y por este camino, hacia una iglesia que nadie usa desde hace treinta años? No lo creo.

—¿Qué hacemos?

—Primero, guardamos todo. Después decidimos si nos quedamos o corremos, pero no vamos a decidir nada con las manos ocupadas.

Arthetis empezó a guardar, con manos ya rápidas y precisas, las hojas y el cuaderno en su mochila, envolviendo cada pieza con el mismo cuidado con que las había desplegado, sin que la urgencia le hiciera perder ni un segundo de precisión.

—¿Y las fotografías de mi teléfono?

—Ya están donde deben estar. Ahora apaga esa linterna.

Termesio obedeció, y ambos se quedaron un momento a oscuras, con los ojos ajustándose de nuevo a la luz de luna que entraba por los huecos del techo, escuchando cómo el ronroneo de los motores se hacía cada vez más nítido.

—Voy a asomarme —dijo Termesio.

—Con cuidado. Pegado al muro, no a la ventana directamente.

Se acercó, con el cuerpo pegado a la piedra fría, hacia el hueco de lo que alguna vez había sido una ventana, y contuvo la respiración un segundo antes de asomar apenas el rostro.

—Se están deteniendo —dijo, con la voz reducida a un susurro apenas audible—. Justo frente al camino de entrada.

—¿Cuántos?

—Dos vehículos. No alcanzo a contar cuánta gente.

Arthetis se acercó a su lado, sosteniendo ya la mochila contra el pecho con los dos brazos, y ambos se quedaron un instante mirando, en la oscuridad, las luces de los dos vehículos que apagaban sus motores a menos de doscientos metros de donde ellos se encontraban, mientras varias siluetas empezaban a bajar de ellos con una calma que resultaba, precisamente por eso, mucho más inquietante que cualquier prisa.

—No traen linternas —susurró Arthetis—. Eso no es normal en gente que busca algo de noche, a menos que ya sepan exactamente dónde mirar.

—O a menos que no quieran que los veamos venir hasta que estén demasiado cerca para que sirva de algo correr.

—¿Hay otra salida además de la puerta principal?

Termesio recorrió con la mirada, tan rápido como la oscuridad se lo permitía, los contornos del edificio que llevaba horas memorizando sin proponérselo, como hacía siempre con cualquier espacio donde pasaba tiempo suficiente.

—Hay un vano en el muro trasero, donde se habría abierto la sacristía. Está medio derrumbado, pero cabe una persona si se agacha.

—Entonces vamos hacia ahí, ahora, antes de que rodeen el perímetro.

—¿Y si nos ven salir?

Arthetis ya se movía, agachada, hacia el fondo del templo, con la mochila firme contra el cuerpo.

—Entonces corremos, Termesio. Como sea que se corra en un sitio como este. Pero no nos vamos a quedar aquí esperando a averiguar qué tan pacíficas son sus intenciones.

Él la siguió, con el corazón golpeándole en el pecho al mismo ritmo con que golpeaba, del otro lado del muro, el sonido cada vez más cercano de pasos sobre la tierra seca del desierto.

CAPÍTULO 6

El cuaderno del anticuario

Alrededores de al-Qasr — la misma noche, continuación

El vano de la sacristía era más estrecho de lo que Termesio recordaba haber calculado, y tuvo que quitarse la chaqueta y pasarla por delante, junto con el resto de sus cosas, para poder cruzar el hueco de piedra sin quedar atascado. Arthetis, más pequeña y más acostumbrada a moverse entre ruinas, pasó primero, y desde el otro lado le tendió una mano que Termesio aceptó sin el orgullo que en otras circunstancias quizás le habría hecho rechazarla.

—¿Y ahora? —preguntó él, ya afuera, con el corazón todavía desbocado.

—Ahora corremos hacia las palmeras, agachados, y no nos detenemos hasta que estemos seguros de que nadie nos vio salir.

—¿Y si nos separan?

—No nos vamos a separar. Pero si pasa, nos encontramos en el hotel de Nag Hammadi, en el cuarto a mi nombre, no al tuyo. El tuyo ya debe de estar comprometido.

Corrieron. El desierto nocturno, tan silencioso minutos antes, se llenó de pronto con el ruido de sus propios pasos sobre la tierra suelta, con la respiración entrecortada de ambos, y con, cada tanto, una voz lejana que gritaba algo en árabe que Termesio no llegó a entender del todo, pero que reconoció, por el tono, como una orden dada con urgencia. Una linterna barrió el aire a sus espaldas, dos veces, sin llegar a alcanzarlos, y Arthetis, sin dejar de correr, lo empujó por el hombro para que se desviara detrás de una hilera de palmeras que rompía la línea de visión desde el camino.

No los alcanzaron. Llegaron, casi media hora después, a un cobertizo de herramientas que Arthetis conocía, a las afueras del terreno de un primo lejano de Hajj Fathi, y ahí, entre azadones oxidados y sacos de semilla, se permitieron por fin recuperar el aliento.

—Creo que los perdimos —dijo Arthetis, todavía jadeando, apoyada contra la pared de adobe del cobertizo.

—¿Cómo sabían dónde estábamos?

—Esa es la pregunta que más me preocupa a mí también. Nadie fuera de Kamal, su tía y Hajj Fathi sabía que íbamos a esa iglesia.

—Entonces alguien de ellos habló. O alguien nos siguió sin que lo notáramos desde El Cairo.

—Prefiero pensar en la segunda opción. La primera significaría que ya no podemos confiar en nadie de este pueblo, y necesitamos poder confiar en alguien si queremos seguir avanzando.

Se sentaron sobre unos sacos, en la oscuridad casi total del cobertizo, y Arthetis, después de comprobar que la mochila seguía intacta, sacó de nuevo el cuaderno de 1964, decidida a no perder más tiempo del necesario antes de saber, con precisión, a qué se enfrentaban.

—Termina de leerlo, Termesio. Ahora, aquí. No sé cuánto tiempo más vamos a tener tranquilidad para hacerlo.

Termesio encendió la linterna, cubierta con un pañuelo para reducir la luz, y retomó la lectura donde la había dejado horas antes, en la habitación de la tía de Kamal, traduciendo en voz baja para los dos.

—Aquí dice que fue contratado, a través de un intermediario en Roma, para "localizar y adquirir cualquier fragmento disperso del hallazgo de 1945 susceptible de complicar las negociaciones en curso".

—¿Qué negociaciones?

—No lo dice con ese nombre, pero por las fechas, y por la mención repetida a Zúrich, no puede tratarse de otra cosa que del litigio del Códice I.

—Sigue leyendo.

Termesio pasó varias páginas, buscando el fragmento que había subrayado mentalmente esa misma tarde, y lo encontró hacia la mitad del cuaderno, en una entrada fechada en octubre de 1964.

—Aquí. Escribe, textualmente, "el material debe permanecer disperso mientras Zúrich no resuelva". Y más abajo, "R. insiste en que cualquier pieza recuperada se archive sin catalogar, hasta nueva instrucción".

—¿Quién es R.?

—No lo sé todavía. No usa nombres completos en ninguna parte, solo iniciales.

—¿Y el representante romano que mencionó tu abuelo, el de Kamal? ¿Aparece aquí también?

—Aparece una vez, casi al final, sin nombre tampoco. Solo como "el contacto eclesiástico habitual".

Arthetis se quedó callada un momento, procesando lo que acababan de leer.

—Esto no prueba una conspiración, Termesio. Prueba que alguien, en los años sesenta, pagó a un anticuario para que comprara en silencio material disperso mientras se resolvía un litigio legítimo de propiedad. Eso, hasta cierto punto, podría explicarse de forma inocente.

—¿Inocente cómo?

—Evitar que material sensible cayera en manos de coleccionistas privados sin escrúpulos, por ejemplo, mientras la disputa legal seguía su curso. No

sería la primera vez que una institución actúa así para proteger un patrimonio, no para esconderlo.

—Entonces por qué la instrucción de no catalogar lo recuperado. Si la intención era proteger el material, lo lógico habría sido documentarlo, no ocultarlo incluso de los propios archivos internos.

Arthetis no tuvo una respuesta inmediata para eso, y Termesio entendió, por su silencio, que había tocado exactamente el punto que a ella también le costaba explicar de forma benigna.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Eso ya no suena a protección. Suena a control.

—Hay algo más que me llama la atención —añadió Termesio, pasando el dedo por una línea que había subrayado él mismo mentalmente esa tarde —. En ninguna parte del cuaderno el anticuario parece cuestionar si lo que compraba era auténtico. Solo le preocupa la discreción de la operación, nunca la legitimidad del encargo.

—¿Y eso qué te dice?

—Que quien lo contrató ya sabía, desde el principio, que el material era genuino. No estaban comprando por precaución ante una posibilidad. Estaban comprando para contener algo que ya habían confirmado.

—Eso es más grave de lo que había pensado.

—Y hay algo más, casi al final del cuaderno. Una entrada de las últimas semanas, fechada apenas antes de que, según los registros públicos, este hombre muriera. Escribe que intentó, sin éxito, elevar el asunto más allá de su contacto habitual, porque ya no estaba de acuerdo con "mantener disperso lo que debería reunirse y estudiarse con la seriedad que merece".

—¿Crees que por eso murió?

—No lo sé, Arthetis. Y no quiero inventar una respuesta solo porque encaja con la historia que necesito contar. Los registros que existen hablan de causas naturales. Pero reconozco que la coincidencia de fechas no me deja del todo tranquilo.

—A mí tampoco.

Fue en ese momento, con las últimas palabras de Termesio todavía suspendidas en el aire del cobertizo, cuando ambos escucharon un ruido distinto, mucho más cercano que los pasos lejanos de antes: el crujido de la puerta de madera del cobertizo, empujada desde afuera con una lentitud calculada.

—¿Primo? —preguntó Arthetis, en voz baja, con una esperanza que se le apagó en la propia voz antes de terminar la palabra.

No hubo respuesta. La puerta terminó de abrirse, y en el umbral, recortado contra la luz débil de una linterna que no era la suya, apareció un hombre joven del pueblo al que Termesio reconoció, con un golpe de estómago,

como el sobrino de Hajj Fathi que había estado sentado con ellos en el café esa misma tarde.

—Lo siento —dijo el joven, en árabe, con la voz quebrada de quien no está del todo convencido de lo que está haciendo—. Me ofrecieron limpiar el nombre de mi familia ante la universidad, después de lo que pasó con el proyecto de mi tío. No supe decir que no.

Detrás de él, dos siluetas más entraron al cobertizo, y Termesio apenas tuvo tiempo de empujar a Arthetis hacia la puerta trasera, medio oculta detrás de una pila de sacos, antes de que el primero de los hombres se abalanzara sobre la mesa improvisada donde habían dejado el cuaderno y las hojas.

Lo que siguió fue confuso, rápido, más instinto que estrategia: un forcejeo por la mochila, un golpe que Termesio no vio venir y que le hizo soltar dos de las cuatro hojas, que cayeron al suelo de tierra justo cuando uno de los hombres las pisaba sin darse cuenta en su intento por sujetarlo a él. Arthetis, ya en la puerta trasera, gritó algo que Termesio no llegó a procesar del todo, un nombre o una instrucción, no habría podido decirlo con certeza ni un minuto después, y entre los dos, en una maniobra que ninguno planeó con claridad, lograron zafarse lo suficiente para correr hacia la oscuridad del palmeral, con la mochila todavía colgada del hombro de Arthetis, más liviana de lo que había estado media hora antes.

El sobrino de Hajj Fathi no los persiguió más allá de los primeros metros. Termesio alcanzó a ver, en un vistazo rápido por encima del hombro, cómo el joven se quedaba parado en la puerta del cobertizo, sin avanzar, con una expresión que desde la distancia le pareció más parecida al remordimiento que a la satisfacción de haber cumplido un encargo.

Corrieron hasta que las piernas ya no les respondían con la misma urgencia, y se detuvieron, por fin, en un cauce seco a las afueras del pueblo, donde Arthetis abrió la mochila con manos temblorosas para hacer inventario de lo que les quedaba.

—El cuaderno está aquí —dijo, con un alivio que no lograba disimular del todo el temblor de su voz—. Y dos de las cuatro hojas.

—Perdimos las otras dos.

—Perdimos las otras dos, sí. Pero no perdimos la prueba de que existe una conexión entre 1945 y 1963, y eso, Termesio, todavía puede ser suficiente.

Termesio se sentó en la arena del cauce seco, con las manos apoyadas en las rodillas, tratando de recuperar un aliento que sentía que no le alcanzaba del todo.

—El chico del café. No pensé que fuera él.

—Yo tampoco. Y eso me preocupa más que las hojas que perdimos, si te soy honesta. Si alguien pudo comprar tan rápido a alguien de esta comunidad, significa que quien nos persigue no solo tiene recursos. Tiene tiempo, y ha tenido tiempo suficiente para tejer esto con cuidado.

—¿Crees que fue Sterling, o los hombres de Roma?

—No lo sé, y en este momento no estoy segura de que la diferencia importe demasiado. Los dos quieren lo mismo, aunque sea por razones distintas.

—¿Qué hacemos ahora?

Arthetis guardó el cuaderno y las dos hojas restantes con un cuidado renovado, como si la pérdida reciente le hubiera enseñado, de golpe, cuánto valía lo que aún conservaban.

—Ahora salimos de esta zona antes del amanecer. Y buscamos a alguien que pueda ayudarnos a verificar todo esto desde afuera, porque solos, Termesio, ya está claro que no vamos a poder sostenerlo mucho más tiempo.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Conozco gente en El Cairo. Historiadores que salieron de la academia oficial por las mismas razones que tú y yo salimos, cada uno a su manera. Gente que sabe guardar un secreto y que sabe, también, cuándo ya no conviene seguir guardándolo solo.

Se levantó, le tendió la mano a Termesio para ayudarlo a incorporarse, y por primera vez desde que se habían conocido en el andén de la estación, ese gesto no tuvo nada de cortesía protocolaria. Fue, simplemente, la manera más directa que ambos tenían, esa noche, de decirse que ninguno pensaba seguir el camino solo.

—Vamos —dijo ella—. Antes de que salga el sol y esta zona deje de sernos amiga.

Caminaron el resto de la noche por el borde del desierto, evitando el camino principal, hasta que las primeras luces del amanecer empezaron a dibujar la silueta lejana de las palmeras contra un cielo todavía morado. Termesio, exhausto pero incapaz de callar el pensamiento que llevaba dándole vueltas desde el cobertizo, rompió el silencio una última vez antes de que ambos acordaran, sin decirlo, guardar las fuerzas que les quedaban para caminar.

—Arthetis.

—Dime.

—Gracias por no dejarme atrás allá dentro.

Ella lo miró de reojo, sin detener el paso, con un cansancio que no lograba del todo ocultar algo parecido a una sonrisa.

—Todavía es pronto para agradecerme nada, Termesio. Esto apenas empieza, y algo me dice que lo más difícil todavía está por llegar, tanto para ti como para mí, aunque esta noche, al menos, salimos los dos con vida y con algo más que sospechas en la mochila.

CAPÍTULO 7

La alianza de los opuestos

Luxor, Egipto — dos días después

El hotel elegido para el encuentro tenía la clase de lujo colonial que todavía sobrevivía en algunos tramos de la orilla oriental del Nilo, con terrazas de piedra caliza que miraban hacia el río y camareros entrenados para no recordar jamás quién había estado sentado en qué mesa. Vance llegó primero, acompañado únicamente del padre Bellini, y pidió una mesa apartada, cerca de la barandilla, donde el ruido del agua pudiera cubrir cualquier conversación que alguien intentara escuchar desde las mesas vecinas.

—¿Cree que aceptará colaborar, monseñor? —preguntó el padre Bellini, mientras esperaban, observando el tránsito lento de las felucas sobre el río, sus velas triangulares recortadas contra la luz todavía alta de la tarde.

—Sterling no colabora, padre. Sterling negocia. Y negocia siempre desde la posición de creer que tiene más que perder que la otra parte, aunque casi nunca sea cierto.

—¿Y en este caso, es cierto?

—En este caso, padre, ambos tenemos exactamente la misma cantidad que perder, aunque él todavía no lo sepa del todo.

Sterling llegó veinte minutos tarde, con un solo colaborador, un joven investigador de su instituto al que presentó apenas con un apellido, y se sentó frente a Vance con la seguridad de quien está acostumbrado a que los demás esperen por él.

—Disculpe la tardanza, monseñor. El tráfico de Luxor no respeta ni siquiera a quienes vienen a resolver asuntos urgentes.

—No se preocupe, doctor Sterling. El río tampoco tenía prisa por irse a ningún lado, así que hicimos buena compañía mientras esperábamos.

—Le presento a mi colega, el doctor Whitfield. Ha trabajado conmigo en la revisión de varias piezas del corpus y conoce el material tan bien como yo.

El joven investigador saludó con un gesto breve, sin extender la mano, y se sentó un poco apartado de la mesa principal, como quien conoce su lugar en una conversación que no le corresponde protagonizar.

—Monseñor Vance. No pensé que llegaríamos a conocernos en persona.

—Doctor Sterling. Yo tampoco lo esperaba, hasta hace unos días.

—Supongo que ambos sabemos por qué estamos aquí.

—Supongo que sí, aunque me gustaría escucharlo de su boca antes de asumir nada.

Sterling sonrió, con la clase de sonrisa que reserva quien está por decir algo desagradable envuelto en un tono cortés.

—Termesio Agostini tiene, o tenía, un fragmento de papiro que podría vincularse al Códice XII. Yo mismo lo tuve en mis manos hace unos días,

aunque él no lo sabe todavía, y créame que no fue fácil convencerlo de que me lo dejara.

—¿Y dónde está ahora ese fragmento?

—En un lugar seguro, bajo mi custodia. Lo que me preocupa, monseñor, no es el fragmento en sí. Es lo que Agostini menciona haber encontrado junto con él: correspondencia de los años sesenta que, según entiendo, involucra a su institución de manera directa.

Vance no cambió de expresión, aunque el padre Bellini, sentado un poco detrás de él, notó cómo sus manos se tensaban brevemente sobre el mantel.

—¿Qué sabe usted exactamente de esa correspondencia, doctor Sterling?

—Sé que existe. Sé que hace referencia a un acuerdo confidencial relacionado con el litigio del Códice I. Y sé, porque no soy ingenuo, que si eso se publica con el respaldo adecuado, la conversación pública que se genere no va a limitarse a un debate paleográfico. Va a convertirse en un escándalo institucional, y ese escándalo, monseñor, no le conviene a usted, pero tampoco me conviene a mí.

—¿Por qué no le conviene a usted?

Sterling se recostó en su silla, y por primera vez en la conversación, algo en su tono perdió parte de la seguridad inicial.

—Porque yo formé parte, hace muchos años, del comité internacional que gestionó la edición crítica completa de los códices. No participé en las decisiones de los años sesenta, era demasiado joven entonces, pero mi nombre está asociado, de manera pública y documentada, a la institución que sí participó. Si Agostini logra demostrar que hubo un acuerdo deliberado de silencio, la pregunta que va a hacerse todo el mundo, monseñor, es qué sabíamos nosotros, y cuándo lo supimos.

—Entiendo.

—Me alegra que lo entienda, porque necesito que quede claro desde ahora: no estoy aquí para protegerlo a usted. Estoy aquí para proteger algo que me ha costado treinta años construir, y que un restaurador amargado no va a destruir en unas semanas solo porque encontró una carta vieja en un baúl egipcio.

—¿Y qué es exactamente lo que usted construyó, doctor Sterling, si me permite la pregunta?

—Una autoridad, monseñor. La autoridad de que cuando yo firmo una edición crítica, el mundo académico la acepta sin discutirla línea por línea. Esa autoridad no se hereda, se gana, y se pierde con la misma facilidad con que se pierde cualquier otra reputación, en cuanto alguien demuestra que uno calló algo importante en el camino.

—Curioso que hable de callar, doctor Sterling, cuando es usted quien lleva días hablando en televisión sobre falsificaciones que sabe que no lo son.

Sterling no se inmutó, aunque algo en su mandíbula se tensó lo suficiente para que Vance lo notara.

—Yo protejo mi silencio con mentiras públicas, monseñor. Usted protege el suyo con acuerdos notariales. No veo que exista una diferencia moral tan grande entre ambos métodos como para que se dé el lujo de juzgarme.

Vance guardó silencio un momento, mirando el río a través de la barandilla, antes de contestar.

—Comparto su preocupación, doctor Sterling, aunque no comparto del todo su franqueza. Yo sí participé, de manera indirecta, en lo que ocurrió en los años sesenta. Firmé un documento que hoy no puedo defender sin admitir que no lo entendí del todo entonces, y que quizás no quise entenderlo.

—Una confesión curiosa, viniendo de alguien en su posición.

—No es una confesión, doctor Sterling. Es una constatación de los términos en los que negociamos esto. Usted quiere proteger su reputación académica. Yo quiero proteger algo más difícil de nombrar, que tiene que ver con la fe de mucha gente que no tiene por qué cargar con las decisiones que tomamos hombres como usted y como yo hace sesenta años.

—Entonces estamos de acuerdo en el objetivo, aunque no en las razones.

—Estamos de acuerdo en el objetivo.

El joven investigador de Sterling, que había permanecido en silencio hasta entonces, se atrevió a intervenir con una pregunta que sonó más práctica que las anteriores.

—¿Cómo dividimos el trabajo?

Sterling miró a Vance antes de contestar, como si necesitara su aprobación implícita para hablar en nombre de ambos.

—Yo me ocupo del frente público. Ya empecé, de hecho, hace dos días, declarando ante los medios que el material de Agostini es una falsificación. Puedo sostener esa narrativa el tiempo que haga falta, con el respaldo de mi instituto y de los especialistas que todavía confían en mi criterio.

—¿Y nosotros?

—Ustedes se ocupan del frente privado. Necesito que recuperen cualquier copia de esa correspondencia antes de que llegue a manos de alguien que no pueda desacreditarse tan fácilmente como a un profesor destituido.

Vance asintió, despacio, sopesando cada palabra antes de comprometerse con ella.

—Mis hombres ya están en el terreno. Perdimos el rastro de Agostini hace dos días, en Nag Hammadi, pero no vamos a perderlo de vista mucho más tiempo.

—Espero que no, monseñor. Porque si Agostini logra reunir todas las piezas antes de que nosotros lo detengamos, ninguno de los dos va a poder controlar lo que venga después.

—Lo sé, doctor Sterling. Créame que lo sé mejor que usted.

—Hay algo más, monseñor, antes de que sigamos. Quiero saber qué tan lejos está usted dispuesto a llegar si Agostini se resiste.

—¿Qué está preguntándome exactamente?

—Estoy preguntándole si sus hombres tienen instrucciones de detenerlo, o de algo más definitivo.

Vance tardó en contestar, y ese silencio, breve pero deliberado, le dijo a Sterling más de lo que cualquier respuesta habría podido decirle.

—Mis hombres tienen instrucciones de recuperar el material, doctor Sterling. Lo que ocurra con Agostini en el proceso no es algo que yo controle con la precisión que usted parece imaginar.

—Eso no es una respuesta, monseñor.

—Es la única que voy a darle. Y le sugiero que no siga preguntando, porque cuanto menos sepa usted de los métodos, más fácil le será sostener, ante quien le pregunte después, que su participación se limitó siempre al frente académico.

Sterling asintió, despacio, con la expresión de alguien que acaba de recibir una respuesta que preferiría no haber escuchado con tanta claridad.

La conversación se extendió unos minutos más, sobre detalles prácticos de comunicación entre ambos equipos, sobre la conveniencia de no dejar rastro documental de aquel acuerdo, sobre la fecha límite que ambos, sin decirlo abiertamente, sabían que corría en su contra cada día que Termesio y Arthetis permanecían libres y en posesión de algo del material original. Sterling se despidió primero, con un apretón de manos que Vance aceptó sin calidez pero sin reticencia, y salió del hotel con su colaborador un paso detrás, dejando a Vance y al padre Bellini solos en la mesa junto a la barandilla, mientras el sol de la tarde empezaba a teñir de dorado el agua quieta del Nilo, ajeno por completo, como lo había sido siempre, a los pactos que los hombres firmaban en sus orillas.

—¿Está usted bien, monseñor? —preguntó el padre Bellini, después de un silencio prudente.

—No, padre. No estoy bien. Pero eso ya no cambia lo que tenemos que hacer, ni lo que ya hicimos esta tarde al sentarnos con ese hombre y hablar de Termesio Agostini como si fuera solo un problema de logística.

El padre Bellini sacó de su carpeta un sobre que había recibido esa misma mañana de parte de Renner, y se lo entregó sin decir nada, con el gesto discreto de quien sabe que ciertas noticias no deben pronunciarse en voz alta ni siquiera en una terraza vacía. Vance lo abrió con la misma lentitud con que había abierto, días atrás, el sobre de 1963 que guardaba bajo llave

en su oficina de Roma. Dentro había una fotografía, tomada con teleobjetivo desde una distancia considerable, de Termesio Agostini caminando por una calle de Nag Hammadi, con el rostro cansado de quien lleva días sin dormir del todo, pero con una expresión que Vance no supo, en un primer momento, cómo nombrar.

Se quedó mirando esa fotografía durante un rato más largo del que habría podido justificar ante nadie, y algo en el rostro de aquel hombre, brevísimo, casi imperceptible, le devolvió una imagen que Vance creía haber enterrado hacía mucho tiempo: la del joven seminarista de veintiséis años que él mismo había sido, antes de aprender que ciertas convicciones, si se sostenían demasiado alto, terminaban por costarle a uno la posición desde la que podía, según se decía entonces, hacer más bien.

—¿Alguna instrucción más, monseñor? —preguntó el padre Bellini, notando que Vance seguía con la vista fija en la fotografía.

—No, padre. Ninguna, por ahora.

—Se le nota preocupado. Más de lo habitual, monseñor, si me permite decírselo con franqueza.

—Padre Bellini, ¿usted cree que un hombre puede pasarse media vida convencido de estar haciendo lo correcto, y solo darse cuenta de que se equivocó cuando ya es demasiado tarde para deshacer lo hecho?

El padre Bellini dudó antes de contestar, sorprendido por la pregunta tanto como por el tono grave, casi confesional, con que se la habían planteado.

—Creo que sí, monseñor. Pero también creo que nunca es del todo tarde para empezar a corregir el rumbo, aunque no se pueda deshacer lo ya hecho.

Vance no contestó a eso. Guardó la fotografía en el sobre, y el sobre en el bolsillo interior de su sotana, y se quedó un momento más mirando el río, con una inquietud honda que no lograba explicarse del todo, aunque una parte de él, la misma que había firmado sin preguntar sesenta años de silencio, ya empezaba a sospechar con claridad de qué se trataba.

CAPÍTULO 8

El Jesús de carne y hueso

El Cairo, barrio de Bulaq — cuatro días después

Habían llegado a El Cairo por caminos separados, como precaución, y se habían reencontrado en un cuarto alquilado sobre un taller de hojalatería en Bulaq, uno de esos barrios donde las calles se estrechan hasta convertirse casi en pasillos y donde nadie hace demasiadas preguntas a cambio de que el alquiler se pague puntual y en efectivo. El ruido de los martillos golpeando lámina metálica subía desde el taller a todas horas, un fondo constante que Termesio, después de dos días, había dejado de notar del todo.

El dueño del taller, un hombre mayor llamado Am Sayed, les había alquilado el cuarto sin hacer más preguntas que las estrictamente necesarias, y de vez en cuando subía él mismo con un plato de comida que decía sobrar de su propia casa, aunque Arthetis sospechaba que en realidad lo preparaba de más a propósito.

—Coman, coman —les decía, dejando el plato sobre la única mesa del cuarto—. Ustedes los extranjeros siempre olvidan comer cuando trabajan demasiado.

—No soy extranjera, Am Sayed —le recordaba Arthetis, cada vez, con una sonrisa ya casi ritual.

—Tú no, hija, pero él sí, y tú te contagiaste de sus costumbres.

Esa mañana, sin embargo, Am Sayed no subió, y Arthetis aprovechó la quietud del taller, cerrado por algún encargo urgente que lo había llevado fuera, para desplegar sobre la mesa el material que había conseguido, a través de un contacto que prefirió no explicar del todo: una copia de la edición crítica del Evangelio de la Verdad, el volumen académico que reunía todo lo que la ciencia sabía hasta entonces sobre ese texto fragmentario, con sus notas al pie, sus reconstrucciones hipotéticas, sus espacios en blanco donde el propio Códice XII se había perdido para siempre.

—Aquí está —dijo, poniendo el volumen sobre la única mesa del cuarto—. La edición completa, con todo el aparato crítico. Si tus dos hojas coinciden con esto, no hay forma de que nadie, ni siquiera Sterling, pueda seguir llamándolas falsificación sin quedar en ridículo frente a sus propios colegas.

Termesio abrió el volumen con un cuidado que contrastaba con la urgencia que sentía por dentro, buscando la página donde el texto conocido se interrumpía, justo antes de lo que los especialistas llamaban, desde hacía décadas, el pasaje final perdido.

—Aquí —dijo, señalando el punto exacto—. El texto se corta a mitad de una imagen retórica. Habla de un nombre escrito, pero no llega a decir dónde se escribe ese nombre ni qué significa. Los especialistas llevan setenta años debatiendo si se refiere a un sello, a una marca física, o a algo puramente simbólico.

—¿Y tus hojas continúan justo desde ahí?

—Vamos a averiguarlo ahora mismo.

Sacó las dos hojas rescatadas del baúl de los Basyuni, protegidas todavía entre los paños originales, y las colocó junto al volumen impreso, comparando línea por línea, letra por letra, con una concentración que Arthetis respetó guardando silencio durante varios minutos.

—Coincide —dijo finalmente, con la voz apenas audible—. El final de la última línea publicada es exactamente el comienzo de la primera línea de mi hoja.

—¿Estás seguro?

—Compruébalo tú misma.

Arthetis se inclinó sobre la mesa, comparando ella también, con la misma lupa binocular que había usado en la iglesia de Nag Hammadi, y tardó un buen rato en hablar de nuevo.

—Termesio, esto completa el pasaje. El nombre escrito no es un sello físico, según lo que sigue aquí. Es el propio conocimiento, grabado en el pecho de quien lo comprende de verdad, no en ninguna superficie externa.

—Setenta años de debate académico, resueltos por dos hojas que estuvieron guardadas en el baúl de una familia de comerciantes de granos que ni siquiera sabían leer el idioma en que estaban escritas, ni sospechaban jamás el valor exacto de lo que protegían.

—Es casi ridículo, si lo piensas así.

—Es exactamente lo que este texto lleva diciendo desde el principio, Arthetis. Que lo importante no está donde uno espera encontrarlo, sino donde nadie se molesta en buscar.

Se quedaron un momento en silencio, cada uno procesando a su manera la magnitud de lo que acababan de confirmar, hasta que un golpe particularmente fuerte del taller de abajo, el choque de un martillo contra una lámina más gruesa de lo habitual, los sobresaltó a ambos.

—¿Te acostumbras a ese ruido? —preguntó Termesio, casi como una manera de aliviar la tensión acumulada.

—Nunca del todo. Pero aprendes a no reaccionar cada vez.

Se asomó a la única ventana del cuarto, que daba a un callejón donde varios niños jugaban con una pelota deshinchada, y donde una mujer tendía ropa entre dos edificios que apenas dejaban pasar la luz del sol.

—Mira esto, Arthetis. Mira lo que hay ahí afuera, y compáralo con lo que acabamos de leer.

Ella se acercó también a la ventana, y ambos se quedaron un momento observando la vida cotidiana del callejón, la pobreza evidente pero también la persistencia de algo que ninguno de los dos supo nombrar de inmediato.

—El texto habla de encontrar lo divino en el esfuerzo cotidiano —dijo Termesio, finalmente—. No en el milagro que rompe las leyes de la naturaleza, sino en la elección repetida, día tras día, de seguir adelante sin rendirse. Y aquí abajo, Arthetis, hay gente haciendo exactamente eso, sin que ningún evangelio se lo tenga que recordar.

—¿Tú crees en esto, Termesio? Me refiero a nivel personal, no académico.

La pregunta lo tomó desprevenido, y tardó un momento en contestar.

—Creo que hay algo verdadero en la manera en que estos textos entienden lo sagrado. No sé si eso equivale a creer, en el sentido en que tú quizás lo preguntas.

—Yo crecí en una familia copta, ¿sabías eso?

—No lo sabía. Nunca me lo habías contado antes de hoy.

—Mi abuela todavía reza cada mañana frente a un icono que ha estado en la familia por generaciones, heredado de su propia madre. Y cuando empecé a estudiar estos textos, en la universidad, tuve miedo de que fueran a quitarme algo. Que descubrir que existieron otros evangelios, otras lecturas de Jesús, fuera a romper algo que mi abuela nunca tuvo que cuestionar.

—¿Y qué pasó?

—Pasó lo contrario. Entender que la fe de los primeros siglos fue más rica, más discutida, más humana de lo que me habían enseñado, no debilitó lo que siento cuando entro a una iglesia. Lo hizo más grande, si acaso. Más capaz de sostener preguntas sin romperse.

—¿Eso es lo que te hizo dejar el círculo de Sterling?

—En parte. Sterling trata estos textos como piezas de museo, interesantes por su rareza, pero sin ninguna relación real con la vida de la gente que todavía cree algo, con toda seriedad, gracias a lo que estos evangelios, canónicos o no, todavía tienen que decir. Yo no puedo trabajar así. Necesito que lo que estudio siga teniendo algo que ver con la gente de ese callejón que estamos mirando ahora mismo.

—Cuando empezamos, en el tren hacia Nag Hammadi, hablabas de esto de otra manera, Termesio. Sobre todo como una reivindicación personal. Una manera de demostrarle a Sterling y al resto de la academia que tenías razón. Ahora te escucho hablar, y suena distinto.

—¿Qué quieres decir?

—Que empiezo a creer que esto ya dejó de ser solo tuyo.

Termesio se quedó pensando un momento, sin apartar la vista del callejón.

—Tienes razón. Empezó siendo eso, no voy a negarlo. Necesitaba que alguien me creyera, después de seis años de que nadie lo hiciera.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que esto es más grande que yo, Arthetis. Más grande que Sterling, más grande que Vance, más grande que cualquier institución que haya decidido, en algún momento, que ciertas verdades debían administrarse en lugar de compartirse. Esto es sobre esa gente de ahí abajo, tanto como sobre cualquier especialista que vaya a leer la edición crítica actualizada dentro de veinte años.

Arthetis lo miró con una expresión que combinaba sorpresa y algo parecido al orgullo, aunque no dijo nada de inmediato.

—Me alegra escucharte decir eso.

—¿Por qué?

—Porque durante un momento, en Nag Hammadi, temí que estuvieras dispuesto a poner en riesgo a gente inocente, como el chico del café, solo

por tu propia reivindicación. Ahora entiendo que hay algo más detrás, y eso, para mí, cambia bastante las cosas.

—¿Cambia en qué sentido?

—En el sentido de que voy a seguir ayudándote con menos reservas de las que tenía al principio.

Termesio sonrió, por primera vez en varios días, con una sonrisa que le costó reconocer en su propio rostro de tan poco habitual que se había vuelto.

—Gracias, Arthetis. Por eso, y por no haberme dejado atrás en aquel cobertizo.

—Ya te dije que todavía es pronto para agradecerme nada.

—Lo sé. Pero hay momentos en que conviene decir las cosas de todos modos, aunque sea pronto.

Guardaron las hojas con el mismo cuidado con que las habían examinado, y Arthetis empezó a preparar, sobre una hoja de papel aparte, un resumen esquemático de lo que habían confirmado esa tarde: la coincidencia exacta entre el texto publicado y el pasaje recuperado, la traducción provisional del fragmento final, una lista de los puntos que necesitarían verificar con más rigor antes de poder presentarlo ante cualquier audiencia que no fuera ellos mismos.

—Vamos a necesitar más que nuestra propia palabra para esto —dijo, mientras escribía—. Necesitamos a alguien que pueda verificarlo desde afuera, con autoridad suficiente para que no lo descarten de entrada.

—Mencionaste, en Nag Hammadi, que conocías a gente así en El Cairo.

—La conozco. Historiadores, archivistas, un par de periodistas de investigación que llevan años documentando casos de opacidad institucional en el manejo de hallazgos arqueológicos. Es momento de contactarlos, aunque eso signifique salir de este cuarto y arriesgarnos otra vez.

—¿Cómo sabes que podemos confiar en ellos y no vamos a repetir lo que pasó con el chico del café?

—No lo sé con certeza absoluta, Termesio. Pero llevo años trabajando cerca de esta gente, sé cómo piensan, sé qué han arriesgado antes por causas parecidas. No es garantía, pero es lo más cercano a una garantía que tenemos disponible ahora mismo.

—¿Confías en ellos?

—Confío en ellos más de lo que confío, a estas alturas, en cualquier institución oficial. Y después de lo que acabamos de confirmar, Termesio, creo que ya no tenemos el lujo de seguir trabajando solos.

Esa noche, mientras Arthetis hacía las primeras llamadas discretas desde un teléfono que no era el suyo, hablando en voz baja junto a la ventana para no interrumpir el sueño ligero que Termesio finalmente había logrado

conciliar, Am Sayed subió una vez más, con un plato de habas y pan que dejó en silencio sobre la mesa, sin preguntar nada, como si intuyera que aquella noche, más que otras, convenía no hacer ruido de más.

—¿Todo bien, hija? —preguntó, de todos modos, antes de bajar de nuevo.

—Todo bien, Am Sayed. Gracias por la comida.

—No hay de qué. Cuídense, los dos. Esta ciudad tiene ojos que uno nunca termina de conocer del todo, hija, y cuanto antes lo entienda su amigo extranjero, mejor para todos.

Arthetis cerró la puerta tras él, terminó su última llamada con una voz apenas audible, y guardó el teléfono con el mismo cuidado con que había guardado, horas antes, las dos hojas del Códice XII. Se quedó un momento mirando a Termesio, dormido sobre una manta extendida en el suelo, con el rostro por fin relajado después de días de tensión acumulada, y pensó, sin decírselo a nadie todavía, que empezaba a entender por qué aquel hombre testarudo, cansado y sin institución que lo respaldara, se había ganado, contra todo pronóstico razonable, su confianza.

Termesio se quedó mirando otra vez las dos hojas, ya guardadas, pensando que el camino que le quedaba por delante, curiosamente, ya no le daba tanto miedo como al principio, aunque el peligro, sospechaba, apenas estaba comenzando a mostrar su verdadera magnitud.

CAPÍTULO 9

El asalto a la memoria

Universidad de El Cairo — dos noches después

La reunión con los contactos de Arthetis se había resuelto en algo menos que un plan completo y algo más que una simple promesa de ayuda: un grupo reducido de historiadores y periodistas independientes, dispuestos a revisar el material una vez que existiera una versión digital de alta resolución que pudiera circular entre varios especialistas al mismo tiempo, sin depender de que una sola copia física sobreviviera a lo que viniera después. El problema, como Arthetis explicó esa misma tarde en el cuarto de Bulaq, era conseguir esa digitalización sin exponer el material a un solo punto de fallo.

—Necesitamos equipo de alta resolución, del que solo tiene la universidad —dijo, mientras revisaba en su teléfono, por enésima vez esa tarde, sus credenciales de acceso al sistema—. Y mis credenciales ya no funcionan.

—¿Desde cuándo, exactamente?

—Desde esta mañana. Alguien las bloqueó. No hace falta que te diga quién sospecho que fue.

—¿Sterling tiene ese alcance dentro de la propia universidad?

—Sterling tiene colaboradores en todas partes, Termesio. Ese es precisamente el problema de haber pasado treinta años construyendo

autoridad académica: uno termina conociendo, o siendo conocido, por casi todo el mundo relevante en este campo.

—¿Entonces cómo entramos esta noche?

Arthetis se quedó pensando un momento, con la mirada fija en un punto indeterminado de la pared, hasta que algo en su expresión cambió, como quien encuentra, a regañadientes, la única solución posible aunque no le guste del todo.

—Conozco a alguien que todavía trabaja de guardia nocturno en el edificio de posgrado. Fuimos compañeros de universidad, hace años. No quiero involucrarlo más de lo estrictamente necesario, pero puede que sea la única puerta que nos quede abierta.

—¿Confías en él, de verdad?

—Confío en que no nos va a delatar a ninguno de los dos. No estoy segura de que quiera hacer más que eso, y no pienso pedirle más de lo que esté dispuesto a dar por nuestra causa.

—¿Y si se niega?

—Entonces buscamos otra puerta, aunque no sé todavía cuál sería esa otra puerta. Prefiero no pensar en eso hasta que sea estrictamente necesario.

Esa misma noche, pasada la medianoche, se acercaron al perímetro del campus por una entrada lateral poco vigilada, cerca de los jardines de la facultad de ciencias, mientras Arthetis enviaba un último mensaje de texto que no obtuvo respuesta inmediata.

—¿Y si no contesta? —preguntó Termesio, con la voz reducida a un susurro.

—Entonces improvisamos, aunque preferiría no tener que hacerlo.

El guardia, un hombre de mediana edad llamado Am Nabil, apareció por fin junto a una reja lateral, con el rostro tenso de quien está a punto de tomar una decisión que sabe que podría costarle el empleo.

—Arthetis, esto es una locura.

—Lo sé, Am Nabil. Y créeme que no te lo pediría si tuviera otra opción.

—Si nos descubren, los dos perdemos algo. Tú un hallazgo, yo un trabajo que llevo quince años sosteniendo a mi familia con él.

—Diez minutos. Solo necesitamos diez minutos con el escáner de alta resolución del laboratorio de conservación, y salimos de aquí sin que nadie más se entere.

Am Nabil dudó un momento más, mirando alternativamente a Arthetis y a Termesio, con el peso visible de una decisión que ya sabía que no podría deshacer una vez tomada, antes de suspirar y abrir la reja lo suficiente para que ambos pudieran pasar.

—Diez minutos, Arthetis. Ni uno más. Y si algo sale mal, yo no los vi entrar esta noche, ni ninguna otra.

—Entiendo. Gracias, de verdad, por confiar en mí con esto.

Cruzaron el campus casi desierto a esa hora, evitando las zonas iluminadas, hasta llegar al edificio donde se encontraba el laboratorio de conservación documental, un espacio que Arthetis conocía de memoria por haber trabajado ahí antes de su salida forzada del círculo de Sterling. Am Nabil los dejó entrar con una tarjeta que todavía conservaba acceso a esa área específica, y se quedó vigilando el pasillo mientras ellos trabajaban.

—Este escáner puede capturar hasta el nivel de fibra del papiro —explicó Arthetis, encendiendo el equipo con manos que ya empezaban a temblar por la tensión acumulada—. Si algo sale mal después de esto, al menos vamos a tener una copia que nadie podrá negar sin quedar en evidencia.

—¿Cuánto tiempo toma cada hoja?

—Dos minutos, tal vez tres, si queremos la resolución más alta.

Colocaron primero las dos hojas del Códice XII, después el fragmento original recuperado en El Cairo semanas atrás, y finalmente varias páginas del cuaderno de 1964, cada una capturada con una precisión que ningún teléfono ni cámara portátil habría podido igualar. Termesio observaba el proceso con una mezcla de alivio y ansiedad, consciente de que cada minuto que pasaba ahí dentro era un minuto de riesgo acumulado.

—¿Cómo va a funcionar esto exactamente? —preguntó, mientras Arthetis ajustaba el enfoque del escáner sobre la segunda hoja—. Me refiero a después de que lo enviemos esta noche.

—Cada uno de mis contactos va a revisarlo por su cuenta, con sus propios métodos, sin comunicarse necesariamente entre ellos al principio. Eso es importante, porque si llegan a conclusiones parecidas de forma independiente, la coincidencia por sí sola ya es una prueba difícil de descartar.

—¿Y si alguno concluye que es falso?

—Entonces lo sabremos, y preferiría saberlo ahora, contigo, a que lo anuncie Sterling en otra conferencia de prensa dentro de un mes. Prefiero la verdad incómoda a la comodidad de una mentira que tarde o temprano nos va a alcanzar de todos modos.

Termesio asintió, sin poder discutir la lógica, aunque una parte de él, todavía cansada de tantos días de sospecha ajena, deseaba con fuerza que el veredicto fuera el que ya esperaban.

—Ya casi terminamos —dijo Arthetis, revisando la barra de progreso del último archivo—. En cuanto esto suba al servidor, voy a enviarlo de inmediato a los cinco contactos de mi lista, simultáneamente, para que ninguna filtración aislada pueda descartarse sin generar preguntas.

—¿Por qué a cinco al mismo tiempo?

—Porque si se lo mando a uno solo, pueden presionarlo, comprarlo, o desacreditarlo, como hicieron contigo con Sterling. Si se lo mando a cinco personas con reputaciones distintas, en instituciones distintas, en países distintos, ya no hay una sola puerta que cerrar.

—¿Quiénes son, si se puede saber?

—Dos historiadores, una en Lovaina y otro en El Cairo. Un archivista retirado del propio comité internacional que gestionó el regreso de los códices en los setenta, que todavía conserva contactos útiles y una memoria mejor que la de mucha gente activa. Y dos periodistas de investigación, uno egipcio y uno italiano, que ya habían escrito antes sobre opacidad institucional en el manejo de hallazgos arqueológicos.

—¿El italiano puede ser un problema, si esto apunta al Vaticano?

—El italiano es precisamente la razón por la que lo elegí. Si esto tiene que ver con Roma, necesitamos a alguien que sepa moverse en ese terreno sin que lo intimiden con la primera llamada incómoda. Lleva años escribiendo sobre finanzas vaticanas sin que nadie haya podido callarlo del todo, y eso, en este momento, vale más que cualquier credencial académica.

El archivo terminó de cargarse, y Arthetis, con el pulso todavía acelerado, empezó a teclear las direcciones de correo de sus contactos, una por una, revisando dos veces cada una antes de confirmar el envío.

—Enviando ahora.

Fue en ese instante exacto, con el cursor todavía sobre el botón de confirmación, cuando las luces del laboratorio parpadearon, y un segundo después, la alarma general del edificio empezó a sonar con una intensidad que retumbó por todo el pasillo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Termesio, con el corazón en la garganta.

—Nada. Yo no activé nada.

Am Nabil apareció en la puerta del laboratorio, con el rostro pálido.

—Alguien intervino el sistema de seguridad desde afuera. No sé cómo, pero la alarma dice que el origen de la intrusión viene de una dirección extranjera, algo relacionado con Europa. Tienen que salir de aquí ahora mismo.

—¿El correo se envió? —preguntó Termesio, buscando en la pantalla la confirmación que necesitaba con desesperación.

—Se envió —contestó Arthetis, con una mezcla de alivio y terror en la voz —. Justo antes de que sonara la alarma. Los cinco lo tienen ya, aunque todavía no lo sepan.

—Entonces vámonos.

Salieron del laboratorio siguiendo a Am Nabil por una ruta de emergencia que evitaba las cámaras principales del edificio, mientras el sonido de la alarma general seguía resonando por todo el campus y las primeras luces de vehículos de seguridad empezaban a converger hacia el edificio de posgrado.

—Roma —dijo Termesio, ya en la oscuridad del jardín exterior, recuperando el aliento—. Tiene que haber sido gente de Vance. Nadie más tendría la

capacidad de intervenir un sistema universitario egipcio desde Europa en tiempo real.

—Eso significa que saben exactamente dónde estábamos esta noche, y probablemente sepan también a quién le acabamos de enviar el material.

—¿Eso pone en peligro a tus contactos?

Arthetis se detuvo un segundo, con la respiración todavía entrecortada, antes de contestar con una certeza que a Termesio le pareció, en ese momento, más valiente que tranquilizadora.

—Puede que sí. Pero ya está hecho, Termesio. Ya no hay manera de deshacerlo, y honestamente, después de esta noche, empiezo a pensar que era exactamente lo que teníamos que hacer, sin importar el riesgo.

Se despidieron de Am Nabil con un gesto rápido de gratitud que no alcanzó a convertirse en palabras completas.

—Lo siento por el riesgo que corriste esta noche —le dijo Arthetis, antes de separarse.

—No lo sientas. Algunas cosas valen la pena, aunque cueste el trabajo. Solo espero que lo que sea que acaban de enviar, valga lo que arriesgamos los tres esta noche.

—Va a valerlo, Am Nabil. Te lo prometo, y si algún día puedo contarte por qué sin ponerte en más riesgo del que ya corriste, lo voy a hacer con gusto.

Am Nabil asintió, sin pedir más explicaciones, y se perdió de vuelta hacia su puesto de vigilancia con el paso apurado de quien todavía tiene que explicar, ante sus superiores, una alarma que él mismo no sabría cómo justificar del todo sin mencionar, de paso, una visita nocturna que jamás debió haber ocurrido.

Salieron del campus por la misma entrada lateral por la que habían llegado, mientras a sus espaldas, el edificio de posgrado seguía iluminado por las luces intermitentes de la seguridad universitaria, buscando un origen de intrusión que, sospechaban ambos, jamás lograrían rastrear hasta su verdadero punto de partida en Roma.

Caminaron varias calles en silencio, alejándose del campus por callejones que Arthetis parecía conocer de memoria, hasta que la adrenalina empezó a ceder y dio paso a un cansancio profundo que ninguno de los dos había sentido con tanta intensidad en ninguna de las noches anteriores.

—¿Crees que va a funcionar? —preguntó Termesio, cuando por fin se sintieron lo bastante lejos del campus para hablar en voz normal.

—No lo sé. Pero por primera vez desde que empezamos esto, la decisión ya no depende solo de nosotros dos. Eso, curiosamente, me tranquiliza más de lo que me asusta, aunque también signifique que ya perdimos algo de control sobre cómo termina esta historia.

—¿Por qué?

—Porque durante días sentí que si a nosotros nos alcanzaban, todo se perdía con nosotros. Ahora, pase lo que pase esta noche, ya hay cinco copias más de esta historia circulando en el mundo, en manos de gente que no depende de nuestra suerte para seguir haciendo su trabajo.

Termesio se quedó pensando en esas palabras el resto del camino de regreso a Bulaq, con la certeza creciente de que algo había cambiado esa noche, más allá del riesgo corrido: por primera vez desde la muerte de Yusuf Nassar, la historia que perseguían ya no dependía por completo de que él, personalmente, sobreviviera para contarla. Esa idea, que en otro momento quizás le habría resultado inquietante, esa noche le supo, sobre todo, a un alivio que llevaba semanas sin permitirse sentir.

CAPÍTULO 10

La captura de la luz

El Cairo, barrio de Bulaq — la mañana siguiente

No durmieron más de tres horas después de regresar del campus, y ambos despertaron casi al mismo tiempo, poco después del amanecer, con el sonido de pasos pesados subiendo la escalera del taller de Am Sayed, demasiado numerosos y demasiado sincronizados para tratarse de un cliente cualquiera.

—Termesio.

—Los escucho.

—No son de Vance. Estos vienen con uniforme.

—¿Seguridad del Estado?

—Eso parece. Y si es así, alguien con contactos oficiales tuvo que haberlos alertado. No es algo que se organice de un día para otro.

Arthetis se asomó apenas por la rendija de la puerta y confirmó lo que ya ambos sospechaban: dos oficiales de la seguridad del Estado, acompañados de un tercer hombre de civil que se mantenía un paso atrás, con la actitud de quien dirige la operación sin querer que su rostro quede demasiado expuesto.

—¿Cómo nos encontraron aquí? —preguntó Termesio, ya guardando a toda prisa el cuaderno y las hojas restantes en la mochila.

—No lo sé. Pudo ser el sistema universitario, pudo ser alguien que nos vio anoche, pudo ser Am Sayed mismo bajo presión, aunque me cuesta creerlo de él. No hay tiempo para averiguarlo ahora.

—¿Hay otra salida?

—Una ventana que da al techo del taller de al lado. Es angosta, pero puede funcionar.

Termesio se acercó a la ventana, calculó la distancia con una mirada rápida, y sintió que el estómago se le encogía al confirmar que solo uno de los dos podría pasar con facilidad antes de que los oficiales llegaran a la puerta.

—Vamos juntos —dijo, aunque la propia voz le sonó menos convencida de lo que pretendía.

—No hay tiempo para los dos, Termesio, y lo sabes tan bien como yo, así que no me hagas perder los segundos que sí tenemos discutiendo lo que ya no se puede cambiar.

—Arthetis, tiene que haber otra forma.

—No la hay. No en los siguientes treinta segundos, que es todo el tiempo que tenemos antes de que esa puerta ceda.

—Entonces salgamos los dos y corramos el riesgo juntos.

—Y si nos atrapan a los dos, Termesio, ¿quién le explica a mis contactos lo que pasó? ¿Quién sostiene esto si ambos desaparecemos el mismo día? Escúchame. Toma la mochila. Ahí está el cuaderno, las dos hojas, todo lo que necesitamos que sobreviva pase lo que pase con nosotros. Yo los distraigo, tú sales por la ventana, y nos encontramos después, como sea que podamos.

—No voy a dejarte aquí.

—No me estás dejando. Me estás dando la oportunidad de que esto no se pierda todo en un solo golpe. Piensa en lo que hicimos anoche, Termesio. Ya no depende solo de nosotros dos, pero depende de que al menos uno de los dos siga libre para sostenerlo.

Los golpes en la puerta del cuarto llegaron entonces, secos y autoritarios, acompañados de una voz que exigía abrir en nombre de la autoridad correspondiente. Arthetis, sin darle a Termesio más tiempo para discutir, le arrojó la mochila por encima del hombro con un movimiento rápido y preciso, y lo empujó hacia la ventana con una fuerza que él no esperaba de alguien de su tamaño.

—Vete. Ahora.

—Arthetis…

—Ahora, Termesio.

Salió por la ventana con el corazón desgarrado de una manera que ninguna persecución anterior le había provocado, y alcanzó a escuchar, ya sobre el techo vecino, el sonido de la puerta cediendo, de voces que se cruzaban en árabe y en un inglés apresurado, y por último, el nombre de Arthetis pronunciado con la formalidad fría de quien lee una orden de detención en voz alta.

Corrió por los techos de Bulaq como había corrido, semanas atrás, por los del Jan al-Jalili, con la diferencia de que esta vez no llevaba consigo el consuelo de saber que alguien más estaba a salvo detrás de él. Bajó a la calle varias cuadras después, se mezcló entre el tránsito matutino del

barrio, con el rostro bajo y los hombros encorvados de quien intenta desaparecer entre la multitud, y solo se detuvo cuando estuvo seguro de que nadie lo seguía, en un callejón estrecho donde se permitió, por primera vez en semanas, llorar sin que le importara quién pudiera verlo.

Pasó el resto de la mañana moviéndose sin rumbo fijo, evitando las zonas más vigiladas, hasta que la necesidad práctica se impuso sobre el duelo: tenía que salir de El Cairo esa misma noche, antes de que la red que había capturado a Arthetis lograra identificar también su propio rostro entre las cámaras de la ciudad. Compró un boleto de tren nocturno hacia Alejandría con el poco dinero en efectivo que le quedaba, y subió al vagón con la mochila de Arthetis abrazada contra el pecho, como si fuera lo único sólido que le quedaba en el mundo en ese momento.

Ya en movimiento, con las luces de El Cairo alejándose despacio por la ventanilla, sacó el cuaderno de 1964 y empezó a releerlo desde el principio, esta vez sin la urgencia de buscar solo lo que confirmara sus sospechas, sino con la atención lenta de quien busca compañía en las palabras de otro hombre que también, sesenta años atrás, había cargado solo con un secreto demasiado grande. Encontró, hacia el final, una entrada fechada apenas tres semanas antes de la muerte documentada del anticuario, y la leyó dos veces, traduciendo mentalmente cada frase.

"He escrito de nuevo a R., insistiendo en que ya no puedo sostener esta discreción sin sentir que traiciono el motivo original de mi trabajo. Compré estos papeles pensando que protegía algo valioso de caer en manos indignas. Ahora entiendo que solo ayudé a que ese algo valioso quedara enterrado por segunda vez, esta vez no por miedo campesino, sino por cálculo institucional. R. no ha respondido. Empiezo a temer que mi insistencia ya no sea bienvenida."

Cerró el cuaderno, marcó el número que Arthetis le había dado días atrás "por si algo salía mal", y esperó, con el corazón acelerado, mientras el tono de llamada se repetía tres, cuatro, cinco veces, hasta que una voz masculina, mayor y pausada, contestó del otro lado.

—¿Diga? ¿Quién habla a esta hora?

—¿Profesor Halim? Me llamo Termesio Agostini. Arthetis Fahmy le dio mi contacto, o el suyo a mí, en caso de emergencia.

—La conozco, sí, desde hace algunos años. ¿Le pasó algo grave?

—La detuvo la seguridad del Estado esta mañana, en El Cairo. No sé bajo qué cargos, ni dónde la tienen.

Hubo un silencio breve del otro lado, el tipo de silencio de alguien que procesa una mala noticia antes de permitirse reaccionar a ella con la calma que su oficio le exige.

—Entiendo. ¿Y usted está a salvo?

—Por ahora. Voy en un tren hacia Alejandría. Tengo conmigo todo el material físico, el cuaderno y las dos hojas. Arthetis se aseguró de eso antes de que la detuvieran.

—Eso ya lo sabíamos, en parte. Recibimos anoche las copias digitales que ella envió desde la universidad. Las estamos revisando entre los cinco, cada uno por separado, tal como ella lo planeó.

—¿Y qué dicen hasta ahora?

—Es pronto para una conclusión definitiva, pero le puedo decir esto: lo que hemos visto hasta ahora no contradice nada de lo que Arthetis nos explicó por escrito anoche, con lujo de detalle. Eso, en mi experiencia de tantos años revisando hallazgos de dudosa procedencia, ya es más de lo que la mayoría de las historias sensacionalistas logran sostener en un primer análisis riguroso.

—Necesito ayuda para localizarla, profesor. O para presionar por su liberación.

—Tengo un contacto dentro del ministerio, alguien que me debe algunos favores de hace años. Puedo pedirle que indague, con discreción, sin que eso la ponga en más riesgo del que ya corre.

—¿Cuánto tiempo cree que tome?

—No lo sé, sinceramente. Estas cosas pueden resolverse en un día o pueden extenderse semanas enteras, dependiendo de quién esté realmente detrás de la orden de detención. ¿Tiene usted alguna idea de eso, señor Agostini?

—Sospecho que Vance, o gente cercana a él dentro de su propia estructura. Y posiblemente Sterling también, aunque de forma menos directa que Vance.

—¿El doctor Marcus Sterling?

—El mismo.

Hubo otro silencio, más largo esta vez, antes de que el profesor Halim volviera a hablar, con un tono que había perdido algo de la calma profesional del principio.

—Conocí a Sterling hace años, en un congreso en Ginebra. Siempre me pareció un hombre más interesado en su propio prestigio que en la verdad de lo que estudiaba con tanto aparente rigor. Lamento no haberlo dicho más alto entonces, cuando todavía podía haber importado.

—No es tarde para decirlo ahora, profesor.

—Puede que tenga razón, señor Agostini. Pero necesito que usted haga algo a cambio de mi ayuda esta noche.

—Lo que sea.

—Manténgase con vida, señor Agostini, y manténgase con el material a salvo. Si a usted también lo detienen, o algo peor, todo lo que Arthetis

arriesgó esta mañana habrá sido en vano. Ella apostó su libertad a que usted pudiera sostener esto solo un poco más. No la defraude.

—No pienso hacerlo.

—Bien. ¿Dónde va a hospedarse en Alejandría?

—Todavía no lo sé. No quiero decidirlo hasta que esté ahí, por si acaso alguien está escuchando esta llamada.

—Sensato. Llámeme desde un teléfono distinto en cuanto tenga un lugar seguro, y evite los hoteles que pidan pasaporte al registrarse. Hay pensiones cerca del puerto que todavía trabajan solo en efectivo, si sabe dónde preguntar y a quién no preguntarle nada.

—Gracias, profesor.

—No me agradezca todavía. Agradézcame cuando Arthetis esté libre y esto que traen ustedes dos salga a la luz de la manera correcta, no de la manera que Sterling quiere contarlo desde sus conferencias de prensa. Lo llamo en cuanto tenga noticias, señor Agostini.

La llamada terminó, y Termesio se quedó con el teléfono todavía en la mano, mirando la oscuridad que corría al otro lado de la ventanilla, con una mezcla de alivio por no estar ya completamente solo y de culpa renovada por cada minuto que Arthetis pasaba, en ese mismo instante, en algún lugar que él no podía ni imaginar.

El tren llegó a la estación de Alejandría poco antes del amanecer, con esa luz gris y salobre que caracteriza a las ciudades portuarias antes de que el sol termine de imponerse sobre el mar. Termesio bajó al andén con la mochila abrazada contra el pecho, sin saber todavía a dónde dirigirse, pero con una certeza que se había ido asentando durante todo el trayecto: no importaba cuánto le costara a él personalmente, no iba a permitir que el sacrificio de Arthetis esa mañana terminara siendo en vano.

Un vendedor de té ambulante, de los pocos que ya trabajaban a esa hora cerca de la salida de la estación, le ofreció un vaso caliente sin que Termesio se lo pidiera.

—Se ve cansado, hermano. El té ayuda, aunque sea un rato.

—Gracias.

—¿Primera vez en Alejandría?

—No. Pero hace mucho que no vengo.

—La ciudad cambia rápido, pero el mar sigue siendo el mismo. Eso siempre ayuda a orientarse.

Termesio pagó el té con las últimas monedas que le quedaban en el bolsillo, y caminó hacia la salida de la estación con el vaso caliente entre las manos, agradecido, por un instante breve, de que en medio de todo lo que había perdido en las últimas veinticuatro horas, algo tan simple como un extraño ofreciéndole té siguiera existiendo en el mundo sin pedir nada a cambio.

Se quedó un momento parado en el andén casi vacío, mirando el mar que apenas se adivinaba al final de la avenida, y se prometió a sí mismo, en silencio, que la próxima vez que hablara con alguien de la red de Arthetis, ya no sería solo para pedir ayuda. Sería también para empezar a devolver, de algún modo, todo lo que ella ya había arriesgado por una historia que, hasta hacía apenas unas semanas, ni siquiera era suya.

CAPÍTULO 11

El juicio del inquisidor

Embajada del Vaticano, El Cairo — al día siguiente de la detención

La llevaron a una oficina en el segundo piso de la embajada, una habitación pequeña con cortinas gruesas que apagaban casi por completo el ruido de la calle, amueblada con un escritorio de madera oscura, dos sillas frente a él y un crucifijo de plata que colgaba de la pared como el único adorno permitido en un espacio por lo demás deliberadamente austero.

Arthetis llevaba ya casi veinticuatro horas detenida, primero en una comisaría cerca de Bulaq, después trasladada sin explicación a ese edificio que, según le habían dicho, gozaba de un estatuto legal ambiguo que ni ella ni su abogado, al que todavía no había podido contactar, terminaban de comprender del todo.

Había pasado la noche en una celda pequeña pero limpia, sin que nadie le explicara con claridad los cargos que se le imputaban, alimentándose apenas de un pan y un té que un guardia le había dejado sin cruzar palabra.

El cansancio le pesaba en los hombros y en los párpados, pero se había obligado a mantener la espalda recta desde el momento en que la hicieron pasar a esa oficina, decidida a no mostrar ante Vance ni una sola grieta de debilidad, real o fingida.

Monseñor Vance entró a la oficina con el padre Bellini un paso detrás, cargando una carpeta que dejó sobre el escritorio sin abrirla todavía. Se sentó frente a Arthetis, la observó un momento en silencio, y ella, lejos de bajar la mirada, sostuvo la suya con una firmeza que él no esperaba de alguien que llevaba un día entero sin dormir bien.

—Señorita Fahmy. Gracias por aceptar esta conversación.

—No recuerdo haber aceptado nada, monseñor. Recuerdo que me trajeron aquí sin explicarme bajo qué autoridad exacta actuaban.

—Tiene razón, y le pido disculpas por la forma en que se manejó su traslado. Estoy aquí para hablar con usted, no para interrogarla en el sentido formal del término.

—¿Cuál es la diferencia, monseñor, si de todos modos no puedo salir de esta habitación cuando yo lo decida?

Vance no respondió de inmediato. Abrió la carpeta que había dejado sobre el escritorio, revisó una página sin necesidad real de hacerlo, más como

gesto para ganar tiempo que por consultar algo que ya conocía de memoria.

—Sé que usted y el señor Agostini encontraron un cuaderno perteneciente a un anticuario europeo, fallecido en 1964, con anotaciones relacionadas con el litigio del Códice I.

—Veo que no necesita que yo se lo confirme.

—No necesito que me lo confirme. Necesito entender qué piensan hacer con esa información.

—¿Y si le dijera que ya no depende solo de nosotros dos qué se hace con ella?

Algo en la expresión de Vance cambió, apenas perceptible, pero suficiente para que Arthetis, entrenada durante años en leer gestos ajenos en excavaciones donde la comunicación no verbal a menudo importaba más que las palabras, lo registrara con precisión. Fue apenas un parpadeo más lento de lo normal, un ligero desplazamiento del peso en la silla, pero bastó para confirmarle que la noticia, fuera cual fuera, todavía no había llegado a oídos de Vance por ningún otro canal.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiere decir, monseñor, que enviamos copias digitales de todo el material a cinco especialistas independientes antes de que sus hombres me detuvieran. Puede intentar silenciarme a mí. Puede que ya lo haya intentado con Termesio. Pero no va a poder silenciar a cinco personas en cinco países distintos al mismo tiempo.

Vance guardó silencio un momento más largo del que Arthetis esperaba, y ella entendió, por ese silencio, que la noticia lo tomaba genuinamente por sorpresa.

—No lo sabía —admitió finalmente, con una honestidad que a ella le pareció casi desconcertante viniendo de un hombre que representaba, hasta donde ella entendía las cosas, exactamente el tipo de institución dispuesta a mentir con tal de proteger sus propios intereses.

—¿Por qué me lo dice? Podría negarlo, hacerme dudar de si de verdad llegó a salvo.

—Porque mentirle no me va a devolver el control de una situación que, evidentemente, ya perdí hace tiempo, señorita Fahmy. Y porque, si le soy honesto, empiezo a estar cansado de mentir, aunque llevo sesenta años, sin saberlo del todo, formando parte de una mentira que ni siquiera fue mía desde el principio.

Arthetis lo miró con una atención distinta, como quien reconoce, en el rostro de un adversario, algo que no esperaba encontrar ahí. Vance, por su parte, había dejado de sostener el contacto visual directo que había mantenido hasta ese momento, y sus dedos, apoyados sobre la carpeta cerrada, se movían apenas, en un tamborileo nervioso que él mismo pareció notar y detener a propósito.

—¿Se refiere al acuerdo de 1963?

—Me refiero a eso, sí. Yo tenía veintiséis años cuando firmé un documento cuyo contenido completo nunca leí. Confié en que mi superior sabía lo que hacía. Durante sesenta años, esa confianza me bastó para dormir tranquilo.

—¿Y ahora ya no le basta?

—Ahora tengo una fotografía del señor Agostini sobre mi escritorio en Roma, y no logro dejar de mirarla. Eso debería contestarle la pregunta mejor que cualquier palabra que yo pueda ofrecerle.

Se hizo un silencio breve entre ambos, roto solo por el sonido lejano del tráfico de El Cairo, filtrado apenas por las cortinas gruesas de la oficina. El padre Bellini, sentado un poco apartado, observaba el intercambio sin intervenir, con la misma atención discreta con que había observado, semanas atrás, la conversación entre Vance y Sterling en Luxor, tomando nota mental, quizás, de cada palabra que su superior pronunciaba con una franqueza que él mismo nunca lo había escuchado emplear antes frente a nadie ajeno a la institución.

—Permítame preguntarle algo, señorita Fahmy, ya que estamos siendo tan honestos el uno con el otro.

—Adelante.

—¿Usted cree que la fe de la gente común, de quienes no tienen el tiempo ni las herramientas para procesar con serenidad un debate teológico complejo, sale beneficiada al enterarse, de golpe, que ciertas verdades históricas se administraron durante décadas en lugar de compartirse abiertamente?

Arthetis se tomó su tiempo antes de responder, consciente de que la pregunta, planteada con esa aparente sinceridad, merecía algo más que una respuesta reflexiva improvisada.

—Creo que la gente común, monseñor, merece la oportunidad de decidir por sí misma qué hacer con la verdad completa, en lugar de que alguien más decida por ellos qué parte de esa verdad pueden soportar. Usted habla de proteger la fe de la gente. Yo creo que lo que en realidad protege, sin quererlo del todo, es el control que su institución tiene sobre cómo se cuenta esa fe.

—Es una acusación severa, señorita Fahmy, viniendo de alguien a quien acabo de conocer esta misma tarde.

—Es una observación, monseñor, no una acusación. Y creo que en el fondo, si no estuviera empezando a dudar de su propia posición, no me habría hecho la pregunta que acaba de hacerme.

Vance sonrió, apenas, con una expresión que combinaba resignación y algo parecido al respeto.

—Es usted más perspicaz de lo que mis hombres me advirtieron.

—Sus hombres subestiman a mucha gente, monseñor. Esa parece ser una costumbre bastante extendida en su organización, a juzgar por todo lo que hemos descubierto en las últimas semanas.

—¿Y qué propone usted, entonces? Si tuviera el poder de decidir, aquí y ahora, cómo debería manejarse esta historia.

Arthetis se tomó un momento antes de responder, consciente de que sus palabras, en ese instante particular, tenían más peso del que solía tener cualquier conversación académica en la que había participado antes.

—Propondría que se cuente completa, con el contexto histórico necesario para que nadie la use de forma irresponsable, pero sin editarla por miedo a que alguien no esté "listo" para escucharla. La gente lleva ochenta años leyendo, con toda seriedad, los textos que salieron de Nag Hammadi. Ha demostrado que puede sostener preguntas difíciles sin que su fe se derrumbe por eso. Quizás sea hora de confiar un poco más en esa capacidad, en lugar de seguir decidiendo por ellos.

—Y si me equivoco al confiar, señorita Fahmy, las consecuencias no las voy a pagar yo solo. Las va a pagar gente que nunca pidió que se le entregara una verdad para la que quizás, después de todo, no estaba preparada.

—Y si usted tiene razón al no confiar, monseñor, las consecuencias tampoco las paga usted solo. Las paga cada persona a la que durante sesenta años se le negó el derecho de decidir eso por sí misma.

El silencio que siguió a esa réplica se sintió distinto a los anteriores, más denso, como si ambos hubieran llegado, cada uno desde su propia posición, al mismo borde de una pregunta que ninguno de los dos estaba todavía preparado para responder del todo.

—Voy a pensar en lo que me ha dicho, señorita Fahmy —dijo finalmente Vance, cerrando la carpeta que llevaba toda la conversación abierta sin que la hubiera necesitado realmente, con un gesto que a Arthetis le pareció menos protocolario que sincero.

—¿Eso significa que voy a poder salir de aquí?

—Significa que voy a hacer las gestiones necesarias para que su detención se resuelva de la forma más rápida posible, dentro de lo que esté en mi mano. No puedo prometerle más que eso todavía, y le pido que entienda que mi mano, dentro de esta institución, tiene menos alcance del que usted probablemente imagina.

—Es más de lo que esperaba, para ser honesta, viniendo de la conversación con la que empezamos hace media hora.

Vance esbozó algo parecido a una sonrisa cansada, la primera de toda la conversación.

—Yo también esperaba menos de mí mismo, se lo confieso.

Vance se levantó, seguido del padre Bellini, y se detuvo un momento en la puerta antes de salir, como si algo más quisiera decir y no encontrara todavía la forma correcta de decirlo.

—Señorita Fahmy.

—¿Sí?

—Cuando vuelva a ver al señor Agostini, dígale que la fotografía que tengo de él en mi escritorio ya no me deja dormir tranquilo, y que empiezo a pensar que quizás esa sea, después de todo, una señal de que algo en mí sigue funcionando como debería.

Salió sin esperar respuesta, con el padre Bellini cerrando la puerta tras ambos con un cuidado casi ceremonial, y Arthetis se quedó sola en la oficina, con el crucifijo de plata todavía colgado en la pared y el ruido lejano de la calle filtrándose apenas por las cortinas gruesas.

Se quedó un largo rato sentada en la misma silla, sin que nadie viniera a llevársela de vuelta a la celda, repasando cada frase de la conversación como quien repasa, después de una excavación difícil, cada capa de tierra removida antes de encontrar algo que valiera la pena conservar.

Pensó que acababa de presenciar, sin saber todavía si podía confiar del todo en lo que había visto, la primera grieta genuina en la coraza de un hombre que hasta ese momento había sido, para ella, poco más que un nombre temido en la correspondencia de un anticuario muerto sesenta años atrás.

Y pensó también, con una claridad que la sorprendió a ella misma en medio del agotamiento, que si Vance cumplía su palabra, si de verdad hacía las gestiones que había prometido, tal vez la historia que ella y Termesio llevaban semanas persiguiendo estuviera a punto de encontrar, del lado menos esperado, el primer aliado verdaderamente capaz de cambiar su curso.

Cuando por fin un guardia vino a devolverla a su celda, Arthetis caminó por el pasillo con un paso distinto al que había tenido esa misma mañana, no porque su situación hubiera cambiado todavía en nada concreto, sino porque, por primera vez desde su detención, sentía que llevaba consigo algo más que miedo: llevaba, también, la certeza incómoda de que incluso los hombres que construyen silencios durante seis décadas pueden, con la pregunta correcta hecha en el momento correcto, empezar a desmoronarlos desde dentro.

CAPÍTULO 12

La red de los proscritos

Catacumbas de Kom el-Shoqafa, Alejandría — cuatro días después

El profesor Halim había elegido el lugar de encuentro con una lógica que a Termesio, al principio, le pareció casi teatral: las antiguas catacumbas de

Kom el-Shoqafa, cerradas al público desde temprano y reabiertas esa noche solo para ellos gracias a un permiso especial que el propio Halim se había encargado de gestionar a través de un contacto en el ministerio de antigüedades.

Bajaron por la escalera de caracol tallada en la roca, hasta la cámara funeraria principal, donde el aire húmedo y fresco contrastaba con el calor todavía persistente de la superficie, y donde los relieves grecorromanos, mezcla curiosa de dioses egipcios vestidos con armadura clásica, parecían observar la reunión con la misma indiferencia con que habían observado, durante casi dos mil años, a cuantos habían bajado antes que ellos a esa misma cámara.

—Simbolismo aparte —dijo Halim, mientras encendía una serie de lámparas portátiles que proyectaban sombras largas sobre los relieves de las paredes —, este lugar tiene una ventaja práctica. No hay señal de teléfono aquí abajo, lo que significa que nadie puede rastrear nuestra ubicación mientras trabajamos.

—¿Y el simbolismo? —preguntó Termesio, sin poder evitar una media sonrisa cansada, la primera en varios días.

—El simbolismo es que llevamos toda esta historia trabajando entre entierros, señor Agostini. Códices enterrados, secretos enterrados, hombres enterrados con demasiadas preguntas sin responder. Me pareció apropiado que la reunión decisiva también ocurriera en uno.

Los otros cuatro contactos de la lista de Arthetis ya estaban ahí cuando Termesio llegó, presentados uno por uno por Halim con la formalidad de quien introduce a viejos colegas: la historiadora de Lovaina, una mujer de acento flamenco marcado que había volado a Egipto en cuanto recibió el material, dejando a medias un semestre de clases que no había podido posponer del todo; el historiador egipcio, más joven que los demás, especialista en la historia del comité internacional que gestionó el regreso de los códices en los años setenta; el periodista egipcio, con una libreta ya llena de notas propias y una desconfianza visible hacia cualquier conclusión demasiado rápida; y el periodista italiano, un hombre de mediana edad con el aspecto cansado de quien lleva años escribiendo sobre finanzas vaticanas sin que nadie haya logrado callarlo del todo, a pesar de más de un intento documentado.

—Antes de empezar —dijo el italiano, cuyo nombre era Renzo Marchetti, apoyando ambas manos sobre la mesa plegable que habían bajado con ellos—, quiero que quede claro algo. No estoy aquí para confirmar una teoría de conspiración que ya tenía en mente antes de ver el material. Estoy aquí porque lo que Arthetis nos envió resistió, hasta donde pude verificar por mi cuenta, un primer análisis serio. Si en algún momento deja de resistirlo, seré el primero en decirlo, sin importar cuánto tiempo hayamos invertido ya en esto.

—Eso es exactamente lo que necesitamos —contestó Termesio—. No quiero que nadie confirme nada por solidaridad. Quiero que lo confirmen, o lo desmientan, porque la evidencia los lleva ahí.

El historiador egipcio, que se presentó como el doctor Fikri, extendió sobre una mesa plegable que habían bajado con ellos varias copias impresas de documentos que Termesio no reconoció de inmediato.

—Pasé los últimos tres días cruzando las fechas y los nombres del cuaderno contra los archivos públicos del comité internacional que gestionó el regreso de los códices en los setenta. Algunos de esos archivos se desclasificaron parcialmente hace una década, y muy poca gente se ha tomado el trabajo de revisarlos con detalle.

—¿Y qué encontró?

—Encontré esto.

Señaló un memorando fechado en 1974, con el membrete de una organización internacional que Termesio reconoció vagamente de sus años de formación académica, en el que se mencionaba, de manera indirecta pero inequívoca, "gestiones previas de origen eclesiástico relacionadas con la disposición del Códice I durante el periodo de litigio".

—¿Cómo consiguió acceso a esto? —preguntó Termesio, inclinándose sobre la mesa para leer el documento con sus propios ojos.

—Estaba en un archivo digitalizado hace años por una universidad canadiense, dentro de un proyecto de preservación documental que casi nadie consultó después de terminado. A veces la mejor manera de esconder algo no es sellarlo bajo llave, sino publicarlo donde nadie se moleste en buscar.

—Eso resume bastante bien todo lo que hemos aprendido en las últimas semanas.

—Esto no menciona el acuerdo de 1963 directamente —advirtió Fikri—, pero confirma que el comité internacional de los setenta ya sospechaba, o al menos tenía conocimiento parcial, de que hubo gestiones previas fuera del proceso legal ordinario.

—¿Y las iniciales del cuaderno? —preguntó Termesio—. R., el contacto eclesiástico habitual que el anticuario menciona una y otra vez sin nunca nombrarlo por completo.

—Ahí es donde entra mi parte —intervino la historiadora de Lovaina, cuyo nombre era la doctora Van Hecke, ajustándose los lentes antes de extender sus propias notas junto a las de Fikri—. Revisé los registros de personal de la Biblioteca Apostólica Vaticana disponibles públicamente para esos años, cruzados con las actas de reuniones internas que se filtraron durante un litigio civil no relacionado, hace ya más de una década, y que muy pocos investigadores fuera de mi campo específico conocen siquiera que existen. Hay un nombre que aparece con la frecuencia suficiente, y en el momento

adecuado, para ajustarse al perfil de ese "contacto eclesiástico habitual" que menciona el cuaderno.

—¿Quién?

—Monseñor Aldegheri. Superior directo, según los registros, de un joven archivista llamado Vittorio Vance.

El nombre cayó en la cámara funeraria con un peso que ninguno de los presentes necesitó explicar en voz alta. Termesio sintió que algo se acomodaba, por fin, en el rompecabezas que llevaba semanas armando a ciegas, y por un instante volvió a ver, con la claridad de quien revive un recuerdo ajeno como si fuera propio, la firma borrosa al calce de la carta suiza que Nassar le había entregado la primera noche, aquella que entonces no supo reconocer y que ahora, finalmente, tenía nombre y apellido completos.

—Eso confirma lo que Arthetis y yo sospechábamos desde la carta suiza. Vance no inventó nada. Heredó una decisión que otro tomó por él, hace sesenta años, y ha pasado su carrera entera sosteniéndola sin cuestionarla.

—Hasta ahora, parece —añadió Halim—. Si lo que usted me contó por teléfono es cierto, algo empezó a moverse en él durante el interrogatorio a Arthetis.

—Eso todavía no podemos darlo por seguro —advirtió Marchetti, el periodista italiano—. Los hombres que llevan sesenta años administrando un silencio no siempre cambian de opinión solo porque alguien los mira a los ojos con determinación. A veces solo aprenden a fingir mejor la duda.

—Es un riesgo que voy a tener que correr —dijo Termesio—. No tengo otra opción mejor en este momento, y cada día que Arthetis pasa detenida es un día que ya no puedo recuperar para ella, sin importar cuánta prudencia me recomienden ustedes.

El periodista egipcio, más callado que los demás hasta entonces, levantó la vista de su libreta.

—Hay algo que todavía no hemos discutido, y que va a determinar cómo presentamos esto al público, cuando llegue el momento.

—¿Qué cosa?

—El tono. Podemos presentar esto como un escándalo de encubrimiento vaticano, con todo el morbo que eso implica y toda la atención mediática inmediata que garantizaría, o podemos presentarlo como lo que en realidad es: la historia de un vacío documental real, que la propia historiografía ya reconocía desde hace décadas, ahora finalmente llenado con evidencia seria y verificable. El primer enfoque nos da más lectores en la primera semana. El segundo nos da más credibilidad a largo plazo, y creo que es el que Arthetis habría preferido, por lo que me has contado de ella en estos últimos días.

Termesio se quedó pensando un momento, con la mirada perdida en los relieves de la pared, antes de contestar.

—Tiene razón. No quiero que esto se lea como una caza de brujas contra el Vaticano. Quiero que se lea como lo que realmente es: la prueba de que completar la historia, en lugar de administrarla, no le hace daño a nadie que no tenga algo que ocultar.

—Bien dicho —dijo la doctora Van Hecke, cerrando su propio cuaderno de notas con un gesto de aprobación silenciosa—. Eso, además, es más difícil de desmentir en una conferencia de prensa que cualquier acusación sensacionalista, por más llamativa que suene al principio.

Halim, que había permanecido en silencio los últimos minutos, revisando sus propias notas con la lentitud de quien no quiere precipitar una decisión importante, levantó por fin la vista hacia el grupo reunido.

—Entonces esto es lo que propongo. Publicamos de forma simultánea, en las cinco plataformas que representamos, con el material completo disponible para que cualquier especialista independiente pueda verificarlo por su cuenta. Nada de exclusivas, nada de ventajas competitivas entre nosotros. Esto tiene que salir de una vez, en todas partes, para que ninguna institución tenga tiempo de organizar una respuesta coordinada antes de que la conversación pública ya esté en marcha.

—¿Cuándo? —preguntó Termesio.

—En cuanto sepamos que Arthetis está a salvo. No antes. No pienso publicar nada que ponga en más riesgo del que ya corre a la persona que hizo posible que estemos aquí esta noche.

—¿Y si eso tarda semanas, o meses?

—Entonces esperamos semanas, o meses. Termesio, entiendo la urgencia que siente, créame que la entiendo, pero llevamos décadas esperando que esta historia se cuente completa. Unas semanas más, si eso significa que Arthetis vuelve a casa sana y salva, no van a cambiar nada esencial de lo que estamos a punto de lograr.

Termesio sintió, al escuchar eso, algo parecido al alivio que llevaba días sin permitirse sentir del todo.

—Gracias.

—No me agradezca a mí. Agradézcale a ella, cuando la vea. Y ayúdenos, mientras tanto, a preparar el material de la manera más sólida posible, porque cuando esto salga, va a tener que resistir el ataque más duro que Sterling y compañía puedan lanzarle.

El periodista egipcio cerró su libreta con un gesto definitivo, como quien da por concluida una etapa de la conversación antes de pasar a la siguiente.

—Entonces manos a la obra. Si vamos a publicar esto de forma simultánea en cinco países, necesitamos que cada versión, en cada idioma, diga exactamente lo mismo, sin matices que alguien pueda explotar después para sembrar dudas donde no las hay.

—De acuerdo —dijo Termesio—. ¿Por dónde empezamos?

—Por el principio, señor Agostini. Por Yusuf Nassar, y por la primera noche en que usted entendió que tenía algo entre manos que valía la pena perseguir hasta el final, sin importar el costo.

La reunión se extendió varias horas más, entre revisiones de traducción, verificación cruzada de fechas y la redacción conjunta de un primer borrador de comunicado que ninguno de los presentes firmaría solo, sino los cinco al mismo tiempo, respaldados además por el testimonio directo de Termesio y, esperaban todos, pronto también por el de Arthetis.

Trabajaron sin apenas descanso, turnándose para revisar cada frase del borrador, discutiendo palabra por palabra qué términos podían sostenerse con la evidencia disponible y cuáles convenía suavizar hasta contar con más confirmación, en un ejercicio de rigor colectivo que a Termesio le recordó, con una punzada de nostalgia, los mejores seminarios de su época en Londres, antes de que todo se torciera.

Cuando por fin subieron de vuelta a la superficie, ya entrada la madrugada, Alejandría los recibió con ese aire salado y fresco que solo las ciudades junto al mar saben ofrecer, y Termesio, por primera vez en semanas, sintió que ya no cargaba esa historia completamente solo.

Se despidió de cada uno de los presentes con un apretón de manos que se sintió, en cada caso, como algo más que un simple gesto de cortesía profesional, y caminó de vuelta hacia la pensión donde se hospedaba con la mochila de Arthetis todavía abrazada contra el pecho, pero con el paso, por primera vez desde su detención, un poco menos pesado que el día anterior.

CAPÍTULO 13

El duelo en la cumbre

Museo Egipcio, El Cairo — tres semanas después

El salón principal del Museo Egipcio se había transformado, esa mañana, en un set de televisión improvisado: cámaras de al menos ocho cadenas internacionales dispuestas en semicírculo frente a un podio con el logotipo del instituto de Sterling, sillas ocupadas por periodistas acreditados, y un despliegue de seguridad privada que Termesio, observando desde un rincón disfrazado con el overol azul del personal técnico de sonido, reconoció como excesivo incluso para una conferencia de la magnitud que Sterling pretendía darle.

Habían pasado casi tres semanas desde la reunión en las catacumbas de Alejandría. Arthetis seguía detenida, aunque las gestiones de Vance, cumplidas con una discreción que sorprendió a todos los involucrados, habían logrado que las condiciones de su detención mejoraran de forma notable, y que su abogado por fin pudiera visitarla con regularidad. La red de historiadores y periodistas había preparado, mientras tanto, el material con un rigor que ni el propio Termesio, en sus mejores años académicos, habría podido igualar solo.

—¿Está seguro de que quiere hacer esto usted mismo? —le había preguntado Halim la noche anterior, durante el último ensayo del plan en la habitación de hotel que compartían, revisando por tercera vez cada detalle del cronograma—. Podríamos filtrar el material sin exponerlo a usted directamente. Es un riesgo que no necesita correr en persona, Termesio.

—Necesito que Sterling me vea a los ojos cuando esto pase —había contestado Termesio, sin dudarlo—. Después de todo lo que hizo, tanto conmigo como con Arthetis, se lo debo a ella, y me lo debo también a mí mismo, después de tantos meses de silencio impuesto.

—Entonces mañana, a las diez en punto, cuando yo le dé la señal desde mi posición entre el público. Ni un minuto antes.

—Ni un minuto antes.

Sterling subió al podio poco antes de las diez de la mañana, con el aplomo de quien ha dado cientos de conferencias similares y no espera sorpresas de ninguna clase.

—Buenos días a todos. Los he convocado hoy para poner fin, de manera definitiva, a una controversia que ha circulado en ciertos círculos durante las últimas semanas, y que ha empezado, lamentablemente, a ganar una tracción mediática que no corresponde a su solidez académica.

Termesio, desde su posición junto a la consola de proyección, ajustó discretamente un cable que ya estaba perfectamente conectado, ganando tiempo mientras esperaba la señal acordada con el técnico real del sistema, un joven contactado por la red de Halim que había aceptado, a cambio de una compensación que Termesio prefería no preguntar de dónde había salido, ceder su puesto por esa mañana.

—Un antiguo profesor, apartado de la academia por conducta cuestionable, ha intentado hacer circular lo que presenta como hojas recuperadas del Códice XII de Nag Hammadi, junto con documentación que sugiere un supuesto encubrimiento institucional relacionado con el litigio del Códice I en los años sesenta. Mi instituto realizó un análisis pericial completo del material que llegó a nuestras manos, y los resultados son concluyentes.

Sterling hizo una pausa calculada, dejando que la tensión se acumulara entre los periodistas presentes, varios de los cuales ya tecleaban en sus teléfonos, anticipando el titular.

—El material es una falsificación moderna, elaborada con papiro antiguo genuino pero con una escritura que no resiste el análisis paleográfico riguroso. Lamentablemente, la desesperación académica de ciertos individuos los lleva a extremos que dañan la seriedad de nuestra disciplina, y creo que es momento de que la comunidad científica lo diga con la firmeza que este caso merece.

Fue en ese momento exacto cuando Termesio recibió, a través de un auricular disimulado bajo el cabello, la señal que esperaba.

—Ahora —dijo la voz de Halim, desde algún punto del salón donde se había ubicado entre el público, acreditado como periodista independiente.

Termesio activó la secuencia que habían preparado durante días, tomando el control remoto del sistema de proyección del auditorio a través de una intervención que el técnico real había dejado abierta antes de ceder su puesto. Las pantallas gigantes que flanqueaban el podio, hasta entonces mostrando el logotipo institucional de Sterling, cambiaron de golpe.

Aparecieron, en alta resolución, las fotografías de las dos hojas rescatadas del baúl de los Basyuni, junto a la edición crítica publicada del Evangelio de la Verdad, con las coincidencias textuales marcadas línea por línea. Un murmullo recorrió el salón, y varios periodistas se pusieron de pie, buscando con la mirada el origen de la interrupción, algunos ya susurrando entre ellos, otros levantando sus teléfonos para grabar directamente las pantallas antes de que alguien pudiera apagarlas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sterling, girándose hacia la pantalla con una expresión que pasó, en cuestión de segundos, de la confusión inicial a una furia apenas contenida frente a las cámaras que seguían grabando cada uno de sus gestos.

Las imágenes continuaron cambiando, ahora mostrando páginas del cuaderno de 1964, con la traducción superpuesta en pantalla, y finalmente, el memorando de 1974 que el doctor Fikri había encontrado en el archivo digitalizado de la universidad canadiense, cada documento acompañado de una breve ficha técnica que explicaba su procedencia y su relevancia dentro de la investigación conjunta.

—Alguien intervino el sistema —dijo uno de los asistentes de Sterling, corriendo hacia la consola de proyección sin saber todavía a quién buscaba exactamente.

Termesio se quitó, en ese momento, la gorra que formaba parte de su disfraz, y avanzó unos pasos hacia el centro del salón, consciente de que el gesto lo exponía por completo ante las cámaras que ya giraban, desconcertadas, buscando un nuevo punto de interés. Sintió, por un instante, que las piernas apenas le respondían, y pensó, casi sin querer, en Arthetis, en el cobertizo de al-Qasr, en la mochila que ella le había lanzado sin dudar, y esa imagen le dio la firmeza que necesitaba para seguir caminando.

—Buenos días —dijo, con una voz que le tembló menos de lo que había temido durante los ensayos mentales de esa escena—. Mi nombre es Termesio Agostini. El material que están viendo en esas pantallas es auténtico, y puedo demostrarlo, junto con cinco especialistas independientes de cuatro países distintos, que llevan semanas verificándolo con el rigor que el doctor Sterling asegura que este material no resiste.

—¡Saquen a este hombre de aquí! —gritó Sterling, con la compostura ya visiblemente quebrada.

Los guardias de seguridad privada avanzaron hacia Termesio, con el visible desconcierto de quien recibe una orden implícita sin instrucciones claras sobre el procedimiento exacto a seguir, pero antes de que pudieran alcanzarlo, una voz distinta se alzó entre el público.

—Un momento, por favor.

Era Halim, de pie entre los periodistas acreditados, sosteniendo en alto una identificación que lo acreditaba como historiador afiliado a una universidad reconocida internacionalmente, con la calma de quien ha ensayado ese momento exacto durante semanas sin permitirse dudar del resultado.

—Represento, junto con otros cuatro colegas presentes en distintas partes del mundo, la verificación independiente de este material. Estamos disponibles, aquí mismo, para responder cualquier pregunta técnica que la prensa tenga sobre nuestro proceso de análisis, que fue realizado, debo aclarar, sin ninguna coordinación previa con el señor Agostini más allá de la entrega inicial del material digitalizado.

—¿Y quién es usted exactamente? —preguntó Sterling, con un tono que buscaba desacreditar sin lograrlo del todo.

—Profesor emérito, historiador de formación, y antiguo miembro del comité que gestionó el regreso de los códices a El Cairo en la década de los setenta. Mis credenciales están a disposición de cualquier medio que quiera verificarlas antes de la tarde.

El salón, que segundos antes parecía dirigirse hacia el desalojo inmediato de Termesio, se convirtió de pronto en un espacio de caos controlado: periodistas gritando preguntas simultáneas, guardias de seguridad sin instrucciones claras sobre a quién detener primero, y Sterling, todavía en el podio, intentando recuperar el control del micrófono con una insistencia que empezaba a sonar, para cualquiera que lo escuchara con atención, más desesperada que autoritaria.

—Esto es una payasada orquestada —dijo Sterling, alzando la voz por encima del ruido general—. Cualquiera puede fabricar fotografías con software moderno. Eso no prueba absolutamente nada sobre la autenticidad del material físico.

—Tiene razón, doctor Sterling —contestó Termesio, sin perder la calma que tanto le había costado ensayar—. Por eso el material físico completo, las hojas originales y el cuaderno de 1964, está en este momento bajo resguardo notarial independiente, disponible para cualquier perito que ambas partes acuerden como neutral. No le estoy pidiendo a nadie que me crea a mí. Le estoy pidiendo que exijan la verificación que usted mismo asegura que este material no puede sostener.

—Usted no tiene ninguna autoridad para exigir nada, señor Agostini. Ya no pertenece a ninguna institución académica reconocida, y todos aquí lo saben perfectamente bien.

—No necesito pertenecer a ninguna institución para tener razón, doctor Sterling. Solo necesito que alguien, cualquiera con la formación adecuada, se tome el trabajo serio de comprobarlo por sí mismo, sin depender de lo que usted o yo digamos en esta sala.

Un periodista de una cadena internacional, sin esperar turno, gritó la pregunta que probablemente definiría el titular de la tarde.

—Doctor Sterling, ¿está usted dispuesto a someter su propio análisis pericial a esa misma verificación independiente y neutral?

Sterling dudó, apenas un segundo, pero ese segundo, capturado ya por al menos ocho cámaras distintas transmitiendo en vivo, fue suficiente para que cualquier espectador con un mínimo de atención registrara la vacilación como lo que en realidad era.

—Por supuesto —contestó finalmente, con una voz que ya no sonaba tan firme como al inicio de la conferencia—. Mi instituto siempre ha operado con los más altos estándares de transparencia académica, y no tengo ningún motivo para rehuir una verificación adicional si eso pone fin a esta controversia de una vez por todas.

—Entonces no debería tener inconveniente en coordinar esa verificación con el comité independiente presente aquí hoy —insistió el periodista, sin bajar el teléfono con el que grababa cada palabra—. ¿Podemos tomar esto como un compromiso público, doctor Sterling?

—Pueden tomarlo como lo que es —contestó Sterling, ya visiblemente incómodo con el rumbo que había tomado su propia conferencia—. Un compromiso con la verdad, que es lo único que me ha interesado desde el principio de mi carrera.

Un murmullo escéptico recorrió el salón ante esa última frase, y Termesio, observando desde el centro del auditorio, entendió que ya no necesitaba decir mucho más: la propia prensa, con sus preguntas certeras, estaba terminando de desmontar en tiempo real lo que Sterling había ido a construir esa mañana.

El caos en el salón no disminuyó durante los minutos siguientes. Termesio, todavía de pie en el centro, sintió cómo las cámaras se dividían entre él y Sterling, entre las pantallas que seguían mostrando el material recuperado y el podio donde el prestigio de treinta años de carrera empezaba a resquebrajarse en tiempo real, ante millones de espectadores que, en ese mismo instante, seguían la transmisión desde sus propios teléfonos en todo el mundo.

Fue entonces cuando Termesio, buscando entre el público un rostro conocido que le confirmara que no estaba completamente solo en ese momento decisivo, encontró, en una de las últimas filas, a un hombre vestido de civil que no reconoció de inmediato, pero cuya mirada, fija en él con una intensidad que no correspondía a la de un periodista cualquiera, le

resultó extrañamente familiar, como si la hubiera visto antes, aunque fuera solo en una fotografía borrosa que él mismo nunca había llegado a ver.

El hombre no se movió del sitio, ni intentó acercarse, ni dio ninguna señal de formar parte del operativo de seguridad de Sterling. Se limitó a observar, con una atención que a Termesio le pareció, en medio de todo el caos circundante, casi religiosa, hasta que finalmente asintió, apenas, un gesto tan breve que cualquier otra persona en el salón lo habría pasado por alto sin darle importancia, y se dio media vuelta para salir del edificio antes de que las cámaras pudieran capturar con claridad su rostro.

CAPÍTULO 14

El precio de la verdad

Museo Egipcio, El Cairo — continuación de la misma mañana

El hombre de la última fila, el mismo cuya mirada Termesio no había logrado ubicar del todo unos minutos antes, no era el único de su tipo presente en el salón. Termesio lo entendió apenas unos segundos después, cuando distinguió, entre el caos de periodistas y guardias de seguridad de Sterling, al menos otras tres siluetas que se movían con una disciplina distinta a la del resto del público, avanzando hacia él desde ángulos calculados, con la coordinación silenciosa de quienes han recibido el mismo tipo de entrenamiento. El corazón le dio un vuelco: después de todo lo planeado con Halim, después de semanas de preparación meticulosa, no habían contemplado con suficiente detalle qué pasaría si los hombres de Vance decidían actuar en ese mismo instante, en medio de un salón lleno de cámaras que, paradójicamente, deberían haber sido su mejor protección.

—Halim —dijo Termesio en voz baja, hacia el auricular, tratando de que su voz no delatara el pánico que empezaba a subirle por el pecho—, tenemos compañía. No son de Sterling.

—Los veo. Manténgase donde está, cerca de las cámaras. Es su mejor protección en este momento, aunque no del todo garantizada.

—Eso no suena muy tranquilizador, profesor.

—No pretendía que lo fuera. Solo es honesto.

Uno de los hombres se acercó lo suficiente para que Termesio pudiera distinguir, bajo la chaqueta entallada, el bulto discreto de algo que prefirió no identificar con precisión, un detalle que le heló la sangre más que cualquier otra cosa ocurrida esa mañana. El hombre no llegó a tocarlo, sin embargo, porque en ese preciso instante, una voz conocida se alzó desde algún punto cercano a la salida del salón, con una autoridad que cortó, por un momento, incluso el ruido de las cámaras.

—Deténganse.

Era Vance. Había avanzado hasta quedar visible entre el público, sin ningún intento de disimular ya su presencia, con el rostro de un hombre que acababa de tomar, en cuestión de segundos, una decisión que llevaba sesenta años posponiendo sin saberlo del todo.

El hombre que se había acercado a Termesio se detuvo, visiblemente confundido, buscando con la mirada una confirmación que Vance le dio con un gesto seco de la cabeza.

—Retírense. Todos ustedes. Ahora.

—Monseñor, las instrucciones eran...

—Las instrucciones cambiaron en este mismo instante, Renner. Retírense, y no vuelvan a acercarse a este hombre bajo ninguna circunstancia, ni hoy ni ningún otro día.

—Monseñor, si me permite, esto no es lo que acordamos con el doctor Sterling ni con el resto del equipo hace apenas unos días, en Roma.

—No me interesa lo que acordamos, Renner. Me interesa lo que voy a hacer a partir de este momento, y usted, si todavía trabaja para mí, va a obedecer sin discutirlo delante de la prensa internacional.

Renner, el mismo que Termesio nunca había visto en persona pero cuyo nombre reconoció de inmediato por las menciones del cuaderno de 1964 y por lo que Arthetis le había contado tras su interrogatorio en la embajada, dudó un instante, calculando quizás las consecuencias de obedecer o de insistir frente a tantas cámaras, antes de hacer una seña casi imperceptible a sus hombres. Los cuatro se retiraron hacia los márgenes del salón, sin llegar a salir del todo, pero lo suficientemente lejos como para que Termesio sintiera, por primera vez en minutos, que podía respirar sin calcular cada movimiento.

Sterling, que había presenciado la escena desde el podio sin entender del todo lo que ocurría, aprovechó el instante de confusión general para intentar retomar el control de la conferencia.

—Damas y caballeros, les pido que...

—Doctor Sterling —lo interrumpió una periodista, sin ningún respeto por el protocolo que Sterling intentaba imponer—, ¿puede explicarnos quién es el hombre que acaba de ordenar la retirada de ese grupo de seguridad, y por qué parece tener autoridad directa sobre ellos en este preciso momento?

Sterling miró hacia donde señalaba la periodista, y su rostro, ya pálido desde hacía varios minutos, perdió el poco color que le quedaba al reconocer, evidentemente, al hombre que acababa de intervenir.

—No tengo idea de quién es ese hombre —mintió, con una torpeza que contrastaba de forma dolorosa con la seguridad que había mostrado al subir al podio esa misma mañana.

—Eso resulta difícil de creer, doctor Sterling, considerando que usted mismo se reunió con monseñor Vance en Luxor hace varias semanas, en un hotel

con vista al Nilo —intervino Halim, alzando la voz desde su posición entre el público, con una tranquilidad que contrastaba deliberadamente con el nerviosismo creciente de Sterling—. Tengo testigos dispuestos a confirmarlo, si la prensa aquí presente lo considera relevante para esta conversación.

Un murmullo de sorpresa recorrió el salón ante la mención del encuentro en Luxor, y varias cámaras giraron de inmediato hacia Sterling, capturando el instante exacto en que cualquier resto de compostura terminó de abandonarlo por completo.

—Monseñor Vittorio Vance, de la Biblioteca Apostólica Vaticana —dijo el propio Vance, avanzando hacia el centro del salón sin que nadie se atreviera ya a detenerlo—. Y creo que ha llegado el momento de que yo también hable, ya que estamos todos aquí reunidos por la misma razón.

El salón, que segundos antes parecía dirigido hacia un desenlace violento, se transformó de golpe en un silencio expectante, roto solo por el clic constante de decenas de cámaras fotográficas capturando cada gesto del inesperado tercer protagonista de la mañana.

—No voy a confirmar ni desmentir aquí, en este momento, cada detalle del material que el señor Agostini ha presentado —empezó Vance, con una voz que sonaba menos segura que la que Termesio recordaba de la fotografía que Renner le había hecho llegar semanas atrás, pero más firme de lo que cualquiera en el salón hubiera anticipado—. Lo que sí puedo confirmar es que mi institución participó, en 1963, en un acuerdo relacionado con la disposición del material del Códice I durante el periodo de litigio en Zúrich, y que ese acuerdo incluyó cláusulas de discreción cuyo alcance completo yo mismo desconocía hasta hace pocas semanas.

Un silencio tenso siguió a esas palabras, roto apenas por el susurro de decenas de periodistas transcribiendo cada frase con la urgencia de quien sabe que está presenciando algo que definirá los titulares del día en medio mundo.

—¿Está usted confirmando el encubrimiento, monseñor? —preguntó otro periodista, casi gritando por encima del murmullo que ya recorría el salón.

—Estoy confirmando que existió un acuerdo cuyo propósito, según entiendo ahora, excedía la simple gestión legal del litigio. No voy a usar la palabra encubrimiento sin antes tener acceso completo a la documentación que mi propia institución guarda desde hace sesenta años. Pero sí voy a comprometerme, aquí, públicamente, a solicitar la desclasificación de ese acuerdo, en su totalidad, para que la comunidad académica y el público en general puedan juzgar por sí mismos qué se decidió entonces, y por qué se decidió de esa manera y no de otra.

—¿Y qué pasará si sus superiores se niegan a esa desclasificación, monseñor?

—Entonces yo mismo publicaré lo que sé, con o sin autorización, porque ya he pasado suficientes décadas de mi vida protegiendo un silencio que nunca terminé de entender del todo. Eso, se lo puedo asegurar a esta sala, no va a volver a ocurrir.

Termesio, todavía de pie en el centro del salón, sintió que algo se aflojaba en su pecho, una tensión que llevaba semanas cargando sin darse cuenta del todo de su peso exacto, y por un momento, en medio de todo el ruido circundante, pensó en Arthetis, en Nassar, en el trayecto entero que lo había llevado hasta ese salón.

—Monseñor —dijo, dirigiéndose directamente a Vance por primera vez frente a las cámaras, con una voz que buscaba mantener la calma pese a todo lo que sentía por dentro—, ¿por qué cambió de posición? Hace apenas unas semanas, sus hombres intentaban detenerme por cualquier medio necesario, y uno de ellos estuvo a punto de hacerlo hace apenas unos minutos, en este mismo salón.

Vance lo miró un momento, con una expresión que combinaba cansancio y algo parecido al alivio, como si llevara mucho tiempo esperando la oportunidad de responder esa pregunta exacta frente a un público que no fuera solo el padre Bellini.

—Porque una mujer muy valiente me hizo una pregunta que no he podido dejar de escuchar desde entonces, señor Agostini. Y porque llevo sesenta años confundiendo la obediencia con la certeza, y ya es hora de que alguien de mi generación empiece a corregir ese error, aunque sea tarde y aunque sea de la forma menos cómoda posible, delante de todo el mundo.

—¿Se refiere a Arthetis Fahmy? —preguntó Termesio, aunque ya conocía la respuesta antes de que Vance terminara de asentir.

—Me refiero exactamente a ella. Y espero, cuando esto termine, poder decírselo yo mismo, en persona, en lugar de a través de una transmisión en vivo.

Sterling, relegado ya a un segundo plano que ningún cálculo de su parte había anticipado, intentó una última maniobra desde el podio.

—Esto no cambia el hecho de que el material presentado hoy no ha sido sometido a la verificación pericial adecuada, y que...

—Doctor Sterling —lo interrumpió la periodista de antes, con un tono que ya no ocultaba el desdén acumulado durante la última hora—, usted mismo se comprometió, hace apenas quince minutos, a someter su propio análisis a esa misma verificación independiente. ¿Sigue en pie ese compromiso, o prefiere retractarse también de eso frente a las cámaras, delante de todos nosotros?

Sterling no contestó de inmediato, y ese silencio, capturado por al menos ocho transmisiones en vivo simultáneas, terminó de sellar frente a la opinión pública lo que las semanas siguientes confirmarían con más detalle:

que su reputación académica, construida durante treinta años de autoridad indiscutida, no sobreviviría intacta a esa mañana.

Fue en ese momento de caos, con Sterling abandonando el podio sin despedida formal, escoltado discretamente por dos de sus propios asistentes que ya no parecían tan convencidos de defenderlo públicamente, y Vance rodeado ya de periodistas que le exigían más detalles sobre el acuerdo de 1963, cuando dos oficiales de la policía turística del museo se abrieron paso entre la multitud y se acercaron a Termesio con la formalidad incómoda de quien cumple un procedimiento que ya no sabe bien si sigue siendo relevante después de todo lo que acababa de presenciar.

—Señor, tiene que acompañarnos. Ingresó a estas instalaciones sin la acreditación correspondiente, y saboteó el sistema de proyección del auditorio sin autorización.

—Entiendo —dijo Termesio, sin oponer resistencia, extendiendo las muñecas casi antes de que se lo pidieran.

—¿No va a resistirse? —preguntó uno de los oficiales, visiblemente desconcertado por la calma del detenido.

—No, oficial. Ya conseguí lo que vine a buscar esta mañana, y ningún trámite legal me lo va a poder quitar ahora. Lo demás es un trámite que puedo enfrentar sin problema alguno.

—Va a tener que responder ante un juez por los daños al sistema del museo, y posiblemente por otros cargos que todavía se están evaluando en este momento.

—Lo sé, y estoy dispuesto a hacerlo. Espero que el juez, cuando llegue el momento, también se tome el trabajo de ver lo que había en esas pantallas antes de decidir qué tan grave fue realmente el daño que causé.

El oficial no contestó a eso, pero algo en su expresión, una mezcla de incomodidad y curiosidad reprimida, le dijo a Termesio que la pregunta, al menos, había quedado sembrada.

Lo esposaron, con más torpeza que dureza, entre el resplandor constante de los flashes que documentaban cada segundo de la escena, y Termesio, mientras lo escoltaban fuera del salón principal, sonrió, una sonrisa que ninguna cámara logró capturar con la claridad que él mismo sintió por dentro: la certeza, finalmente confirmada frente al mundo entero, de que el secreto que había perseguido desde aquella primera noche con Yusuf Nassar había dejado, por fin, de serlo.

CAPÍTULO 15

La iluminación global

El Cairo — seis meses después

Termesio esperaba en la sala de llegadas del aeropuerto internacional de El Cairo, con las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta nueva que

todavía no terminaba de sentir como propia, revisando el tablero de vuelos por décima vez en menos de una hora. Los últimos seis meses le habían devuelto, poco a poco, una vida que apenas reconocía como suya: una editorial académica seria le había ofrecido publicar, bajo su propio nombre, un estudio detallado de todo el proceso de verificación del material; el instituto de Londres que lo había expulsado años atrás le había enviado, sin ninguna vergüenza aparente, una invitación a dar una conferencia magistral que Termesio todavía no había decidido si aceptaría.

Arthetis había sido liberada apenas tres días atrás, después de un proceso legal que se había resuelto, finalmente, con el retiro de todos los cargos y una disculpa oficial que ningún periódico dejó de mencionar en sus titulares. Había pasado esos tres días en Ginebra, dando su primera entrevista extensa a un canal internacional, y ese mediodía, por fin, regresaba a Egipto.

La vio antes de que ella lo viera a él: caminando entre la multitud de la sala de llegadas con un paso que ya no tenía nada del cansancio de meses atrás, aunque sí conservaba algo de la cautela aprendida, ese hábito de revisar el entorno que ninguno de los dos, sospechaba Termesio, perdería del todo después de todo lo vivido.

—Termesio.

—Arthetis.

Se abrazaron, un abrazo largo que ninguno de los dos apuró, en medio del ruido indiferente de un aeropuerto que no tenía forma de saber que presenciaba el reencuentro de dos personas que se habían salvado mutuamente la vida, cada uno a su manera, meses atrás, en circunstancias que ninguno de los dos había imaginado siquiera posibles antes de aquella primera noche en El Cairo.

—Te ves bien —dijo ella, finalmente, apartándose lo suficiente para mirarlo de frente.

—Tú también. Mejor que bien, diría yo, considerando todo lo que pasaste.

—Ginebra ayuda. Y saber que ya no tengo que mirar por encima del hombro cada cinco minutos, también ayuda bastante.

Caminaron juntos hacia la salida, cargando entre los dos el equipaje ligero de Arthetis, mientras ella le contaba, con una mezcla de incredulidad y satisfacción que Termesio reconocía perfectamente porque él mismo la sentía desde hacía semanas, los detalles de su entrevista.

—Me preguntaron, casi al final, si me arrepentía de algo de todo esto.

—¿Y qué contestaste?

—Que me arrepiento de la noche en el cobertizo, de haberte tenido que empujar por esa ventana sin poder explicarte del todo por qué. El resto, no. Ni un solo día.

—¿Y el interrogatorio con Vance? ¿Tampoco te arrepientes de eso?

—Menos que de nada, la verdad. Fue la primera vez que sentí que alguien de ese lado de la historia me escuchaba de verdad, no solo esperaba a que yo terminara de hablar para repetir su propio guion.

Termesio se detuvo un momento, con el equipaje todavía en la mano, y la miró con una seriedad que contrastaba con el tono ligero que habían mantenido hasta entonces.

—Yo tampoco me arrepiento de nada, Arthetis. Ni siquiera de la parte que más me costó, la que todavía a veces me quita el sueño por las noches.

—¿Cuál parte?

—La de dejarte ahí. Sé que fue tu decisión, no la mía, pero llevo meses cargando con eso de todos modos.

Arthetis le puso una mano en el brazo, con un gesto que era, al mismo tiempo, de consuelo y de firmeza, el mismo tipo de gesto que Termesio recordaba de la noche en que ella le había arrojado la mochila por encima de la ventana sin dejarle margen para discutir.

—Entonces déjalo ya, Termesio. En serio. Fue mi decisión, la volvería a tomar exactamente igual si tuviera que hacerlo de nuevo, y cargar con la culpa de una decisión que no fue tuya no le hace ningún bien a nadie, y menos a ti.

Salieron del aeropuerto y tomaron un taxi hacia el centro de El Cairo, donde Halim había organizado una reunión informal con el resto del equipo para celebrar, entre otras cosas, la publicación oficial, apenas la semana anterior, del pasaje final recuperado del Evangelio de la Verdad y de toda la documentación relacionada con el acuerdo de 1963.

—¿Has visto las cifras? —preguntó Arthetis, ya en el taxi, revisando su teléfono con una expresión que combinaba orgullo profesional y un asombro genuino que no terminaba de acostumbrarse a sentir.

—¿Qué cifras?

—El material ya se tradujo a cincuenta idiomas. Cincuenta, Termesio. Universidades en todo el mundo están incorporando el caso a sus programas de estudio, no solo por el contenido del texto, sino por el proceso mismo de recuperación y verificación. Hay quien ya lo está usando como ejemplo de metodología en cursos de historiografía.

—Eso es más de lo que imaginé cuando empezamos esto en aquella iglesia sin techo.

—Es más de lo que cualquiera de los dos imaginó, creo yo.

—¿Y las críticas? Imagino que no todo ha sido celebración.

—Las hay, claro. Algunos sectores conservadores acusan a todo el equipo de sensacionalismo, de querer desestabilizar la fe de la gente con fines de notoriedad personal. Otros, del lado contrario, nos acusan de no haber ido lo bastante lejos, de haber sido demasiado cuidadosos con el Vaticano.

—¿Y tú qué piensas de esas dos críticas?

—Pienso que si ambos lados nos acusan de cosas opuestas, probablemente encontramos el punto medio correcto, aunque nunca falte quien prefiera los extremos.

Llegaron al restaurante donde los esperaban, un lugar modesto cerca del centro que Halim había elegido, según explicó después, "porque no tiene ningún interés en aparecer en las fotografías que la prensa seguramente va a querer tomar de todos modos". Ahí estaban ya Fikri, Van Hecke, Marchetti y el periodista egipcio, además de dos rostros nuevos que Termesio no esperaba encontrar esa tarde.

—Monseñor Vance —dijo, genuinamente sorprendido de encontrarlo ahí, en un restaurante tan alejado del protocolo habitual de la institución que representaba—. No pensé que estaría aquí esta noche.

—Me invitaron, y decidí que ya era hora de aceptar una invitación de este tipo, en lugar de solo emitir comunicados desde una oficina en Roma, escondido detrás de un escritorio y una firma institucional —contestó Vance, extendiendo la mano con una sonrisa cansada pero sincera—. Además, quería conocer en persona a la señorita Fahmy, ahora que las circunstancias lo permiten sin esposas de por medio.

Arthetis le estrechó la mano con una formalidad que se disolvió casi de inmediato en algo más cercano a la calidez.

—Monseñor. Me alegra que finalmente esté del lado correcto de esta historia.

—A mí también, señorita Fahmy. Aunque me tomó más tiempo del que me enorgullece admitir.

El otro rostro nuevo, sentado un poco apartado, resultó ser un joven historiador copto que Fikri presentó como su estudiante de doctorado, encargado de coordinar la traducción del material al árabe clásico para uso académico especializado en universidades de toda la región.

—Es un honor conocerlos a los dos —dijo el joven, con un entusiasmo que a Termesio le recordó, con una punzada de nostalgia, su propio entusiasmo de hace años, antes de que la academia oficial se lo apagara.

La cena se extendió durante horas, entre anécdotas, brindis y la revisión conjunta de las últimas noticias sobre la recepción pública del caso. Sterling, supieron esa noche, había renunciado formalmente a la dirección de su instituto apenas dos semanas atrás, en medio de una investigación interna sobre el manejo de fondos que, según Marchetti, apenas empezaba a destapar irregularidades más profundas de las que cualquiera había anticipado.

—¿Y qué fue de él? —preguntó Arthetis, con una curiosidad que no lograba disimular del todo cierta satisfacción.

—Se mudó a una universidad menor en el norte de Inglaterra —contestó Marchetti—. Sin cargo directivo, solo como profesor visitante. Publicó un comunicado hace unos días hablando de "reflexión personal" y "nuevas

etapas profesionales". El lenguaje habitual de quien cae desde muy alto y todavía intenta que suene a decisión propia.

—No siento ninguna satisfacción especial por eso —dijo Termesio, después de un momento—. O tal vez sí, un poco, pero prefiero pensar que lo que importa de verdad es lo otro: que el texto ya está ahí afuera, completo, para quien quiera leerlo.

—Puedes sentir las dos cosas al mismo tiempo, Termesio —intervino Fikri, levantando su copa—. No hay ninguna regla que diga que el alivio profesional y la satisfacción personal tengan que excluirse entre sí.

—Por eso, entonces —dijo Van Hecke, alzando también su copa—. Por el texto completo, y porque cada uno de nosotros pueda sentir lo que le corresponda sentir sin culpa.

—¿Sabes qué es lo que más me sorprende de todo esto? —le preguntó Arthetis a Termesio, ya hacia el final de la cena, cuando el resto del grupo se había dividido en conversaciones más pequeñas.

—Dime.

—Que la gente, en general, reaccionó mejor de lo que Vance temía. No hubo el colapso de fe que él pronosticaba. Hubo preguntas, hubo debate, hubo hasta enojo en algunos sectores, pero nadie dejó de creer solo porque supo la historia completa.

—Quizás la fe siempre fue más resistente de lo que ciertas instituciones le permitieron demostrar.

—Es exactamente lo que le dije a Vance en aquella oficina, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. Y creo que él también, a juzgar por cómo ha actuado desde entonces.

Ya tarde, cuando el grupo empezó a dispersarse, Vance se acercó a Termesio y Arthetis con una última cosa que decir, la carpeta que había llevado consigo toda la noche por fin abierta entre sus manos.

—Antes de irme, quiero mostrarles algo. La desclasificación completa del acuerdo de 1963 se aprobó esta misma semana, en Roma. Aquí está el documento íntegro, sin cláusulas de reserva, disponible desde mañana para cualquier investigador que quiera consultarlo.

—¿Cómo logró que sus superiores aceptaran eso, monseñor? —preguntó Termesio, genuinamente curioso.

—Amenazando con publicarlo yo mismo si no lo hacían, tal como le prometí a esta misma sala hace seis meses. Resultó que algunos de mis superiores prefirieron controlar los términos de la desclasificación antes que arriesgarse a que yo la hiciera por mi cuenta, sin ningún control sobre el relato.

—¿Por qué nos lo muestra a nosotros primero? —preguntó Arthetis.

—Porque ustedes dos se lo ganaron antes que nadie más en este mundo, señorita Fahmy. Y porque, si le soy honesto, necesitaba que alguien más

además de mí mismo confirmara que hice lo correcto, después de sesenta años de no estar seguro de nada parecido, ni de mí mismo ni de la institución a la que he dedicado toda mi vida adulta.

Termesio tomó la carpeta con manos que, por primera vez en meses, no temblaban por miedo, sino por algo mucho más cercano a la satisfacción, y la abrió bajo la luz tenue del restaurante, mientras Arthetis se inclinaba a su lado para leer junto con él las palabras que habían perseguido, cada uno a su manera, desde una noche en El Cairo que ya empezaba a sentirse, extrañamente, como si le hubiera ocurrido a otra persona.

Leyeron juntos, en silencio, las primeras líneas del documento, la letra apretada de monseñor Aldegheri confirmando, sin ambigüedad ya posible, exactamente lo que el cuaderno de 1964 había insinuado durante meses. No hubo grandes revelaciones adicionales en esas páginas, ningún giro dramático que la novela de sus propias vidas todavía tuviera reservado; solo la confirmación, fría y burocrática, de que la historia que habían perseguido con tanto riesgo era, en efecto, exactamente la que sospechaban desde el principio.

—Se siente distinto, ¿no? —dijo Arthetis, en voz baja, sin apartar la vista del documento—. Leerlo ahora, ya sin miedo, ya sin nadie persiguiéndonos por tenerlo entre las manos.

—Se siente como el final de algo —contestó Termesio—. Y como el principio de otra cosa, aunque todavía no sepa bien de qué se trata esa otra cosa.

—Lo averiguaremos juntos, supongo.

—Supongo que sí.

EPÍLOGO

Las hojas reunidas

Al-Qasr, Alto Egipto — un año después

El camino hacia al-Qasr ya no tenía nada de la urgencia con que Termesio y Arthetis lo habían recorrido la primera vez, casi dos años atrás, huyendo de sombras que entonces parecían capaces de alcanzarlos en cualquier curva. Viajaban ahora en un automóvil rentado, sin prisa, con las ventanillas bajas para dejar entrar el aire seco del desierto, y Termesio conducía despacio, reconociendo cada tramo del camino con una mezcla de nostalgia y algo parecido al asombro de seguir vivo para poder recorrerlo de nuevo en circunstancias tan distintas.

—¿Recuerdas esta curva? —preguntó Arthetis, señalando un recodo del camino donde la carretera se estrechaba entre dos hileras de palmeras.

—Cómo no la voy a recordar. Aquí estuvo a punto de reventarse una llanta la primera vez, cuando íbamos en aquel taxi destartalado que insististe en tomar porque era el único disponible a esa hora.

—Y llegamos igual, ¿no? Con llanta o sin ella.

—Llegamos igual, sí. Aunque esta vez preferí rentar algo un poco más confiable.

—¿Nerviosa? —preguntó él, mientras se acercaban a los primeros palmerales que anunciaban la entrada al pueblo.

—Un poco. No sé cómo nos van a recibir, después de todo lo que pasó aquí.

—Kamal nos invitó él mismo. Eso ya dice bastante.

—Invitar y recibir bien no siempre es lo mismo, Termesio. Lo sabes tan bien como yo.

Llegaron al negocio de granos de los Basyuni pasado el mediodía, y Kamal salió a recibirlos antes de que terminaran de bajar del auto, con un abrazo que disolvió, de inmediato, cualquier resto de la incertidumbre que Arthetis había expresado en el camino.

—Pensé que nunca íbamos a volver a verlos por aquí —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Después de todo el escándalo que armaron, imaginé que preferirían mantenerse lejos del desierto por el resto de sus vidas, viviendo tranquilos en alguna ciudad europea.

—Le prometimos a tu tía que volveríamos a contarle bien la historia, ahora que ya no hay ningún peligro de por medio —contestó Termesio—. Y las promesas hay que cumplirlas, sobre todo las que se hacen en momentos así, cuando uno no sabe todavía si va a sobrevivir para cumplirlas.

—Mi tía va a estar feliz de escucharlo. Ha seguido cada noticia sobre esto desde que salió publicado, aunque no siempre entiende del todo la parte académica de los artículos que le leemos en voz alta.

Caminaron juntos hasta la casa donde, año y medio atrás, habían encontrado el baúl con las cuatro hojas y el cuaderno de 1964, el mismo trayecto que entonces habían recorrido con el corazón acelerado y ahora recorrían con una calma que a Termesio todavía le costaba trabajo reconocer como propia. La anciana los recibió sentada en el mismo rincón de la habitación principal, con la manta bordada todavía cubriendo el lugar exacto donde había estado el baúl, aunque este ya no estaba ahí, donado formalmente, meses atrás, al Museo Copto de El Cairo, con el nombre de la familia Basyuni grabado en la placa de reconocimiento junto a la vitrina.

—Vinieron a decirme que valió la pena, ¿no es cierto? —preguntó la anciana, sin esperar el saludo formal que Termesio había empezado a ensayar en el camino.

—Vinimos a decirle exactamente eso, sí —contestó Arthetis, sentándose junto a ella con una familiaridad que sorprendió gratamente a Termesio, considerando que apenas se habían visto una vez, brevemente, año y medio atrás—. El texto que guardó su padre, sin saber su verdadero valor, ya se leyó en cincuenta idiomas distintos. Hay gente en universidades de todo el mundo estudiándolo en este mismo momento.

—Mi padre habría estado orgulloso, y también un poco asustado, imagino, de saber hasta dónde llegó todo esto.

—Nosotros también estuvimos asustados, la mayor parte del tiempo —admitió Termesio, con una sonrisa—. Pero también orgullosos, al final.

—¿Y el hombre que perseguía todo esto, el que representaba a la iglesia? —preguntó la anciana, con una curiosidad que no ocultaba del todo cierta desconfianza residual—. ¿Qué fue de él?

—Cambió, con el tiempo —contestó Arthetis—. No todos los hombres que empiezan defendiendo un silencio terminan defendiéndolo para siempre. Algunos, si tienen suerte y alguien los ayuda a verlo, aprenden a soltarlo.

—Eso me alegra escucharlo. Mi padre nunca dejó de sentir miedo de la gente como él, hasta el día en que murió.

—Su miedo tenía fundamento, entonces, durante todos esos años. Pero las cosas cambiaron, al final, gracias en parte a lo que su familia guardó durante tantas décadas sin saber exactamente por qué lo hacía.

La anciana asintió, satisfecha, y les ofreció té con la misma hospitalidad ceremoniosa que Termesio recordaba de su primera visita, aunque esta vez sin la tensión subyacente de saberse, todos, observados por ojos que no debían estarlo.

Pasaron el resto de la tarde con la familia, revisando fotografías que Kamal había impreso de las noticias internacionales, riendo de algunos titulares particularmente exagerados que habían circulado en los primeros días, y respondiendo, con la paciencia que solo da la distancia del tiempo, las preguntas de los sobrinos más jóvenes de Kamal, fascinados con la idea de que un baúl guardado en la casa de su tía hubiera terminado, de alguna manera que no comprendían del todo, en las noticias de todo el mundo.

Al caer la tarde, con el sol empezando a teñir de naranja los palmerales que rodeaban el pueblo, Termesio y Arthetis caminaron solos hasta el borde del desierto, cerca del sitio donde ochenta años atrás, casi al pie del mismo Yabal al-Tarif que se distinguía a lo lejos, un campesino había roto una vasija sellada que cambiaría para siempre la comprensión del mundo sobre los primeros siglos del cristianismo.

—Ya no somos fugitivos —dijo Arthetis, sentándose sobre una roca plana que el desierto había pulido durante siglos—. Es raro decirlo en voz alta, después de tanto tiempo sintiéndonos perseguidos.

—Todavía me cuesta creerlo, algunos días. Sigo revisando por costumbre quién camina detrás de mí en la calle.

—Eso se va a ir, con el tiempo. O eso espero, al menos.

Termesio se sentó junto a ella, sacando de su mochila un pequeño cuaderno, no el de 1964, sino uno propio, donde había empezado, meses atrás, a escribir sus propias notas sobre todo lo vivido, con la vaga intención de que algún día, quizás, se convirtieran en algo más que apuntes dispersos garabateados en trenes, aviones y habitaciones de hotel de tres estrellas.

—¿Sigues escribiendo eso? —preguntó Arthetis, con curiosidad genuina.

—Cada tanto. Todavía no sé bien qué forma va a tomar al final. Un ensayo académico, unas memorias, tal vez ambas cosas mezcladas de una manera que ningún editor serio aprobaría.

—A mí me parece que esa mezcla es exactamente lo que esta historia necesita. Nada de lo que vivimos cabe limpiamente en una sola categoría.

—Puede que tengas razón. Aunque eso no le va a hacer más fácil la vida a mi eventual editor.

—Ningún editor que valga la pena espera que las mejores historias le hagan la vida fácil, Termesio.

—Léeme algo, si ya tienes algo que valga la pena leer en voz alta.

Termesio dudó un momento, hojeando las páginas hasta encontrar un párrafo que había escrito apenas la semana anterior, durante el vuelo de regreso a Egipto para ese mismo viaje.

—Aquí. "Pasé seis años convencido de que la verdad, una vez descubierta, se defendía sola. Aprendí, de la manera más difícil posible, que la verdad necesita manos dispuestas a cargarla, y que esas manos casi nunca son solo las de quien la encuentra primero."

—Es bueno, Termesio. De verdad.

—Todavía necesita trabajo.

—Todo lo que vale la pena necesita trabajo. Eso también lo aprendimos, ¿no?

Se quedaron un momento en silencio, mirando cómo el sol seguía descendiendo hacia el horizonte, tiñendo el desierto de tonos que ninguna fotografía, pensó Termesio, lograría capturar del todo por más resolución que tuviera la cámara. Arthetis sacó entonces de su propio bolso una pequeña libreta, distinta a la de Termesio, y buscó una página específica antes de empezar a leer en voz alta, primero en copto, después en árabe, con la misma cadencia pausada que había usado aquella primera noche en la iglesia abandonada de Nag Hammadi.

—"Aquel que encuentre la interpretación de estas palabras no probará la muerte."

—El Evangelio de Tomás. La última línea.

—La misma. Quería leerla aquí, en este lugar exacto, ahora que ya podemos hacerlo sin miedo.

Termesio miró hacia el Yabal al-Tarif, cuya silueta se recortaba ya casi por completo contra un cielo que empezaba a llenarse de estrellas, y pensó en todo lo que había tenido que ocurrir, a lo largo de mil setecientos años, para que esas palabras llegaran hasta ese momento preciso, hasta esa roca pulida por el desierto, hasta dos personas que un año y medio atrás ni siquiera se conocían.

—¿Sabes qué creo que significa de verdad esa línea? —dijo, finalmente.

—Dime.

—Creo que no habla de la muerte física, ni de ninguna promesa mágica de vida eterna. Creo que habla de esto exactamente: de que ninguna verdad completa, una vez comprendida de verdad, puede volver a enterrarse del todo. Puede ocultarse un tiempo, puede administrarse, puede incluso quemarse en parte, como pasó con el Códice XII. Pero mientras haya alguien dispuesto a buscarla, a completarla, a contarla entera, esa verdad sigue viva, sin importar cuántos siglos hayan pasado.

Arthetis lo miró un momento, con una expresión que combinaba ternura y un respeto profundo que no necesitaba palabras adicionales para expresarse.

—El verdadero prodigio de aquel hallazgo de 1945, entonces, no fue solo lo que se encontró aquel día.

—No. Fue todo lo que costó, después, dejarlo hablar completo. Sin editores de por medio. Sin nadie decidiendo, en nombre de nadie más, qué parte de la verdad podíamos soportar.

El sol terminó de esconderse detrás del Yabal al-Tarif mientras ambos permanecían sentados en silencio, sin necesidad ya de decir nada más, escuchando los sonidos lejanos del pueblo que empezaba a encender sus luces para la noche, un pueblo que ochenta años atrás había sido, sin saberlo del todo, el escenario del hallazgo más importante de su siglo para comprender los orígenes de una fe que millones de personas, en ese mismo instante, en todos los rincones del mundo, seguían profesando, ahora con una historia un poco más completa que la que habían heredado, y con la libertad, finalmente reconquistada, de decidir por sí mismas qué hacer con ella.

Cuando por fin se levantaron para volver al pueblo, ya con las primeras estrellas asomando por completo sobre el desierto, Arthetis guardó su pequeña libreta con el mismo cuidado ceremonial con que la había sacado, y Termesio hizo lo mismo con su propio cuaderno, consciente de que las palabras que había leído esa tarde, todavía imperfectas, todavía en busca de su forma final, algún día terminarían encontrando el lector que necesitaban, tal como las hojas del Códice XII habían encontrado, después de ochenta años de silencio parcial, las manos dispuestas a completarlas.

—¿Volvemos mañana a El Cairo? —preguntó Arthetis, mientras caminaban de regreso hacia las luces del pueblo.

—Mañana, o pasado. No hay ninguna prisa esta vez, ¿no te parece? Por primera vez en mucho tiempo, no hay nadie esperándonos con malas intenciones al final del camino.

—Entonces quedémonos un día más. Se lo debemos a este lugar, después de todo lo que nos dio.

—Se lo debemos, sí. Y también nos lo debemos un poco a nosotros mismos.

Caminaron el resto del trayecto en silencio, bajo un cielo que empezaba a llenarse de estrellas con la generosidad particular de los cielos del desierto, sabiendo ambos, sin necesidad de decirlo en voz alta, que la historia que habían vivido juntos, con toda su intriga y todo su peligro, no había sido, al final, sobre vasijas ni sobre papiros ni sobre acuerdos notariales firmados sesenta años atrás. Había sido, siempre, sobre esto: sobre la terquedad silenciosa de la verdad, y sobre las manos, cada vez menos escasas de lo que el miedo institucional quería hacerles creer, dispuestas a sostenerla hasta el final.